

462-2

EL ESPAÑOL

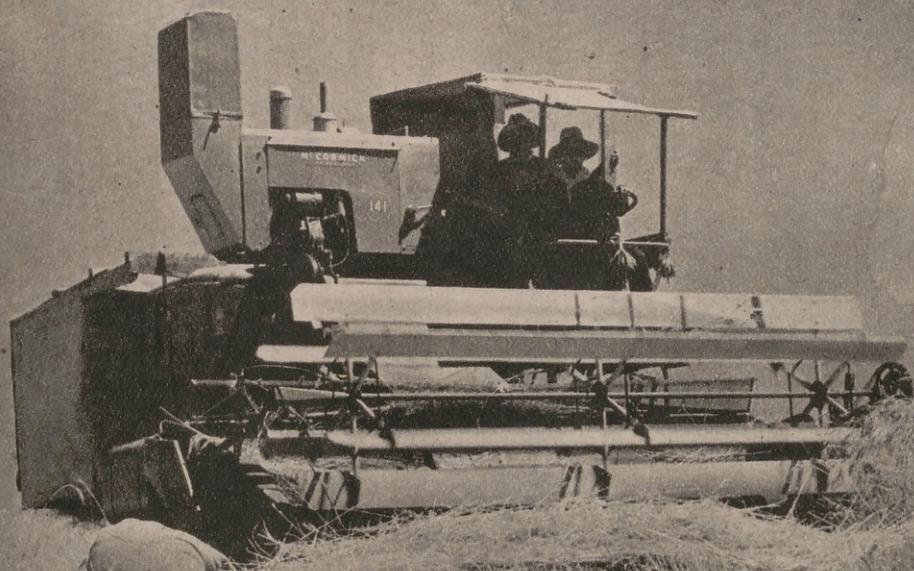
3 Ptas.



SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 21 - 27 junio 1959 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - II Epoca - Núm. 551 Depósito legal M. 5.869 - 195

AÑO DE BIENES



UNA COSECHA AGRICOLA VALORADA EN 150.000 MILLONES DE PESETAS



LA QUIEREN TODOS

**Y TODOS LA TOMAN
CON PLACER Y ALEGRIA...**

porque saben que a todos conviene...

Para las jaquecas intempestivas de mamá;
para estimular las actividades físicas y mentales
de papá; para "abrir" el apetito al niño...
Es la saludable bebida de los "¡buenos días!",
la preferida en la casa, la que toda la
familia ha elegido para su bienestar.



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

DEPURA . REFRESCA . ENTONA.

ENO se vende en
dos tamaños.
El grande resulta
más económico.

Laboratorio FEDERICO BONET, S. A. - Edificio Boneco - Madrid



AÑO DE BIENES

Una cosecha agrícola valorada en 150.000 millones

Alí está, sobre los trigos altos, centelleantes, su gran mole. Es la estampa firme de la cosechadora, moviendo sus aspas, accionando sus tolvas, clasificando y separando el grano de la paja, los tamaños, las asperezas.

La arrastra un tractor. Un reluciente tractor rojo, partiéndose en él, también, los reflejos de los rayos del sol, con un hombre al volante, de férreos brazos, de tostada piel, de técnica segura.

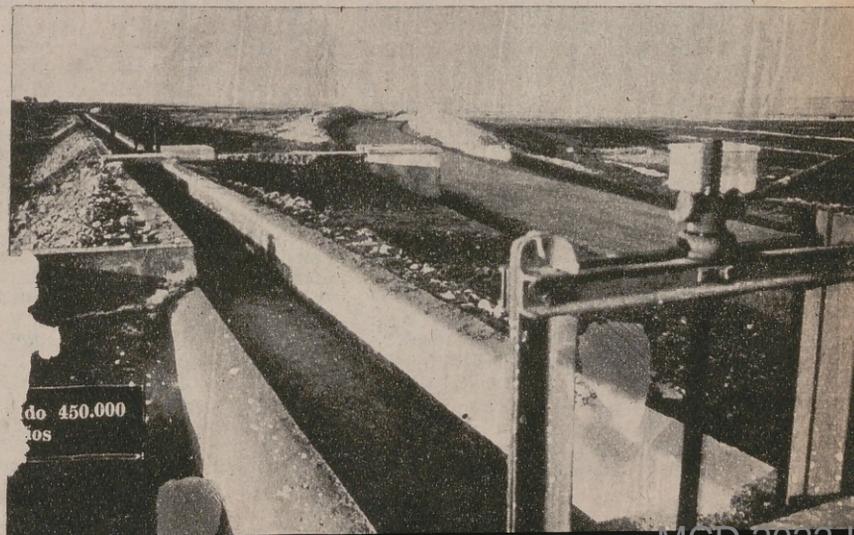
El campo es extenso y encuadra perfectamente la metáfora de un clásico mar de espigas. Hace un suave venticillo y en lo alto, por las nubes, hay ligera calma, sombreada tan sólo por algunos nimbos panzudos.

Ya no quedan en el suelo, como antes, las gavillas atadas, dispuestas para ser cargadas en el carro y llevadas a la era. Ahora la siega, el transporte, la era están todos juntos, a la mano e ingenio del hombre.

Esta es la representación de mecanización de la agricultura

No es que en todos los terrenos, en todos los cultivos, la cosechadora sea el personaje central, no. Porque todavía quedan, como es de suponer, la vieja y literaria estampa de los segadores—cada vez menos, por fortuna—, los rulos de piedra dando vueltas en la trilla, el venteo del grano y de la paja con el aire como cedazo.

España, nuestra agricultura, se mecaniza. Los esfuerzos de la política agrícola tenían y tienen esa mecanización como uno de los principales objetivos. De los cinco mil tractores de 1940, nuestros campesinos disponen hoy de cuarenta y tres mil en una marcha segura y firme hacia esa meta de urgencia inmediata de setenta mil tractores en 1961, ca-



Los regadíos españoles han alcanzado 450.000 hectáreas en los últimos años

do 450.000 años



Una estampa que es histórica: la carreta de bueyes al lado de las eras

paces de ser puestos en acción en nuestros campos gracias al esfuerzo fabril de nuestra moderna y potente industria nacional.

UN GRAN AÑO CEREALISTA

El signo positivo más acusado de la próxima cosecha agrícola es la de ser un gran año cerealista. El campo, hablando en términos campesinos, se ha beneficiado del «marceamiento» de mayo en especial por las oportunísimas lluvias que tuvieron lugar allá por los días de San Isidro.

Por ser un año extraordinariamente húmedo, los técnicos campesinos lo consideraban como «año de hongos». Hubo una invasión prematura de «roya» por las provincias de Castilla la Vie-

ja, muy en especial en Segovia, Avila y Valladolid con algunos focos en la provincia de Palencia. Ahora bien, las bajas temperaturas y los cuidados de los especialistas han reducido al mínimo estos ataques que habían afectado principalmente a las variedades de trigo «Pané», «J-1» y «L-4».

La cosecha de trigo se presenta mejor que la precedente en todas las regiones españolas, excepto en Andalucía Oriental, donde será análoga, y en la Occidental y Extremadura, donde tal vez las cifras de producción se queden algo bajas en relación con el panorama general del campo triguero español.

El rendimiento medio de la campaña triguera en España se estima que sobrepasará los once

quintales métricos por hectárea y que alcance, en general, cerca de los 50.000.000 de quintales métricos, cifra la más alta de nuestra historia triguera. Cincuenta millones de quintales métricos que proporcionarán a nuestros agricultores una cifra próxima a los veinticinco mil millones de pesetas.

Valladolid seguirá siendo la primera provincia triguera española. Dos millones largos de quintales métricos de trigo habrán sido manejados por los mecanismos precisos de la moderna maquinaria en las tierras más clásicamente cerealistas de Castilla.

La siega de trigos, cebadas y avenas, sobre todo en el Sur y Levante, puede decirse que se halla en todo su apogeo.

Por lo que respecta a la cebada, las impresiones son igualmente optimistas, en analogía con el trigo. Este año será el de mayor cosecha de cebada de toda nuestra historia agrícola. Superarán los agricultores españoles los veintidós millones de quintales métricos con un rendimiento por hectárea de cerca de catorce quintales métricos. Valor: próximo a los siete mil millones de pesetas. La provincia más productora, Ciudad Real, con cifras que se aproximarán al millón y medio de quintales métricos.

En maíz, centeno y avena, el panorama es igualmente positivo. La cosecha de maíz sumará, según estimaciones, los ocho millones de quintales métricos con un rendimiento de más de veinte quintales métricos por hectárea, cifras en las que han cobrado decisiva importancia la producción de híbridos de características totalmente adecuadas al campo español y en cuya selección ha tenido decisivo papel el Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas.

Las provincias norteañas—La Coruña y Pontevedra, dada sus propiedades climáticas, especialmente aptas para el maíz—siguen siendo las primeras productoras de este cereal con una cosecha que rebasa en cada una ampliamente el millón de quintales métricos y con unos rendimientos, en regadío, de los 30 o 35 quintales métricos por hectárea.

El valor del maíz, próximamente, llegará a los tres mil millones de pesetas.

En cuanto a la avena, la campaña agrícola promete unos cinco millones y medio de quintales métricos por un valor de los dos mil millones de pesetas.

INCREMENTO IMPORTANTE EN LAS LEGUMINOSAS

Si cara al verano, la cosecha de cereales es indudablemente la más importante, sobre todo en repercusión económica para una gran masa de campesinos, a los cuales se dirigen las medidas proteccionistas del Servicio Na-

cional del Trigo, medidas puestas en práctica desde los primeros días de nuestra guerra de Liberación, existe, también, otra serie de cultivos de gran volumen, que es bueno analizar en este panorama general de la cosecha española.

Inmediatamente después de los cereales, tenemos las leguminosas para grano. Comenzó en su tiempo preciso la siembra de judías con la esperanza firme de rebasar, en su día, el millón de quintales métricos; ha comenzado ya el arranque de habas con buenos rendimientos en general; rendimientos que permitirán superar el medio de ocho quintales métricos por hectárea y totalizar una cosecha cercana al millón doscientos mil quintales con un valor de los quinientos millones de pesetas.

Vegetan bien los garbanzos, cuya nascencia en general ha sido excelente y se calcula que la cosecha podrá dar la amplia cifra del millón setecientos mil quintales métricos para acercarse en valor a los mil millones de pesetas.

En lo que respecta a las restantes leguminosas para grano, las algarrobas sobrepasarán el millón doscientas mil quintales métricos, con un valor aproximado de los cuatrocientos millones de pesetas; los guisantes llegarán a los 230.000 quintales métricos para noventa millones de pesetas, y las lentejas se estimarán en cifras notoriamente superiores a los 200.000 quintales métricos.

Incrementos o cifras constantes registrarán, en este excepcional año agrícola, las restantes leguminosas: yeros, alholvas, almortas, altramuces, alverjones y vezas.

CIENTO CINCUENTA MIL MILLONES DE PESETAS, EL VALOR DE LA COSECHA

Viñedo, olivar y frutales encuadran otro gran grupo de la agricultura española.

En la historia del viñedo español están presentes, en prime-

ra fila, nombres clásicos de las provincias de La Mancha, de Andalucía, de la Rioja.

El descenso de temperatura a primeros del mes de mayo y los pedriscos causaron algunos daños a los viñedos en zonas limitadas, pero, en general, el viñedo vegeta muy bien en todas las regiones. Es posible que se cance la extraordinaria cifra del año 1943, que dió 25,44 quintales métricos de uva por hectárea sembrada. Si ello fuese así, y dada la superficie de viñedo podrían muy bien alcanzarse los cuarenta millones de quintales métricos de uva en toda España. Una cifra que daría, para el total de la producción, incluido el vino que de ella se extrajese, la buena cifra de ocho mil millones de pesetas como valor total de este importante grupo de cultivo.

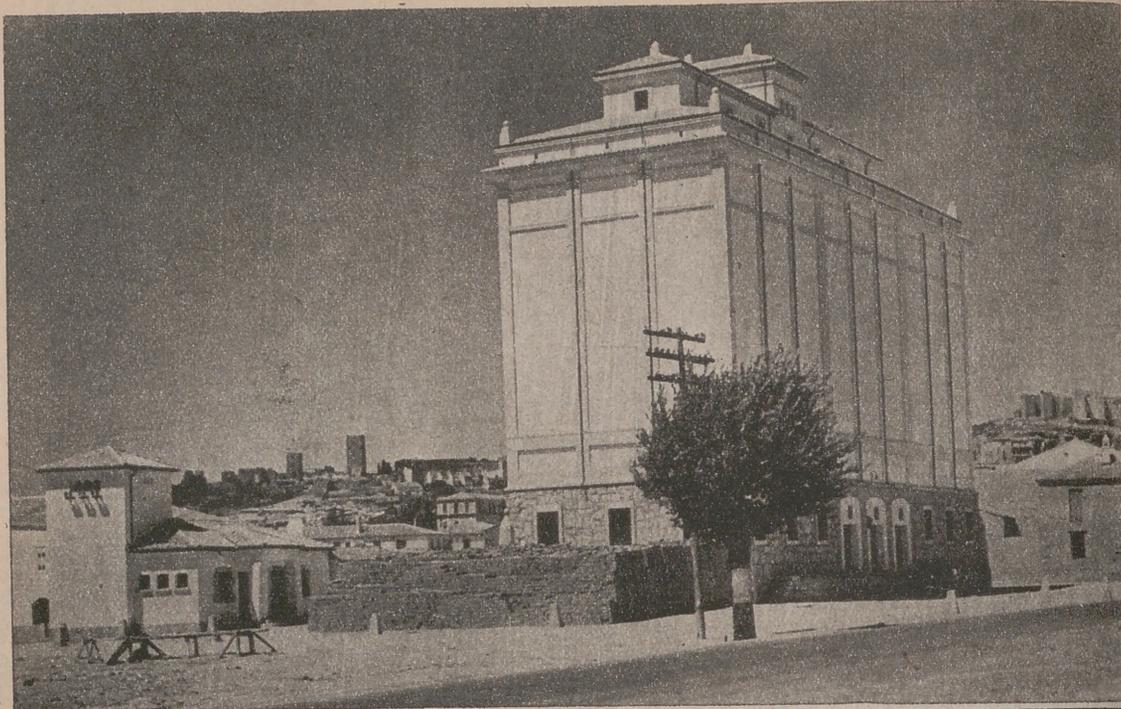
Por lo que respecta al olivar, ha sido buena la brotación, mostrando el arbolado excelente aspecto y abundante floración en las zonas más productoras. El rendimiento medio por hectárea, si no hay contrariedades, se estima en los diez quintales; la producción de aceituna en los diecinueve millones de quintales métricos y el valor total de la producción, incluida aceituna y aceite, en los nueve mil millones de pesetas.

La impresión general en cuanto a los frutales es buena. Está finalizando o ha finalizado ya la recolección de la naranja, es bueno el cuaje de la flor en las plantaciones de agrios y satisfactorio el estado vegetativo del arbolado. Algo irregular, sin embargo, es en Baleares, Málaga y Alicante, la cosecha de almendra y el avellano no ha granado muy bien en la provincia de Tarragona. Por lo demás estamos ya casi en plena recolección de frutales.

En cuanto a la patata, se ha recolectado la patata extratemprana y arrancado la temprana,

Faena moderna: mecanización de la cosecha





Los silos del Servicio Nacional del Trigo cumplen una exacta función ordenadora del mercado triguero

sobre todo en algunas zonas del litoral mediterráneo, en general con buenos rendimientos. Prosigue la plantación de media estación y tardía según zonas, siendo bueno su estado vegetativo, aunque en algunas comarcas los ataques de «mildeu» disminuirán su producción. También es bueno el desarrollo de la remolacha azucarera.

En cuanto a pastos, las abundantes lluvias primaverales, unidas a las temperaturas, benignas en general, han mantenido a los pastizales en crecimiento y continuo desarrollo, con lo que se ha podido atender la normal alimentación del ganado, siendo, en general, buena, igualmente, la floración de los encinares.

Este es, a grandes rasgos co-

mo es lógico, el panorama general de cifras, producciones y valores de la próxima cosecha. Cifras superiores a las precedentes en casi todos los productos, y, por tanto, valoraciones también mayores. En treinta y tres mil millones de pesetas más se cifra el valor de la presente cosecha agrícola; millones, pues, que nos darán una cifra aprox-

INDUSTRIA PARA LA AGRICULTURA

Las historias dicen que el hombre nació agricultor porque era lo primero que tenía a mano; nació agricultor, sí, pero inmediatamente industrializó el campo. Y así ha seguido en el correr de los milenios, pugnando por incorporar a la tierra productos e ingenios que multipliquen la riqueza campesina y que hagan más fácil, más agradable y llevadero el trabajo del terruño.

Hoy, en plena mitad del siglo XX, es tal vez cuando con mayor claridad se ofrece, no ya al hombre de ciencia, sino al simple individuo como ente demográfico, esa concatenación y coordinación perfecta entre la agricultura y la industria.

Sin una agricultura floreciente no puede existir una industria próspera, pero la pasiva (o el recíproco, que darían las matemáticas) es igualmente cierto. Tenemos el claro ejemplo en nuestra misma Patria. Acabada la Cruzada, no tanto por los efectos de las batallas, sino como consecuencia de los años anteriores de abandono y caos, nuestra agricultura se

encontraba en relación con la agricultura media mundial en un evidente retraso. El signo de los tiempos, cuando los hombres ponen en ello la recta voluntad y la justa conciencia, es el de la expansión y desarrollo. Y esta expansión y este desarrollo de nuestra agricultura difícilmente podría llevarse a cabo si no se contaba con los elementos industriales -precisos sobre los que asentar las bases de una mecanización, de un abonado, de una elevación de rendimiento, tanto unitarios como totales.

El paladín de esta industrialización, de esta cooperación de la técnica industrial con la técnica agronómica ha sido el I. N. I. El Instituto Nacional de Industria. Ahí está su obra y ahí están sus productos.

Para algunos pudiera parecer que la labor del I. N. I. sólo tenía efecto multiplicador en el concretísimo espacio de la industria como tal: siderurgia, refinerías, aluminio, electricidad. Mas, como acertadamente ha señalado el señor Suanzes, presidente del I. N. I., en el Día del Institu-

to Nacional de Industria, celebrado recientemente en la Feria Internacional del Campo, de Madrid, el constante progreso de nuestra agricultura ha encontrado bases firmísimas en los productos fabricados por las Empresas nacionales del I. N. I.

Fertilizantes nitrogenados, levaduras alimenticias, industrialización de residuos agrícolas, revalorización de primaras materias, expansión de una amplia red frigorífica, introducción de nuevos cultivos, fabricación de maquinaria agrícola y equipos especiales de transporte, producción de carburantes y lubricantes con fines campesinos, creación de una adecuada flota frutera, colaboración intensísima de los grandes planes nacionales de colonización..., son etapas de esta nueva y pujante industria española para la agricultura, cuyo mentor, impulsor y orientador ha sido el I. N. I.; un mentor y orientador que ve crecer a su lado, con íntima y plena satisfacción, los éxitos de la industria privada que han recogido o seguido sus caminos.



Las plagas del campo son tratadas desde avionetas especiales

mada total de cerca de los cincuenta mil millones de pesetas. Como puede verse, la política de protección al campo ha dado sus mejores frutos.

LA GEOGRAFIA DE NUESTROS CULTIVOS

Es bueno, en las puertas ya abiertas de la nueva cosecha, desparramar un poco la vista por este nuestro campo español y ver cómo tierras de todas nuestras regiones son hoy totalmente diferentes de como eran hace veinte años. Y no diremos ya veinte, con las heridas de las batallas sobre su geografía, sino hace treinta y cuarenta, cuando las entonces llamadas horas de la paz estaban sobre España.

Conforme señalaba no hace muchos días el Ministro de Agricultura, don Cirilo Cánovas, ante las pantallas de la Televisión Española, el agró español dispone de zonas que si bien no son en todo uniformes, dentro de sus peculiares características, agrupan una serie de propieda-

des que las permite poseer con toda justicia apelativo o denominador común.

La primera zona es la zona húmeda, constituida por el norte y noroeste de España, en la que la temperatura es suave y la pluviometría comparable a la de otros países del Continente. Aquí es posible establecer una agricultura de estilo centroeuropeo, salvando ese gran mal vetusto que ha sido el minifundio.

Para el minifundio, nuestra concentración parcelaria ha dado la batalla, y recientes están; por ejemplo, los últimos éxitos conseguidos en las tierras gallegas. Junto con las disposiciones de concentración parcelaria, las leyes de aumento de la propiedad cultivable y la de permuta de fincas rústicas hacen que el futuro de la zona no sólo sea optimista, sino altamente favorable y pueda parangonarse con toda justicia con las agriculturas europeas de mayor técnica, modernidad y rendimiento.

Las posibilidades de esta zona,

siguiendo las palabras del señor Cánovas, se han visto en todos aquellos lugares donde, al amparo de una legislación orientadora, han sido creadas explotaciones agrarias familiares. La mejora e incremento de la producción forrajera, unida a la introducción de ganado selecto y a una conveniente capitalización de las explotaciones, ha permitido en muchos casos quintuplicar el rendimiento de aquéllas.

La segunda zona típica agrícola española es la franja del litoral mediterráneo. Su clima cálido y seco permite la obtención en regadío de cosechas que no se pueden lograr fuera de dichas comarcas. Esta zona, por su estructura geográfica y climatológica, es la ideal para la obtención de productos agrícolas de exportación en justo complemento con el aumento de superficies regadas.

En orden a esta zona, la programación agrícola futura—programación que no constituye, ni más ni menos, que el desarrollo



Arboles frutales: la vega de limoneros de Beniaján, Murcia

en el tiempo de los planes establecidos desde los primeros momentos de nuestra Cruzada liberadora—establece una labor de mejora y selección muy fina, de acuerdo con el gusto de los países consumidores; se estimulan los cultivos hortícolas de primor, los de flores, y se instalan industrias complementarias para el aprovechamiento de los productos defectuosos para la exportación.

Al lado de esta zona intrínsecamente de balanza de pagos se encuentra una zona meridional apta para cultivos de tanta importancia para la industria y el comercio como fibras textiles y uvas de mesa y para la obtención de vinos de calidad, aceites y otros.

Tal vez de las zonas tipo de nuestra agricultura que enumeramos aquí, las peores, en cuanto a condiciones de suelo y de clima, son la zona navarro-pirenaica, frutícola y ganadera, y la interior, propia de la meseta castellana, junto con aquella parte de la de Aragón donde, por el clima más duro, las bajas temperaturas y la escasa pluviosidad, el campesino y los servicios técnicos correspondientes se ven obligados a luchar en condiciones adversas no sólo derivadas del medio natural, sino de las especiales condiciones estructurales que allí presenta la explotación agraria.

Ahora bien; concretamente en Aragón existen condiciones óptimas para la producción en regadío de frutas, alfalfa y otras forrajeras, cuyo cultivo, complementado con instalaciones de deshidratación, ofrece grandes posibilidades para la exportación. (La orientación marcadamente ganadera que, a través de

los planes de colonización en marcha, se está dando a las explotaciones de la zona aragonesa atestigua, el propósito del Gobierno del Caudillo de lograr empresas económicamente estables que han de cooperar eficazmente a elevar y equilibrar el nivel de vida de la población española. En el centro de España terdemos a mecanizar los cultivos y a aumentar la superficie de las explotaciones, con el fin de hacerlas más rentables, incrementando la ganadería y dotándola de albergues adecuados y alimentación racional, medidas que en conjunto asegurarán a la empresa agrícola una mayor estabilidad económica.»

LA VERDAD DE LAS CIFRAS

En estas líneas generales de ordenación constante y progresiva de la agricultura española, bajo los principios básicos de unos mayores rendimientos unitarios y una más completa mecanización es bueno señalar, en pocas cifras, siguiendo las palabras del señor Cánovas, como descuellan, por su importancia, entre los principales problemas agrícolas acometidos últimamente, los concernientes a la estabilización del mercado triguero, reconstrucción de nuestra agricultura, parcialmente destruida durante la guerra de Liberación; transformación del secano en regadío, repoblación forestal, política de expansión y mejora de la ganadería, política crediticia para una mayor capitalización de las explotaciones, mecanización del campo, intensificación de todos aquellos cultivos que, además del trigo, son básicos en nuestra economía; tales como el maíz, la remolacha azu-

carera, el tabaco, el algodón y otras plantas industriales; incremento de la producción de frutos y productos agrícolas de exportación, etc., etc. Asimismo se han acometido cuantos problemas afectan a la estructuración de la propiedad, cuyas deficiencias se están atacando a fondo por la concentración parcelaria, la defensa y conservación de la fertilidad del suelo agrícola y la colonización. Tampoco se pueden dejar de citar algunas nuevas realidades vivas, importantes y aun decisivas, que como la Extensión Agrícola, las Escuelas de Capataces y las Explotaciones Agrarias Familiares Protegidas, forman parte del amplio frente en que nuestra política agraria viene desenvolviéndose desde el año 1939. Dando cifras, con relación al año 1936 la producción actual de trigo representa el 138 por 100, 144 por 100 el maíz, 149 por 100 la remolacha azucarera, 3.235 por 100 el algodón y 394 por 100 el tabaco.

Los regadíos españoles han ganado 450.000 hectáreas en los últimos veinte años, y la repoblación forestal, más de 1.150.000; la conservación de suelos—que hacer iniciado hace tres o cuatro años—afecta ya a 72.000 hectáreas; la concentración parcelaria, obra asimismo reciente, ha superado ya las 100.000 hectáreas, y el crédito agrícola ha pasado de 170 millones de pesetas distribuidos desde su iniciación, en el año 1925, y hasta 1936, a 9.200 millones en estos años de la posguerra española.

Estos son, así, la historia y el porvenir de la agricultura española. Una historia que cada año se presenta más sana, más fuerte, más optimista.

José María DELEYTO

EN EL UMBRAL DE UNA ORDENACION JURIDICA MAS PERFECTA

REFLEXIONES PREVIAS A LA LEY DE BASES DE LA INFORMACION

IV

Entendemos que éste es el momento preciso para dar paso en nuestras reflexiones al único texto de Pío XII sobre la opinión pública que recoge el comentarista de «Ecclesia» y de intentar algunas matizaciones sobre el alcance global del discurso a que pertenece y al que en nuestro apartado anterior nos hemos referido ampliamente.

Es cierto que el Papa habló formalmente acerca de «algunos principios fundamentales que tocan al papel de la Prensa católica en sus relaciones con la opinión pública», como estas palabras textuales nos evidencian. Pero añade una concreción que estimamos sustantiva para la recta valoración de doctrina que, si se aduce, debe ser para su aceptación sin reservas por parte de todos los que deseamos caminar a la luz de las enseñanzas pontificias: «Essa invero ha un posto eminente fra quanti concorrono alla sua formazione e diffusione». Que traducido fielmente nos dice que «ella —la Prensa católica— tiene, en verdad, un lugar eminente entre cuantos factores (o principios) concurren a su formación y difusión»; (se entiende, de la opinión pública.)

Es lógico que un «lugar eminente», por mucho que lo sea, no es un puesto exclusivo ni único. Y, puestos a matizar la doctrina en la que hemos de fundamentarnos, creemos tiene interés destacar la no exclusividad de aquella doctrina sobre la opinión pública al aplicarla a la Prensa. Dentro de esta necesaria precisión debemos colocar algunos otros lugares del referido discurso de Pío XII, especialmente aquel no pocas veces alegado anteriormente y ahora una vez más repetido, de que «allí donde no apareciera ninguna manifestación de la opinión pública; allí, sobre todo, donde hubiera que registrar su real inexistencia... se debería ver un vicio, una enfermedad, una irregularidad de la vida social».

Sin duda que un vicio, una enfermedad, una irregularidad de la vida social —sea cual fuere— es siempre lamentable y debe ser objeto del tratamiento o proceso de curación adecuada. Ahora bien; existen desgraciadamente en las sociedades modernas tantos vicios, enfermedades e irregularidades, y de una serie de ellas, muy graves, se ocupó Pío XII aún en el mismo discurso al Congreso Internacional de Prensa Católica del año 1950, que no sería ejemplar rasgarse las vestiduras sólo ante una de estas enfermedades, prescindiendo de las otras, como si la curación de una de ellas llevara consigo automáticamente la cura-

Volviendo a las frases citadas de Su Santidad Pío XII, ambas aclaraciones se complementan, ya que si no es la Prensa el único medio de expresión de la opinión pública, para diagnosticar si se dan o no las manifestaciones de ésta en un ambiente social, es lógico que se imponga el examinar todos los planos de esa realidad social orgánicamente estructurada, a fin de poder aplicarle el subsiguiente juicio del Pontífice, sin estrechar indebidamente las vías de su interpretación.

El hecho de que Pío XII se refiera a la Prensa creemos tiene su más que suficiente explicación, si recordamos que hablaba a periodistas en un Congreso Internacional de Prensa Católica. Y el que el mismo Pontífice, al tratar, de modo formal y pleno, de los medios técnicos de información y difusión en la sociedad moderna, tenga en cuenta la totalidad de los mismos, ratifica la razón de nuestra aclaración; máxime si se tiene presente que lo hace a través de una encíclica, la «Miranda prorsus», documento de rango doctrinal bien destacado entre los medios ordinarios del Magisterio pontificio.

La visión, pues, que del problema de la opinión pública y sus manifestaciones deja entrever el comentarista de «Ecclesia» no es, a nuestro juicio, plenamente satisfactoria. Es preciso ver el problema desde todos los ámbitos y posibilidades, a través de todos los órganos—los específicamente privados, los sociales, los institucionales y públicos—; pues a través de todos ellos pueden y deben discurrir dichas manifestaciones en toda sociedad rectamente organizada.

Ahora bien, en una comunidad cuya estructura políticosocial se caracteriza por una constitución orgánica, que es nuestro caso, resulta incluso funcionalmente imposible la exclusividad de la Prensa como cauce único de la opinión pública, exclusividad que, por otra parte, no se registra ni de hecho puede registrarse en país alguno. Después de estas observaciones, permítase nos una pregunta:

¿Podemos repetir constantemente el texto pontificio sobre la inexistencia real de «ninguna manifestación» de la opinión pública allí donde funcionan unas Cortes, donde las minorías preparadas editan libros sobre los más candentes temas de la vida nacional, donde se celebra, a toda luz y con la más amplia representación de todos los estamentos sociales, congresos como el de la Familia española, y Consejos Sociales como el reciente de los sindicatos; donde existen múltiples empresas editoriales, con hombres de significativa fisonomía

seguros, que en una fecunda aportación ideológica y doctrinal enriquecen constantemente el pensamiento actual con unidad de fondo y variedad innegable de matices y concreciones? ¿Se puede objetivamente afirmar sobre nuestra realidad nacional que no existe ninguna «manifestación» de opinión pública? Si así lo estimaran esas minorías responsables de hombres que llenan el salón de los órganos representativos y legislativos de España y que están ahí en cumplimiento noble y leal de postulados de colaboración al bien común nacional, no estarían ni un día más.

De acuerdo, pues, con el lugar eminente que la prensa tiene en la expresión y educación de la opinión pública. Pero no siendo el único medio posible ni actual no se puede hacer fuerza exclusiva sobre la misma.

Manteniéndonos en la misma línea anterior nos complacemos en recoger y subrayar la afirmación de que los «gobernantes ni son infalibles ni son impecables. Tampoco lo es la opinión pública». Jamás hemos mantenido ni podríamos mantener lo contrario. De acuerdo totalmente, pero no estará demás esta sencilla aclaración. Es bastante frecuente, en algunos escritores y comentaristas, situar en un mismo plano sin diferencias a la prensa, a la opinión pública y a la autoridad.

Por razón de la naturaleza de cada uno de estos factores, de sus fines específicos y de las funciones y responsabilidad que a cada uno compete o afecta en función del bien común ha de concluirse que son de categoría bien distinta. En este punto no creemos que se pueda razonar al margen de lo que precisamente dicta como indiscutible la misma recta razón, ni prescindir de la doctrina mantenida ininterrumpidamente por la Iglesia y sus teólogos, de la enseñada por León XIII y los Papas posteriores, al tratar de la constitución de la sociedad civil según el plan de Dios. Por muy solventes que sean en su actuación la opinión pública y la Prensa, nunca podrá aplicárseles la doctrina católica referente al origen y misión de la Autoridad. Nunca podrá decirse quien «a la Prensa resiste, a Dios resiste».

Los profesionales de la información conocemos y defendemos lo difícil e importante de nuestra función en la sociedad,

pero el sentido de la medida, del equilibrio y de la humildad no lo hemos perdido. Aún en relación con la opinión pública, una es la misión de la Prensa y muy otra e indudablemente de rango superior la de la autoridad, pues a ella, y no a los órganos informativos, incumbe y pertenece la función del gobierno. Y ésto, lo lamentamos, no siempre se aclara suficientemente. Es indudable que Pío XII aboga por la misión de la Prensa católica y demás órganos de difusión en orden al bien común y a la manifestación y orientación de la opinión pública, como valora el papel que corresponde desempeñar a las minorías solventes y ligadas a la comunidad de la que forman parte. Pero se nos viene a la punta de la pluma, una pregunta basada exactamente en la gran eficacia que el Papa concede a esas minorías, a los hombres responsables y a la prensa en general. Siendo tal y tanta la influencia y la misión que se puede realizar a través de la Prensa, ¿se puede negar a la autoridad, minoría cualificada, al gobernante consciente de su función y de su responsabilidad del bien común, el hacer también ellos, a través de la Prensa y demás medios de información, lo que lícitamente pueden hacer las empresas y la sociedad misma? ¿Dejan de ser factores del bien común por ser autoridad o gobernante? ¿Pierden los derechos de todo ciudadano por adquirir responsabilidades de gobernantes?

Acecha un peligro al gobernante: el de considerar siempre acertada sus determinaciones. ¿Se negará que existe otro correlativo para los gobernados de ver tan sólo sus intereses particulares o de grupo? ¿La gracia de estado de los súbditos para colaborar en el bien común social es más eficaz que la de la autoridad para llenar su misión? En teoría es claro que no. En la práctica hay de todo en la realidad social de los pueblos. Con una ventaja a favor de la autoridad: quien gobierna con recta intención de servicio al bien común y tiene que decidir se responsabiliza con sus decisiones ante Dios, ante su conciencia, ante la sociedad y ante las leyes.

Unas últimas reflexiones nos sugiere el artículo que ha dado origen a estos comentarios. Pero por no mezclar temas diversos en este de hoy, y dada su extensión, preferimos aplazarlas para nuestro próximo número.

Gaceta de la Prensa Española

PUBLICACION ESPECIALIZADA
EN NOTICIAS DE INFORMACION

Administración: Pinar, 5. - MADRID



El perfil del «Pegaso» «todo terreno» como telón de fondo en este rincón de los visitantes de la Feria

TODOS LOS CAMINOS LLEVAN A LA FERIA

A cada hora del día y de la noche, un público distinto

CADA VISITANTE ENCUENTRA

ES la una de la madrugada. El gran camión con remolque que viene de Valladolid y va para Valencia ha enfilado el paseo de la Virgen del Puertó. No se detiene en Madrid. El chofer de turno acelera la marcha.

—A estas horas y por aquí—le dice al ayudante, que está casi dormido—se puede correr a gusto.

Y de pronto, el frenazo. El ayudante se despierta completamente sobresaltado y mira con alarma. El camión se ha detenido para dejar paso a una larga fila de figuras confusas que atraviesan la calzada. Cuando acaban de pasar el chofer reanuda la marcha.

—Esos vienen de la Feria del Campo—le dice al ayudante, que ya está otra vez dormido.

“Esos” son casi un pueblo: más de sesenta y menos de setenta personas que han acudido a Madrid a ver la Feria.

Después del pequeño susto que



La estadística inspira siempre interés. He aquí un ángulo de la sugestiva caseta del Instituto Nacional de Estadística

do la marcha. Ahora suben con lentitud el paseo de San Vicente. Después de mirar hacia su izquierda las luces de la tranquilidad y a esas horas solitaria estación del Norte, agradecen con comentarios el aire fresco que les llega a través de las verjas del Campo del Moro.

Al frente de la comitiva marcha un sacerdote. Es, casi no hace falta decirlo, el cura párroco, quizá el único que conoce el camino. Sus feligreses tienen los ojos brillantes de las luces de la Feria, pero están cansados, terriblemente cansados. Tres horas de marcha rápida, porque hay que verlo todo, porque no hay que entretenerse, es mucho tiempo. Y ahora acusan el cansancio. Sobre todos, los padres. Los niños, apenas dejaron atrás la Feria, comenzaron a pedir los brazos, y ahora hay que subir la empinada calle con los hijos a cuestas.

La larga caminata va disgregando la comitiva, pero el sacerdote abandona la cabeza

vuelve hacia los rezagados. Hay que darse prisa, es preciso llegar a la plaza de España a tiempo de coger el último Metro para poder llegar a la pensión donde se alojan todos.

Apenas ninguno sabe dónde va a dormir, porque llegaron muy de mañana. El párroco y algunos vecinos se fueron al centro y comprometieron la pensión. Sólo para dormir se entiende, porque todos trajeron del pueblo comida suficiente para alimentarse durante ocho días. Cenaron en la Feria y ahora dormirán muy pocas horas. Mañana tendrán que coger el tren para volver a sus casas y a sus tierras. Hoy, aunque no lo marque el calendario, ha sido para ellos un día de fiesta.

Estos hombres y mujeres que ahora llegan a la madrileña plaza de España, junto a las figuras casi apagadas de los dos rascacielos, han pasado unas horas en la Feria del Campo. Lo han visto todo, o al menos ellos

importa. Sería casi imposible que pudieran escoger lo que más les había gustado. Más difícil aún sería que fueran capaces de precisar lo que en realidad les llevó a la Feria. Para ellos fue la Feria del Campo completa; para cada visitante, entre los miles y miles que acuden cada día a la Feria, tiene unos motivos distintos y una atracción también diversa. Cada uno busca lo suyo y siempre lo encuentra.

EL PABELLON DE CADA UNO

Los empleados de los pabellones y "stands" situados cerca de las puertas de entrada han tenido que aprender casi a la fuerza la pequeña y complicada geografía de la Feria. A pesar del perfecto funcionamiento de los Servicios de Información, siempre hay gente que prefiere acercarse al primer mostrador que encuentra al paso y preguntar directamente:

—Me hace el favor, ¿dónde



Las niñas del Orfanato de Santa Francisca Javier Cabrinl sienten curiosidad por ver todos los «stands»

Otras veces será Valencia, o Cataluña, o Toledo, o quizás Madrid. Así, a fuerza de preguntas y de deseo de responder, esos empleados han aprendido bien dónde están situados los puntos de mayor atracción de la Feria.

Hay muchos visitantes para los que la Feria es solamente "su" pabellón. A lo mejor han venido de su provincia sólo para verle y saludar allí a los conocidos de la C. O. S. A. (Cámara Oficial Sindical Agraria) para que sepan todos que ellos estuvieron en Madrid y vieron la Feria del Campo.

Otras veces, "el" o "la" visitante llevan muchos años sin ver su tierra y el interés es aún más vivo. Vienen quizás con sus hijos, que a lo peor ni siquiera han podido conocer la patria chica de su padre o de su madre, y se han quedado sin saber lo que es una vendimia o un choto recién nacido.

El o ella les enseñan todo. Aunque enreden o se distraigan no importa. Ahora están en su tierra

y les parece como si los años no contaran y casi llegan a creer que cuando salgan se van a encontrar en la plaza de su pueblo.

Hay quien no necesita preguntar nada, porque ha tenido la precaución de proveerse de un plano que le sirve de ayuda para llegar hasta donde quiera. Y lo que desean estos dos sacerdotes es llegar hasta el pabellón de España en la "Expo" de Bruselas, trasladado ahora a la Feria del Campo.

Uno de ellos, José María de Celis, que acaba de llegar de Santander es el más interesado en ver el pabellón. Al otro sacerdote, Domingo Saibana Ramos, le tira más lo suyo; él ha venido con la Hermandad de Labradores de For sólo a ver la Feria, y le importa casi exclusivamente ver el pabellón de Lugo.

EL NUEVO HOGAR CAMPEÑO

José Sanz de Lara se ha quitado la chaqueta. Hace calor ba-

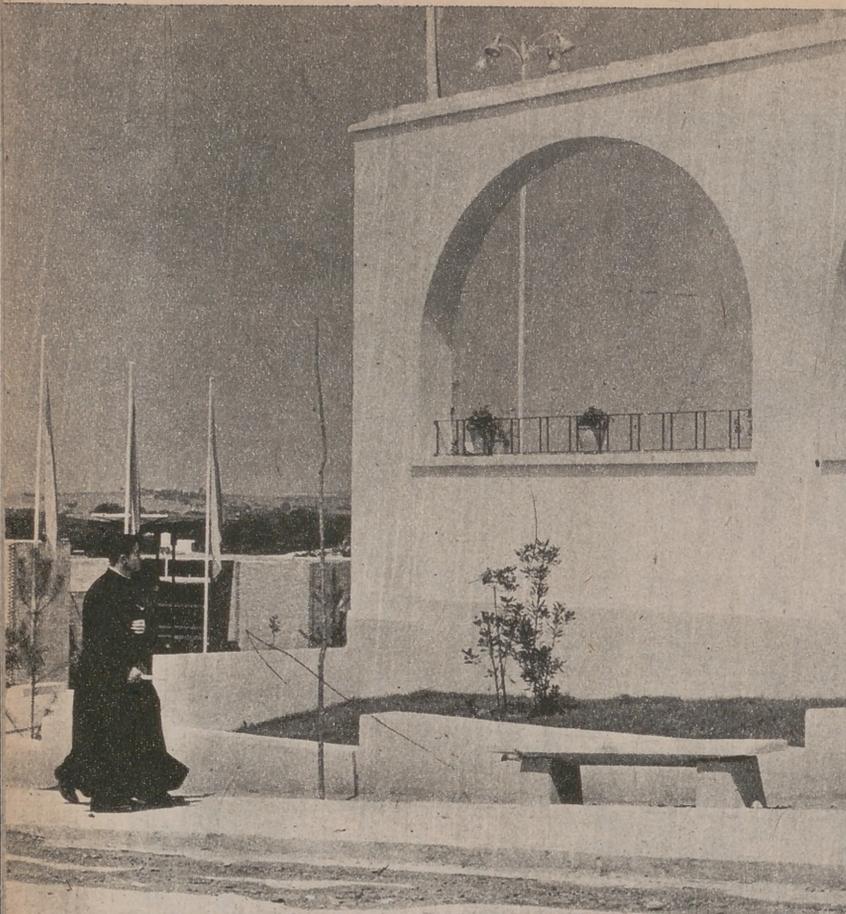
jo el techo liviano del "stand" que dirige. En ese espacio de la Feria se acumulan los pequeños "stands" de muchas Empresas comerciales. Hay maquinaria agrícola, pequeños motores, aperos de labranza, pero también se venden artículos de tipo doméstico, utensilios ultramodernos de cocina, libros.

Todo eso para las gentes del campo, que no han venido a Madrid solamente a ver el pabellón de su provincia natal, a contratar el ganado o el tractor que necesitan sino también a comprar los nuevos aparatos, que ya son casi imprescindibles en su hogar. Para vender a alguno de ellos está aquí José Sanz de Lara, que pertenece a una firma comercial dedicada a la producción y venta de un aspirador eléctrico de múltiples aplicaciones.

—¿Cuándo se vende más?

—Los domingos sobre todo, y también los días laborables a partir de las ocho de la tarde.

Mientras habla, José Sanz de



Los dos sacerdotes, en busca de un pabellón

Lara vigila la llegada de posibles clientes, porque él sabe que un comprador puede ser el que diez minutos antes no tenía ni la más remota intención de adquirir nada, pero que está dispuesto a que el vendedor lo convenza de la necesidad de adquirir su artículo.

—Con este procedimiento, saliendo a buscar al cliente, se hacen buenas ventas en la Feria.

Y estas buenas ventas en la Feria significa que ya no es sólo en los hogares de las ciudades españolas donde existen neveras, aspiradoras, lavadoras y tantos otros aparatos que hacen más agradables las faenas caseras de lo que eran hacen veinte años; ahora también las casas de los

campesinos tienen su oportunidad, quizás más necesaria, tal vez porque en el campo urge más un hogar cómodo al que llegar cansado de las inclemencias del tiempo o de la fatiga del trabajo duro.

Son muchas las gentes que en la Feria se dedican a hacer sus compras en los "stands" de estas empresas comerciales. Ellos contratan la adquisición correspondiente, y días más tarde, cuando han regresado a su casa, el representante local se presenta ante su esposa con la sorpresa de un aspirador o de una nevera, que si al principio parecía un poco extraña en la gran cocina campesina, luego se advierte que se acomoda pronto a la fisonomía de la casa.

LO QUE DICEN LAS CIFRAS

Este visitante se ha parado largo rato ante los gráficos que muestran el gran desarrollo agrícola de España. En unos paneles son curvas que se remontan año tras año, marcando las ventajas conseguidas; en otros son grandes mapas de España donde para cada provincia se consignan las principales producciones de las tierras y de los ganados. Todo está claro y las cifras cantan una realidad de las que son muestras diversas todo lo que hay en la Feria.

Sin embargo, el visitante quiere saber más y penetra en el "stand". Es el del Instituto Nacional de Estadística. Una señorita se acerca con solicitud y se informa rápidamente de lo que desea el visitante. Ante él comienzan a desplegar libros y más libros repletos de cifras.

INSTRUMENTO PARA UN MUNDO MEJOR

LA España de nuestros días es sujeto y testigo de un experimento muy importante en el campo social. Entre nosotros, como en tantas otras partes, se habían visto nacer en su día las dos reacciones fundamentales que produjeron el régimen capitalista: una, de carácter puramente negativo, representada por el sindicalismo de clases; la otra, el demoledor marxismo político. El Movimiento Nacional derrotó y eliminó a las dos, y en su lugar nos trajo un Sindicalismo nuevo, renovador y lleno de promesas. Ese Sindicalismo, del que acaba de decir en público el secretario del Episcopado español, obispo de Solsona, que «busca la armonía, por lo que no sólo es conveniente, sino necesario, está conforme con el Derecho natural y es casi una necesidad histórica».

Efectivamente, desde hace más de siglo y medio había un vacío histórico que nuestra sociedad occidental no atinaba a cubrir. La frase del señor obispo de Solsona, tan concisa como elocuente, nos

lo recuerda. Porque los intentos superadores del sistema capitalista difícilmente han sido conciliables, hasta la fecha, con el Derecho natural. El ilustre prelado se refirió a ello durante la clausura de un ciclo de conferencias en Villarreal de los Infantes, afirmando que si bien el fenómeno sindical tenía razón natural de existir, los viejos Sindicatos clasistas adolecían de un pecado original que tenía su expresión en la táctica de la violencia, que enfrentaba a los hombres y dividía a las clases. «Eran —dijo— organizaciones anti-económicas, antipatrióticas y anticristianas.» En cuanto a la reacción marxista, el señor obispo la censuró igualmente por no haber luchado por un afán de justicia, sino por la revancha, por lo que vulgarmente se ha venido en llamar «cambiar la tortilla».

De nuestro Sindicalismo dijo una vez el Caudillo, dirigiéndose a las Cortes en mayo de 1952, que consideraba esencial que se perfeccionara y consolidara a base de ex-

tender la esfera de aplicación y estrechar las mallas de sus cuadros, «hasta comprender la expresión auténtica de la vida social como instrumento necesario de la política nacional y de la justicia a la que nos debemos». Se había referido Franco en aquella ocasión a los movimientos sindicales del pasado, a su crecimiento anárquico y como marea irresistible frente a las injusticias sociales, a los embates y proscriciones que hubo de soportar. Pero este sindicalismo, liberado de su ganga ideológica, de su pesado lastre clasista, convertido ya en nacional y estructurado verticalmente, es en el pensamiento del Caudillo «la forma de expresión de los intereses de grupo en la sociedad y se convierte en instrumento de representación pública al incorporarse al orden político y legislativo». Es decir, unos Sindicatos que pueden llegar a ser —como acaba de afirmar el obispo de Solsona— uno de los instrumentos para el mundo mejor por el que la Iglesia predica.



Los alumnos de la Escuela de Formación Profesional de Automovilismo, en el recinto ferial

El visitante saca un papel y comienza a tomar notas; examina alguna reseña estadística provincial o algún Anuario, pero pronto se convence de que son muchos los datos que le interesan. No, no puede anotarlos todos, y entonces decide comprar el libro.

Por el "stand" del Instituto Nacional de Estadística pasan muchos como este visitante. Son catedráticos, investigadores, gentes que desean conocer el número exacto de las hectáreas puestas en regadío, o el de las cabezas de ganado lanar, o la producción de arroz, o el impacto causado en nuestra economía agraria por los grandes planes de colonización. Aquí están todos esos datos y muchos más, que a medida que los examina descubre que le interesan.

Por este "stand" pasan también muchos extranjeros que han acudido a ver la Feria y desconocen totalmente la realidad del campo español. Los más se quedan sorprendidos al contemplar la magnitud de nuestras cifras de producción, y solicitan más datos que, naturalmente, siempre están a su disposición. Otros vienen exclusivamente a comprar un determinado libro de reciente aparición. La Feria no es sólo para el curioso ni para el que viene aquí a exponer sus ganados o a adquirir material agrí-

cola. Es también para estos investigadores para los que unas cifras dicen tanto. Mientras cada uno de éstos adquiere un libro pasan a su alrededor las gentes que contemplan los grandes paneles, colores, cifras y gráficos del Instituto Nacional de Estadística.

LAS MÁQUINAS DEL CAMPO

Es mediodía. La Feria parece casi desierta y no lo está. Los visitantes se han refugiado en los distintos pabellones de su gusto para huir de este calor, que ha reblandecido el asfalto de las calles del recinto.

En la sombra fresca de un "stand" desinadado a vender bebidas refrescantes se ha refugiado un grupo de jóvenes. Todos visten uniforme militar de color azul y boina negra. Son los alumnos de la Escuela de Formación Profesional de Automovilismo. Cada uno de ellos ha permanecido ya dos o tres años en la Escuela; dentro de cinco o seis saldrán de allí como obreros especializados, dispuestos los nuevos puestos de trabajo que les esperan.

—Hemos venido unos cien, aproximadamente, repartidos en dos grupos. Luego, a las dos, te-

nemos que reunimos para volver a la Escuela.

Los alumnos saborean la bebida, pero tienen prisa por ponerse otra vez en camino por la Feria. A ellos no les importa el calor.

—Lo que más nos llama la atención —dice otro— son las máquinas.

Ha señalado con el dedo la mancha abigarrada de varios aparatos agrícolas, cuyas vivas pinturas brillan al sol. Hay otro alumno que ha tenido más tiempo para preparar su respuesta y responde con más precisión:

—Queremos ver, sobre todo, todo lo que se refiera a la mecanización agrícola. Es lo nuestro —sonríe—, y por eso nos interesa más y también más fácilmente lo comprendemos.

Los alumnos han dejado sus botellas vacías sobre el mostrador y han salido en dirección a las máquinas. Pronto examinan, casi con mirada de experto, e: aparentemente confuso revoltijo de cables, ejes, ruedas y poleas destinado a aumentar extraordinariamente la productividad de las tareas agrícolas. Muchos de los chicos que ahora contemplan con interés esos aparatos se ganarán quizás algún día su jornal construyéndolos o reparándolos. En España ya hay grandes y complicadas máquinas agrícolas.

pero lo que es mucho más importante, existen hombres capaces de fabricarlas y manejarlas. Estos chicos pueden ser también como ellos. Les gusta y lo saben.

LAS HUERFANAS QUE SERAN MECANOGRAFAS

La larga fila de vehículos que acaban de franquear la puerta grande de la Feria se ha detenido ante las órdenes de un guardia. Los conductores de varios automóviles situados atrás se alzan un poco sobre el estribo para poder observar la causa de su detención.

Es que pasan las niñas de un colegio de monjas. Son las acogidas en el orfanato de Santa Francisca Javier Cabrini, de Cannillas. Para ellas, quizás más que para todos los demás visitantes de la Feria, hoy es un día de fiesta. Todo lo que para los demás es luces, movimiento, brillo y atracción para ellas resulta centuplicado.

Cruzan la avenida muy formales, muy serias, marchando siempre de dos en dos. En la cabeza y al final del grupo figuran dos religiosas. Una de ellas es quien explica.

—Estas niñas han sido premiadas en los exámenes y por eso las hemos traído hoy aquí.

Estas chicas, de mirada inteligente, que tienen prisas por seguir mirándolo todo y a un mismo tiempo, estudian, según dice la religiosa, cultura general, idiomas, taquigrafía, contabilidad; se preparan para una profesión que las capacite perfectamente un día para dejar el orfanato y lanzarse a ganarse la vida en una oficina o en un comercio.

—Las niñas —dice la religiosa— sienten curiosidad por todo, pero no sabemos si será posible que en el tiempo de que disponemos podamos recorrer tantos sitios. Nos otras —y al decirlo mira a la otra religiosa— queremos que vean, sobre todo, las diversas muestras de ganado y también los ciervos, los jabalíes y las aves de rapiña que me han dicho que hay. Así tendrán una lección práctica de Ciencias Naturales.

Por la mañana, los colegios, los orfanatos y las institucio-

nes docentes de toda clase se mezclan abundantemente. Hay grupos de alumnos de las más diversas clases, desde el reducido de universitarios que acuden tan sólo a un "stand" o a un pabellón, hasta los conglomerados densos e inquietísimos de los alumnos de Enseñanza Primaria que necesitan esa vigilancia constante y múltiple que solamente pueden darles sus propios maestros.

Para los niños de la ciudad es una sorpresa maravillosa encontrarse con que el campo es algo muy distinto del que ellos conocían a través de sus días de verano o de excursión dominguera; los niños del campo que vienen a la ciudad se enfrentan en la Feria con la realidad que ellos conocen, multiplicada y diversificada en la de todos los lugares de España.

TARDE DE DOMINGO

En las primeras horas de la tarde del domingo, la fila de autobuses que desde la plaza de España realizan el viaje hasta la Feria del Campo se mueve con rapidez. Los coches se llenan en seguida, y casi con la misma premura salen en dirección a la Feria. Entonces comienzan los apuros del cobrador.

Un viajero le da una moneda de cinco duros y le dice que cobre ocho billetes.

—¿Quiénes son? — pregunta el cobrador.

—Esa señora del niño (que tiene menos de cuatro años y no paga) aquellos chicos que se han ido a la plataforma delantera (para ver mejor el camino) y esas otras señoras que están en el pasillo (para tratar de coger un asiento).

Cada uno de los que paga, pone en idénticas dificultades al cobrador, que casi se vuelve loco tratando de saber quiénes son los que tienen el billete pagado.

Cuando el autobús llega a las puertas de la Feria y bajan todos, se forman grandes racimos humanos a la espera del cabeza de familia, que ha ido a la taquilla a sacar las entradas.

El domingo son innumerables las familias madrileñas que pasan la tarde en la Feria. Se llevan su merienda, que luego comerán en

un bar, en donde encargarán seguidamente más bocadillos. En tantas horas de estancia en la Feria siempre habrá algún disgusto: un niño que está a punto de perderse; otro que casi rompe un jarrón en el pabellón de Valencia o de Toledo. Pero todo esto son pequeñas cosas.

Estas familias se conocen bien la Feria a fuerza de haber venido ya muchos días festivos y alguna que otra tarde de sábado. Discuten sobre los pabellones y los "stands" con palabras de entendidos; que si éste tiene mucho lujo, pero aquél tiene más gusto; que hay que ver qué vino tan rico o que queso tan bueno. En fin, conocen la Feria. No vienen por nada en concreto, pero por ellos la Feria del Campo sería permanente en Madrid. Esto es mejor que pasarse dos horas metidos en un cine y luego dar vueltas hasta la hora de la cena. Aquí hay distracción para todos, porque la Feria siempre cambia, porque, aunque no lo crean, no la han visto toda y cada día encuentran algo desconocido, y porque ellos, gente de asfalto, les tira mucho saber cómo es esa gran parte de España que forman el campo y los que en él viven.

A las nueve o las diez retornan a la plaza de España y se vuelven a sus casas. Los chicos llevan los bolsillos llenos de folletos y propaganda de los stands comerciales. Hay también gorritos publicitarios de papel para todos. Cuando llegan a casa, cansados y sudorosos, todos piensan, sin embargo, que el domingo siguiente y al otro (¡no, que al otro ya no hay Feria!) volverán otra vez a cruzar el Manzanares camino de ese rincón de la Casa de Campo convertido en botón de muestra del campo de España.

Por la noche, la Feria tiene ya otro público. Vienen matrimonios solos que han dejado a sus chicos al cuidado de la abuela o de una vecina. Algunos traen bocadillos y se los toman en un merendero, pero otros quieren jugar de verdad a que es fiesta y prefieren cenar en la Feria, en el primer sitio que les salga al paso. Después, ya se sabe, a los festivales o a dar un paseo largo y tranquilo por las calles, que se van quedando silenciosas. A última hora es cuando la Feria tiene sus mejores momentos. Se puede comprar o mirar lo mismo que a cualquiera hora del día, pero todo queda más sosegado, sin prisas, sin tanta gente.

Peró en un "stand" han apagado las luces, y a los pocos minutos es otro, y otro, y otro. Y ya es hora de marcharse. Junto a la puerta se alinean los últimos autobuses. El cobrador de uno de ellos vocea: "¡A Cibeleles, a Cibeleles!" El coche se llena con los últimos empleados de la Feria, que se mezclan con los visitantes rezagados.

Guillermo SOLANA

En domingo, dice el jefe de un «stand», las ventas aumentan sensiblemente



JADRAQUE EN EL CASTILLO DEL CID, EL "BALCON DEL CARDENAL"

Un día histórico en la antigua ruta del Campeador

Lo mismo da ir por ferrocarril que por carretera. A poco más de 100 kilómetros de Madrid y a 48 de Guadalajara, lo primero con que se «tropieza» el viajero es un castillo. El más contemplado de la provincia. El castillo de Jadraque.

Una fuente y poco después, a unos tres kilómetros, el pueblo. Calle del Generalísimo Franco. Plaza de España, Ayuntamiento Nacional de Jadraque, calle del General Mola, parroquia de San Juan Bautista. Desde ésta las campanas voltean en constante bienvenida. Las principales calles, empavesadas, los balcones con colgaduras, mantones de Manila o la mejor colcha de seda con colores vistosos que hasta ayer estuvo guardada en el arca. Heraldos e incluso un guerrero con cota de malla y pendón en la diestra. Una treintena de muchachas ataviadas a la usanza serrana y el pueblo en pleno ocupando el camino oficial. El excelentísimo señor arzobispo de Sión, Vicario general castrense; el excelentísimo señor obispo de Miletopolis, auxiliar del de Madrid-Alcalá; el purpurado de la diócesis seguntina; el excelentísimo señor Gobernador Civil, excelentísimo señor Presidente de la Diputación Provincial, los Alcaldes de Guadalajara, de la localidad y de los pueblos próximos. Delegados del turismo extranjero, Asociación de Amigos de los Castillos, el No-Dó, periodistas de diversas provincias españolas... y cerrando el cortejo la ilusión de todos por vivir un día cidiano-mencocino en las tierras de Castilla.

**EL SANTISIMO CRISTO
DE LA CRUZ A CUESTAS**

Son las dos de la tarde. La igle-



Apretujados contra el muro del castillo, esperan, bajo la lluvia, el momento de descubrir la lápida



Envuelto en nubes de plomo, descansa de sus pasadas glorias el castillo de Jadraque.—A la izquierda, desde el balcón del Ayuntamiento, las guapas chicas ponen su nota de tipismo en este día de fiesta



La comitiva recorre las calles de Jadraque camino de la Casa Consistorial

sia parroquial, absolutamente llena, acaba de dejar oír entre sus muros las últimas preces que de labios del doctor Muñoyerro acaban de salir como responsorio por quienes vivieron en el castillo del Cid. La calle del General Mola aún sirve de cauce al último hilo del agua que torrencialmente ha caído por espacio de dos horas.

—¡Lástima que no hubiera sido antes el sol!—alguien comenta.

Y efectivamente tiene razón. Ese sol huidizo que luego dejó pasar a unas nubes y después a la lluvia fue el culpable de que aquellas banderas con mástiles de hierro y esos reposteros que adornaban los muros del castillo no lucieran con la plenitud que se les había encomendado. Ese sol que dio paso a las nubes y esas nubes que, galantemente, nos mandaron todas sus reservas, han sido igualmente culpables de que la santa misa no se pudiera concluir en el histórico recinto. Mas a pesar de todo la lápida «Lauda», homenaje al cardenal Mendoza, ha sido descubierta y los colores de la bandera nacional que la cubrían han corrido a un costado de la misma para darle escolta de honor. Sobre mármol blanco, esculpidas, letras teñidas de rojo rezan la siguiente inscripción: «Este castillo que llaman del Cid, fue reconstruido en MCDLXXXVIII por don Pedro González de Mendoza, gran cardenal de España.»

Mas no salgamos aún de la iglesia que se encuentra también vestida de fiesta. Esta iglesia en la que no faltan la instalación de micrófonos y altavoces, recoge en el lado de la epístola una imagen de la Soledad, escultura de gran tamaño de las denominadas de

«cauza» y cuyo rostro recuerda las marciales gubias de Gaspar Becerra. En el mismo lado y sobre una columna descansa un cuadro de «la Inmaculada Concepción en vuelo asuncionista sobre Sevilla». Cuadro éste pintado por Zurbarán en 1630. Junto a este lienzo, el Santísimo Cristo de los Milagros. Obra escultórica perteneciente a la escuela granadina de finales del siglo XVI y quizá debido al genial Pedro de Mena.

En el lado del Evangelio sobre, coge el contemplar uno de los últimos lienzos, con toda probabilidad el postrero de Francisco Zurbarán. Está fechado en 1661. En él, la luz y las sombras contrastan en ese suave y dulce gesto de Jesús recogiendo las vestiduras antes de la Flagelación. Canon Aznar lo sitúa en un puesto inmediato al que tiene el «Cristo», de Velazquez.

Un paso procesional ocupa igualmente un lugar a la izquierda de la nave central. Es el Santísimo Cristo de la Cruz a Cuesta, Patrón de la Villa. Su figura de Nazareno es aún más patética al verle rodilla en tierra, abrumado por el peso de la Cruz y queriéndose levantar, mientras se apoya en una piedra del camino. Esta imagen milagrosa es la que pasean procesionalmente desde la ermita hasta la parroquia para impetrar la protección divina en los años de sequía. Pero hoy, que ha sido trasladada con distinto motivo, el milagro se ha realizado igualmente.

La gigantesca araña de cristal se, ha apagado, al igual que el resto de las luces. El altar mayor, apenas se vislumbra encofrado por el retablo que sustituye a aquel churrigueresco desaparecido entre las llamas hace poco más

de una veintena. El coro ha enmudecido y ya no quedamos dentro del templo más que los eternos curiosos a los que nos da pena decir «adiós» a todo.

EL BALCON DEL CARDENAL

Jadraque se halla al N. E. de Guadalajara, a la izquierda del río Manzanares y al pie de unos cerros. Sobre uno de ellos, el más cónico, se levanta el castillo, «el castillo del Cid», «el mirador turístico de Castilla», «el balcón del Cardenal».

Separar un lugar de su castillo resulta difícil cuando se habla de ambos. Los castillos son la sombra que protege contra la insolación de los invasores a los pueblos que cobijan o, a veces, son como una amenaza en forma de impuestos, tributos y alcabalas.

Ya en tiempos romanos, Tolomeo lo citaba como Vara. En las Crónicas árabes de principios del siglo IX titulan al castillo con el nombre de Charadraque. Este paraje, situado en la línea imaginaria divisoria de la Alcarria, la sierra, la campiña y el ribazo chopero del Henares, no llegó a tener verdadera importancia hasta entrado el siglo XV, cuando Juan II creó el rico señorío que diera a su sobrina, casada con don Gómez Carrillo. Lo heredó posteriormente Alonso Carrillo de Acuña, caballero que dilapidó tan grande heredad.

Don Pedro González de Mendoza, siendo obispo de Sigüenza, quería aumentar sus posesiones en esta región. Para ello cambió a Alfonso Carrillo su señoría por la Alcaldía Mayor de Toledo y la villa de Maqueda. Corría el año de 1469.

Del amancebamiento con la noble doña Mencía de Lemus, portuguesa, dama de la Reina mujer de Enrique IV, nacieron dos hijos, don Ruy y don Diego.

El cardenal siempre sintió el atractivo irresistible de hacerse saber descendiente del Campeador; por ello, uniendo tres amores—su ascendiente, su descendiente y la Villa—logra para su primer vástago, sobre el título de conde del Cid, el de marqués del Zenebe y el de primer señor de Jadraque. «Uno de los bellos pecados del cardenal», como lo calificaría la Reina Isabel, con frase entre irónica y benevolente, un 15 de junio, el del año 1476.

El cardenal decide reconstruir el castillo, pero ampliándole y abriendo sus ventanas. Un castillo mitad fortaleza, mitad palacio y alcázar. Un recinto que, más que acciones bélicas, tendría como destino el amparar romances de amor. Y junto a él, trovadores, cómicos, juglares, poetas, músicos...

Dos años duró la breve estancia en el castillo de la primera esposa del marqués de Cenete, hermano del conde del Cid. Su viudo marchó a Italia, tras las luchas granadinas, en donde continuó sus hazañas, sin que faltaran las mujeriegas. No pudo Lucrecia Borja conquistar su corazón, que ocupó por entero doña María de Fonseca. Quizá las dificultades, puede que la edad cuarentona del marqués, el caso es que esta dama le hizo sentar la cabeza, tras habérsela hecho perder por ella. De Valladolid a Jadraque, en una continua galopada, vinieron ambos, tras huir de



Los hombres de Castilla escuchan ante el Ayuntamiento las palabras de las autoridades provinciales y literarias

raptos. Su hija doña Mencía moró igualmente en el castillo con sus dos sucesivos maridos.

Hasta la fortaleza fueron enviadas las Santas Espinas de la Corona de Cristo, que hoy se conservan en Atienza, cuando, siendo príncipe de Asturias, se encontraba entre sus muros gravemente enfermo Felipe IV. En 1706, durante la guerra de Sucesión, se aposentó en el castillo el duque de Berwick, que acabara de arribar a Jadraque con una división de 15.000 hombres. La guerra de la Independencia consuma actos vandálicos en el castillo cuando hasta él llega la soldadesca de Napoleón. Es en 1836 cuando llegó también a Jadraque el general carlista Gómez, en donde hizo prisionera a una división de la Reina. Acto que le dio confianza para que tanto Cabrera como el resto de los caudillos aragoneses y valencianos se le unieran en su intento de atacar a Madrid. En el año de 1889 el duque de Osuna subastó sus bie-

el castillo. El Ayuntamiento lo compró, rescatándole de una muerte segura. Fenecimiento que ahora no llegará, porque el Municipio cuando habla del castillo dice "nuestro" castillo, y desde la ladera "del cerro más perfecto del mundo", como lo titulara Ortega y Gasset, mirando al cielo se tiene la visión, mezcla de esperanza y fe, de que sus almenas y su torre del homenaje, de que sus aspilleras y poternas, de que su patio de armas y sus torreones, vuelven a lucir su blanca piedra bajo el azul de Castilla.

EL SECRETO DEL TÍO PESETA

Tengo unos amigos en un pueblo próximo a Jadraque: Valdearenas. Un día en que celebrando una onomástica quisieron darle categoría gastronómica decidieron preparar el plato típico por excelencia: cabrito asado a labarreja. La capitalidad culinaria de este succulento yantar la ostenta Jadraque, y, por lo mismo, fueron requeridos los servicios de un especialista que se

blecillo. Según cuentan, la invitación fue hecha no sólo para que el asado resultase perfecto, sino también para copiar el secreto del mismo. No perdieron ni uno sólo de cuantos movimientos o preparativos realizó el cocinero. La cosa parecía estar clara hasta que, llegado el momento de servir la tostada res, sacó quien la repartía una botella con caña y comenzó, plato a plato, a rociar aquella tierna y jugosa carne con un líquido, salsa o ajillmójili, que era quien prestaba el verdadero punto, el "bouquet", que no lograron adivinar.

¿Conocen muchos la fórmula? No lo sé. Pero lo que sí resulta cierto es que la guardan como fieles cancerberos y la transmiten de padres a hijos. La preparación tiene algo de brujería o de ritual de alquimista. Su composición, que pudiera titularse como vinagrillo de plantas aromáticas, ha de integrarse por aquellas que estén cogidas ciertos días del año, coincidiendo con diversas fases de la luna. Plantas que conservadas secas recobran su jugosidad tras las horas de maceración necesarias.

Muchos han preparado esta salsa y varios también la elaboran hoy en día, pero quien ha pasado a la posteridad gracias a este líquido oloroso y estimulante fue el tío Peseta, heroe local que llegó a la Historia a través de los hornos y plantas aromáticas de Jadraque, llevándose a la tumba la fórmula ideal, que él solo conoció.

JOVELLANOS, EL ANTI- AFRANCESADO

Jadraque no es un pueblo moribundo, no languidece recordando solamente. Es una villa que siempre supo alternar, como el Gran Cardenal, la poesía con la lucha. Si el castillo está allí arriba, como libro abierto de la Historia, las calles compaginan sus esonanzas de escudos pétreos con comercios modernos y bien surtidos. Establecimientos de aparatos electrodomésticos, relojerías, géneros de punto y tejidos de todas clases, confiterías, zapaterías, bares, clínicas de médicos y dentistas. Baste citar la siguiente relación de industrias y talleres de la localidad para hacerse idea de la importancia que en este terreno ha adquirido últimamente.

Fábricas de harina, pan, pastelería, gaseosas, botas de cuero para vino y aceite, calzado, cerámica, alfarerías, talleres de reparación de automóviles, transformaciones férreas, reparación de calzado y centrales eléctricas.

Las calles tienen cuevas, pero cuevas que son menos pesadas que en otros lugares, porque aquí los claveles, que penden de rejas y ventanas, perfuman el ambiente y porque aquí también las parras verdean apoyándose lánguidamente en fachadas y aleros, e incluso sombrean los tejados. Y son menos pesadas, en suma, porque el agua corre como don divino por las innumerables fuentes de caño gordo, que ponen en el ambiente un recuerdo de los tiempos árabes. La del Cañejo, en la plaza del Trigo, frente a la iglesia Mayor, como pila de

go de santidad en cada toque de campana; la de la Tijera, en la de San Roque, en donde las mozas llenaban sus cántaros, y digo llenaban y no llenan porque todas las casas tienen aquí su instalación de agua; la del Peaje, que apaga la sed de arrieros y ganado cuando regresan de la arada; la Fuente Vieja, en la que no faltan las lavanderas; la del Ave María, con caño de agua medicinal; la de la Paloma, la del Piojo, la de la Tinaja, la del Convento, la del Dómine, la del jardín de la casa de los Verdugo, la del jardín de Coronel, la del jardín de la casa de don Galo... Agua y tierra. Fuente y jardín, belleza estética y sonido. Zonas de color y flores que invaden las casonas, o casonas que salen para abrazar el vergel del campo.

En el centro de Jadraque, en la plaza de España, es donde canta a cuatro voces la setecentista fuente de Piedra, la mayor del lugar. Ella ha callado su son, convirtiéndole en dulce susurro para escuchar junto al pueblo las voces inflamadas de patriotismo y poesía que desde el balcón del Ayuntamiento ha ensalzado a Jadraque y su castillo. El Alcalde de la villa, el secretario, el presidente de la Peña Cervantina de Alcalá de Henares, un representante de Guadalajara, el poeta exquisito de Jadraque y el Gobernador Civil.

La fuente mira con sus canos a los cuatro puñitos cardinales. Uno corresponde a la dirección de la Biblioteca Pública Municipal—¡bello ejemplo el de este pequeño pueblo!—. Otro mira hacia la vieja casa de La Cadena, en donde despidió con una sonora bofetada la Reina Isabel de Farnesio a la mangoneadora princesa de los Ursinos. Donde la despidió y desde donde la deserró, con tal urgencia que no tuvo la salida ni la copiosa nevada que cubría estos parajes aquel frío invierno de 1744. Un tercer caño se orienta hacia la casa de los Coronel, la de los Castillo, la de los Gutiérrez de Luna, la de los Cámara o la de la Mitra. El último dirige su cántico de borboteos a la casa más importante, la que recoge en sí mayor poesía íntima y un gran sabor históricoemotivo; ésta es la casa de Arias de Saavedra y Verdugo de Oquendo, entroncados últimamente con los Perlado. Su postre descendiente, dama soltera, lo legó a las madres Ursulinas.

Sobre la puerta, un complicadísimo blasón ampara la entrada. En una de sus cintas puede leerse: "Condes de Barcelona". Una de las cinco madres que componen el total de esta Comunidad en la villa acude a franquear la puerta. Un zaguán, un pasillo, una deliciosa capilla y la salida de Jovellanos.

No hay que acusar demasiado a Carlos IV ni a Fernando VII por su afrancesamiento. La moda se imponía. La capital del mundo lanzaba desde París las costumbres que el resto de la civilización habría de adoptar. Y ellos fueron dos seres más que se dejaron llevar por la corriente. Corriente fuerte e impetuosa, sí, pero no llegó a la boca de



Heraldos, guerrero con penón y cota de malla. Un salto atrás en el romanticismo de la Historia

—gracias a Dios—rebelde entre los rebeldes e independiente entre los más libres, hubiera hombres que, por encima de todo, se enorgullecieran de llamarse precisamente españoles. Don Juan Arias de Saavedra fue uno de ellos; el paladín del levantamiento en Castilla contra las invasoras tropas napoleónicas. Aquí, en esta casa, junto a Hermida y Sástago y Palafox se fraguó la libertad de Castilla y la de Aragón.

Jovellanos acaba de salir del castillo de Bellver; no encuentra amigos ni hospitalidad; sólo los brazos de Arias de Saavedra se abren en comunidad de ideas, y en su casa recibe asilo don Gaspar Melchor. La fecha del encuentro, la del 1 de junio de 1808. Viene tras haber sufrido prisión en las Baleares; mas no por eso alberga en su exquisita alma literaria y patriótica el menor resentimiento hacia estas islas. Todo lo contrario, trae nostalgia de playas llenas de sol, de pinares, de luz, y en sus oídos resuena una y mil veces la rit-

traer hasta esta sala de la casa de los Arias de Saavedra un clavecín, e incluso una clavecinista, que le aproximase desde tantas millas y kilómetros el aire popular de las bellas islas mediterráneas.

Es curioso contemplar el castillo de Bellver sobre el gran espejo que ocupa el testero principal con chimenea francesa de boca de mármol, y los medallones, los frisos, las grecas... Todo pintado por él. Una puerta de escape antes de la salida recuerda la prevención que tenían sus moradores. En un rincón, la nota dulce de un rústico confesionario.

La verdad es que no nos iríamos de aquí nunca—y así lo confesamos—, pero el querer no poder en este caso, y la tarde, que llegó a estar plena de sol, comienza a languidecer. La caravana dice adiós a Jadraque.

Arturo PEREZ

Fotos de Moya

MUSICA PARA QUIEN QUIERA OIRLA

LA BANDA MUNICIPAL DE MADRID CUMPLE MEDIO SIGLO

UN ELEMENTO DE CULTURA ARTISTICA AL ALCANCE DE TODOS

LOS altos mástiles de los con-trabajos allá en el fondo. Las anchas bocas de las tubas. Broncamente gime el «fagot» como arrastrándose bajo todo el armazón instrumental. Desde la cuerda de trompetas en la que estoy, oigo y veo los encorvados saxofones, los trombones de varas esperando, como de guardia. Los clarinetes. Y a medias veo «chelos» y adivino flautas. Sin levantar la cabeza oigo el fliscorno y el bombardino.

La Banda Municipal ensaya. Iban por el aire esos compases sonoros de «La Walkyria» cuando de repente:

—¡Fuera! Fuera he dicho. Otra vez al cinco del seis.

Y cadacual trina o bota, afina o charla un poquito, mientras el maestro da las explicaciones, explica un ratizo o lanza una broma.

Arriba, en el estrado, la noble cabeza de un gran músico: Jesús Arámbarri. Otras veces en ese mismo estrado es Victorino Echevarría quien enarbola la batuta.

—Vamos, vamos, ¿en qué estamos pensando?

Esas cosas de los ensayos que todos los músicos conocen: el pasaje que no sale, la voz del maestro que aclara y pide «otra cosa» una y otra vez, las bromas de

atril y el cansancio. Luego las cosas salen bordadas con esa calidad única que la Banda Municipal de Madrid tiene, con ese sonido inconfundible, que no es duro por más que digan, puesto que ahí están contrabajos y «chelos» que tanto dulcifican el conjunto. Una Agrupación modelo cuyo cincuentenario se cumple ahora.

MIENTRAS LA BANDA ENSAYA

Quando llegué estaba Echevarría ensayando. Tocaban «Oberón», de Weber, y en el escenario del teatro Español apenas si cabían los ochenta y nueve profesores con sus ochenta y nueve instrumentos. Hacían un alto y la cabeza de Arámbarri asomó por un palco allá arriba, muy cerca del techo del teatro.

—¿Qué hace usted ahí, maestro?

—Estoy de inspección de sonido. Sigán, sigán.

Y como el maestro fuera de un lado para otro—«gallinero», palcos ahora adelante, ahora atrás—, la voz de Tomás Palomino, el trompetista, vuelve a sonar divertida.

—Pues, maestro, parece que le han encargado de la limpieza del teatro.



El clásico templete del Retiro madrileño, en una actuación de la Banda Municipal

Había buen humor y el ensayo general iba rápido y bien, con aire de que acabaría pronto. El maestro Martín Domingo había dado los últimos toques a la «Marcha Solemne», de Villa, con la que se presentaría por la tarde. «Oberón» pasaba ahora y poco después Arámbarri hizo brotar «La Walkyria» de entre sus dedos de gran director.

La Banda es una gran familia. Muchos pertenecen a la Simfónica o a la Nacional y en muchas ocasiones a ambas a la vez. Se trata de instrumentistas de una gran calidad y valía artística que llegan hasta estos puestos a través de unas reñidísimas oposiciones. Es más, en cuestión de instrumentos de viento y madera es la Banda Municipal el «filón», digámoslo así, de que se nutren las orquestas importantes, ya que suele ser la Banda quien los «despide». Y no digamos nada de las orquestas de música moderna, necesitadas siempre de buenos solistas en estos instrumentos que tanta importancia han adquirido a través del «jazz» y la música americana.

MISTERIO EN LA PARTITURA

Digo que esto es una gran fa-

milia. A la puerta del teatro uno de los profesores hablaba de perros con el flauta Rafael López Cid. Se trataba de un precioso cachorro de «boxer». Tres o cuatro profesores más hacían corro con los estuches bajo el brazo. López Cid quería comprar uno de los hermanos del cachorro.

Veo la simpática cabeza de Vicente Lillo. Oigo su fliscorno igualable. El sabio bombardino de Leoncio Silgado está allá atrás. Allá el oboe de Pastor y la flauta de Maganato. Vicente Alonso guía un ojo desde su «fagot». Suenan el clarinete de César Cifuentes. Al solista de trompa Salvador Norte no le veo, pero en cambio le oigo. El violoncello de Vicente Hernández me es familiar.

Ya digo que estoy sentada en la cuerda de trompetas. A mi lado, Julio Molina. Tomás Palomino y el solista Manuel Vinader, un grande de la trompeta muy solicitado por las grandes orquestas de música moderna. Tiene un sonido cálido y precioso. En la Banda esto es importantísimo, ya que la trompeta, con el fliscorno y el bombardino, lleva el mayor peso. Son los instrumentos que al transcribir reflejan las voces humanas.

Desde un ángulo un poco for-

zado voy siguiendo las manos de los maestros: Arámbarri, Echevarría, Martín Domingo.

Para que no estuviera de más, me dejaron una trompeta a mi también.

De todas maneras hacía rato que algo me intrigaba: en el atril de Julio Molina, al final de la partitura detrompeta de «La Walkyria», había una jeringonza extraña:

«Sonocay chachipiró e balichon oroturné.»

Y debajo:
«Oro puro y jamón serrano.»
¿Podrían desentrañar el misterio, señores profesores?

LA BANDA DE SAN BERNARDINO Y EL MARQUES DE PONTEJOS

Hace exactamente cincuenta años, en este mismo teatro Español, en junio de 1909, la recién creada Banda Municipal de Madrid dio su primer concierto bajo la dirección del maestro Villa.

Se había intentado varias veces que Madrid poseyera una agrupación artística de este orden. Ya



El maestro Arámbarri dirige a la Banda Municipal madrileña

en el año 1836, siendo Alcalde el marqués de Pontejos, se quiso constituir una Banda Municipal que interviniera en los actos de protocolo del Municipio y al mismo tiempo pusiera el arte al alcance del pueblo. Por entonces no eran sino charangas y alguna que otra Banda militar la música que a oídos del pueblo llegaba. Las ejecuciones de los más nobles instrumentos quedan encerradas entre las sedas de los salones y sólo las guitarras y las bandurrias quedaban para el pueblo, que apenas podía alcanzar la música culta.

Pero la Banda del marqués de Pontejos se quedó en Banda del Asilo de San Bernardino y pare usted de contar. Se pusieron trabajos sin cuento al proyecto primero y todo se quedó en lo de San Bernardino, de donde es verdad luego salieron magníficos instrumentistas.

El pueblo seguiría sin tener a su alcance un instrumento difusor de arte tan importante como éste hasta mucho después. Después de una segunda intentona, en 1905, totalmente infructuosa, del marqués de Altavilla, aquel concejal que tenía un periodiquito que se llamaba «El Resumen», llega el año decisivo: 1907.

«NO TODO HAN DE SER ALCANTARILLAS»

En 1907 no hubo sino que los valencianos invitaron al Ayuntamiento de Madrid a asistir a sus tradicionales fiestas. A las fiestas, que fueron sonadas, y nunca mejor dicho, se envió al concejal don Luis Casanova, gran aficionado a la música. Y fue para él como el descubrimiento de un mundo: aquellas bandas de la región levantina desfilando, los reñidos

concursos entre ellas, la pasión del pueblo por las obras que se ejecutaban, el religioso silencio con el que los conciertos se seguían, dejaron boquiabierto al buen don Luis Casanova.

Estaba claro que en Madrid no existía nada parecido, que el pueblo de Madrid no poseía esta cultura musical. Pero poseía la sensibilidad y podía y debía ser educado.

Tocaron, además, aquel año en Valencia la Banda Republicana de Paris y la Banda de Beziers. Vistosos uniformes, marchas, y las más bellas polkas. También ejecutaban obras difíciles, y Casanova pudo comprobar cómo el pueblo asimilaba el conjunto.

De ahí nació la idea de crear en Madrid una Banda Municipal. Era Alcalde el conde de Peñalver y a pesar de oposiciones y murmullos, a pesar de que ciertos elementos aseguraron que se trataba de una cosa superflua, que no tenían obligación de mantener, el Alcalde se mantuvo firme en su postura.

—Es un elemento de cultura artística. No todo ha de ser construir alcantarillas, y estoy decidido a crear la Banda Municipal.

EL ULTIMO EN ACTIVO

De aquella primitiva Banda, de la que en junio del año 1909 dió su primer concierto en el escenario del teatro Español bajo la dirección del maestro Villa, no queda sino un solo músico en activo: el maestro Martín Domingo. Martín Domingo, estampa del Madrid de otro tiempo, es un hombre afable que se emociona al hablar de la Banda, a la que está ligado toda su vida.

—No, no soy el único supervi-

viente como dicen. Supervivientes hay cinco o seis. Pero si soy el único de la primitiva Banda que queda en activo.

El maestro Martín Domingo es hoy director honorario de la Agrupación, y a sus setenta y un años le vemos dirigir con su peculiar estilo, con energía y con entusiasmo.

—Todo lo que haya que hacer por la Banda lo haré así, con entusiasmo. Para ello hago instrumentaciones y pequeños trabajos.

—¿Qué hacía usted en aquel primer Concierto de la Banda,

—Tocaba el cornetín. Sólo tenía veinte años y en seguida fui solista.

Me dice que tres generaciones de su familia han estado ya en la Banda.

—Mi padre tocaba el onoven en ella, y mi hijo toca la percusión. Casos de haber pasado padre e hijo por la Banda hay muchos, pero casos de abuelo, padre y nieto no hay sino éste.

Martín Domingo habla del tema con familiaridad, como quien está acostumbrado a volver sobre lo mismo veces y veces. Hace poco le llevaron a la Televisión. Fueron Tico Medina y Yarle. Dice que les tiene mucha simpatía.

—Villa era una gran persona. Modesto, afable y un gran músico. Le gustaba mucho ayudar a los profesores.

Después de él los directores de la Banda han sido: Sorozábal, el propio Martín Domingo, López Varela, y actualmente los maestros Arámbarri y Echevarría.

—¿El uniforme? Ha variado algo. Ahora es abierto y antes era cerrado, además sólo teníamos el de la levita.

En el verano, en aquellos an-



Acto de entrega a la Banda de Madrid de un libro conmemorativo

tiguos veranos madrileños que dicen que eran de abrigo, los profesores de la Banda debían de pasar lo suyo en punto a calores.

—Bueno, ahora con el uniforme de verano se va mejor.

Martín Domingo ha dirigido la Banda durante diez años, dividiéndose en épocas diversas.

Imaginense si la tendrá cariño.

DONDE EL MONTE NO ES OREGANO

De la vida de aquella antigua Banda nos pueden hablar muchos profesores. A esta Agrupación los instrumentistas pertenecen de por vida y es muy corriente entre los músicos llevar veinte años perteneciendo a ella.

Leóncio Silgado lleva cuarenta y un años en la Municipal, y es un anecdotario viviente de ella.

—Antes íbamos mucho de excursión. Durante todo el verano la Banda viajaba por España y salía al extranjero dando conciertos.

La Banda ampliaba su radio educativo, hasta las provincias. Lo malo es que a veces no eran entendidos o eran entendidos a medias, porque la labor es árdua y no todo el monte es orégano.

—En cierta ocasión, en Jaén, se tocaba la farruca de «El sombrero de tres picos», de Falla. Ya sabes, empieza la trompeta, y luego el corno interviene—parapopopop—. Del «gallinero» brotó una voz: «¿Estás poniendo el huevo?»

Y si es de mañicos, la anécdota refleja aquello contra lo que la Banda se ha de enfrentar: el amor del pueblo por lo «trillado» y lo archiconocido que le suena bien y no le exige esfuerzo.

—Era en Zaragoza y después de haberse interpretado la «Petruska» y supongo que alguna sinfonía, la Banda arrancó con la jota de «La Dolores».

La consabida voz de gallinero se arrancó también desde el fondo como aliviada. Dijo: «Re... ya'hais templeao?»

NO A LA ORQUESTA MUNICIPAL Y NO AL QUIOSCO

Jesús Arámbarri y Victorino Echevarría, los actuales director y director adjunto de la Banda Municipal, son, además de compañeros de horas de trabajo, los inseparables amigos de los momentos de asueto. Dos cabezas inconfundibles, dos gestos personales.

A Arámbarri y a Echevarría se les puede encontrar cualquier día a cualquier hora tomando café o paseando juntos, como si además no tuvieran que trabajar juntos. Un raro caso de amistad y compañerismo.

Arámbarri ensayando es energético, amistososo. Dice lo que desea de manera clara, va derecho al instrumento, en el que exige otro matiz. En sus manos la Banda no tiene secretos. Aplica su gran pericia de director de orquesta y proporciona al conjunto una suavidad, una dulzura que se diría imposibles de lograr con un conjunto de este género.



Los tres directores que intervinieron en el concierto del cincuentenario: Martín Domingo —el primero de la derecha y único en activo de la primera Banda— y los dos directores actuales: Jesús Arámbarri y Victorino Echevarría

Arámbarri siempre escucha a los profesores. Está al tanto de esas pequeñas minucias internas que, de descuidarse, tanto entorpecerían la marcha de las cosas.

Claro que se cuenta de antemano con el entusiasmo sin límites del concejal delegado señor Muñoz Lusarreta, que nunca ha escatimado esfuerzos.

—¿Problemas?

Ambos maestros me hablan, por fin, de problemas.

—Que no se debería hablar ahora, justamente ahora, de la creación de una Orquesta municipal, dejando a un lado la Banda, cuando tan buen juego está dando la Agrupación.

—¿Ejemplo?

—Los conciertos que ofrece en recepciones de personajes ilustres en los Jardines de don Cecilio.

Y sobre todo en su labor educativa. Sólo que el quiosco del Retiro es un desastre. En eso coinciden todos.

Los profesores me dijeron que pasaban calor en el verano y frío en el invierno. No dijeron que los niños lloran mucho y que las niñas hablan muy alto, pero es porque ellos no pueden oírlo. Yo digo que es verdad.

El problema de las procesiones, problema árduo, quizá el de más envergadura que hoy por hoy tenga planteada la Banda, salta a cada paso al charlar con los profesores.

—La Banda no es para tocar andando.

Razones: la Banda marcha incompleta, puesto que contrabajos y «chelos», la cuerda que dulcifica tanto el conjunto sonoro y, además, hace la tan característica, puesto que las demás Bandas carecen de esta parte, ha de faltar forzosamente. Luego, los profesores, instrumentistas y solistas de una gran calidad, que se deshacen en las marchas.

La conclusión de profesores y maestros es rotunda:

—La Banda Municipal de Madrid no es para tocar marchando.

—¿Su misión?

Jesús Arámbarri, con su ecuánime manera, concreta:

—La que tan maravillosamente ha venido cumpliendo durante estos cincuenta años de labor: educar musicalmente al sensible pueblo de Madrid.

Sigan, maestros.

María Jesús ECHEVARRIA

EL SANTO CALIZ DE LA CENA HACE AHORA DIECISIETE SIGLOS QUE LLEGO A ESPAÑA

Por Sabino ALONSO-FUEYO



HACE ya diecisiete siglos que el Santo Cáliz de la última Cena está en España; se venera en la catedral de Valencia a partir de 1437, y es ahora cuando se va a celebrar solemnemente el XVII Centenario de su llegada a nuestro país.

Los actos que con tal motivo van a tener lugar, llenarán con su resonancia el ámbito nacional y se proyectará indudablemente en los ambientes católicos más sensibles del mundo. La más sublime reliquia de la cristiandad será trasladada el próximo día 27 del corriente mes en grandiosa peregrinación al monasterio de San Juan de la Peña, en donde estuvo a principios del siglo VIII por mandato del entonces obispo don Sancho, después de una larga serie de avatares históricos que pusieron a prueba el heroísmo de los cristianos en defensa de su fe.

Pero ¿cómo pudo llegar hasta Valencia la Sagrada Reliquia?

UN POCO DE HISTORIA

Cuenta la más bella tradición que cuando el Papa Sixto II iba a morir martirizado, encargó a su diácono, el escense San Lorenzo, que pusiera a salvo el escaso, pero valiosísimo tesoro de la Iglesia. San Lorenzo tuvo buen cuidado en asegurar la pervivencia de la reliquia, y la entregó a su vez a un legionario paisano suyo para que la llevase a su tierra natal de Huesca con una carta a fin de que una pequeña comunidad cristiana que allí existía la custodiase. Esto ocurría por el año 259, y con esa finalidad nació la primera catedral de Huesca. Parece ser que, desde la época siguiente a la unidad católica visigótica, estuvo el Santo Cáliz guardado en la iglesia de San Pedro el Viejo, de aquella ciudad. Pero con la invasión musulmana permaneció oculto en San Juan de la Peña, hasta que en el año 1399 el rey don Martín el Humano tomó el Santo Grial para el oratorio real del palacio de la Aljaquería de Zaragoza, y después, para su residencia real de Barcelona. Fue más tarde cuando don Alfonso V el Magnánimo lo trajo a su residencia de Valencia, haciendo entrega del mismo a la catedral valenciana el 18 de marzo de 1437. Desde entonces, a pesar de diversas y ardientes peticiones, jamás salió de la ciudad del Turia, si exceptuamos su traslado forzoso a Alicante, en el año 1809, con motivo de la guerra de la Independencia.

CUANDO HABLA LA TRADICION

Son muchos los testimonios que dejan fuera de toda duda la autenticidad del Santo Cáliz de Valencia con el que el Señor celebró la Pascua en la casa de un judío notable. Veamos sus características: es de estilo corintio y forma hemisféricamente en su copa de ágata del tamaño de la media naranja grande. Mide 14 centímetros de altura y nueve centímetros de diámetro. Su base o pie, de concha y de forma elíptica, es de 10 por 14 centímetros. Todo lo demás: fuste central con su nudo, y dos asas laterales, es de oro finamente burilado. En la montura de la base lleva engastadas veintiocho gruesas perlas, dos balaxes y dos esmeraldas. Así dicen todos los inventarios antiguos y así era, en realidad, como aseguran los entendidos. Actualmente faltan dos perlas, son veintiséis. Este es, según la más rigurosa tradición, el Sa-

grado Cáliz en que el día de la Cena Pascual convirtió el vino en su divina sangre el Redentor. Y tomando un Cáliz y habiendo dado gracias, dicen los evangelistas, exclamó: «Bebed de él todos, porque ésta es mi sangre derramada por muchos en remisión de los pecados.» Y es la joya más preciada de la catedral de Valencia, una de las reliquias más nobles de la cristiandad; la que celebraron con universales poemas la leyenda y la poesía, toda la literatura caballeresca del medievo.

Abundantes testimonios afirman que este Santo Grial era el cáliz papal de la iglesia de Roma. Con él habían dicho la misa todos los Sumos Pontífices, y solamente ellos, desde el primero, San Pedro, hasta San Sixto II, en atención a que siempre había sido considerado como el verdadero Cáliz de la Cena del Señor.

PUERTA DEL CIELO

Valencia conserva hoy en día la Sagrada Reliquia en la más bella capilla gótica de su catedral. El historiador don Juan Angel Oñate describe así este lugar de devoción y piedad:

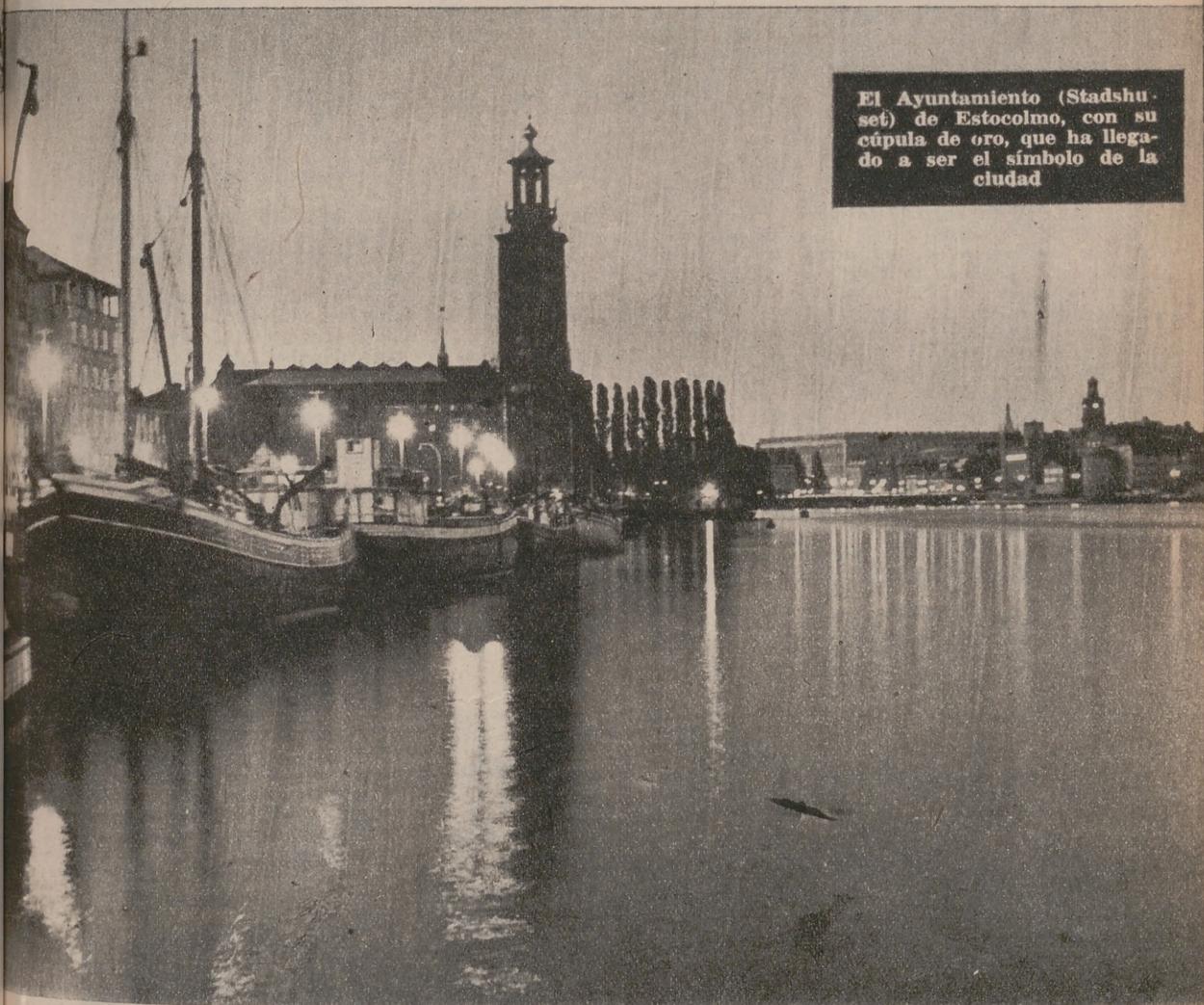
Quando el visitante penetra, a través de un elegante pasadizo medieval, en aquel silencioso recinto, lo que más le llama la atención es una especie de magnífico retablo ojal de piedra, que llena la parte inferior del testero de la capilla. Parece un gran Tríptico abierto, en cuyas hojas laterales (puertas) están contenidos en finísimos relieves de alabastro, los símbolos (Antiguo Testamento) y realidades (Nuevo Testamento) de los principales Misterios de la Pasión y Glorificación de Nuestro Señor Jesucristo. La parte central es una gran portada gótica, en cuyas archivoltas está figurada la Gloria (ángeles y bienaventurados). ¿Querrá representar a Cristo mismo? El dijo: «Yo soy la puerta; el que por mí entrare, se salvará...» Tal vez, para que no haya confusión, el artista se cuidó de poner en lo alto a la Santísima Virgen: la «Felix caeli Porta», feliz Puerta del Cielo, como la llama la Sagrada Liturgia. Y por aquella puerta se ve un templete gótico, en cuyo interior, recubierto, cual un Sagrario, de lámina de metal dorada, se halla el Santo Grial.

VISPERAS ILUMINADAS

Bien podemos decir que Valencia, centro espiritual eucarístico de primer orden, está viviendo ahora unas visperas iluminadas, ante las jornadas de la solemnidad del próximo día 27. No es simple curiosidad, sino piedad viva y devoción sincera la que se suscita en torno al acontecimiento religioso. Y a ello está contribuyendo con su celo inagotable el señor arzobispo, doctor Marcelino Olaechea, para quien ese traslado del Santo Cáliz a las poblaciones aragonesas tiene un alto significado de repercusión en toda la latitud de la Patria. Sus palabras nos llenan de satisfacción y de esperanza. Son la mejor garantía de éxito de esta gran peregrinación que próximamente «novillizará» a muchos miles de católicos valencianos y aragoneses, y que ha merecido la atención más señalada del propio Jefe del Estado, Generalísimo Franco, presidente de honor del Comité Organizador de estas fiestas centenarias.

ESTOCOLMO, UNA CIUDAD EN LAS AGUAS

LA VENEZIA DEL NORTE ES UN CONJUNTO DE ISLAS UNIDAS POR PUENTES



El Ayuntamiento (Stadshuset) de Estocolmo, con su cúpula de oro, que ha llegado a ser el símbolo de la ciudad

EFICIENCIA, ORGANIZACIÓN, AUTOMATISMO Y FRIALDAD EN LA VIDA DE LA CAPITAL SUECA

YA se ve Suecia. La tierra sueca se va acercando lentamente al barco. Es por la tarde, y masas grises de los almacenes del puerto, alternan con grupos de casas de tejado rojo y agudamente inclinado. La torre de alguna iglesia se eleva al cielo. El sol pone reverberación en las aguas y brillo en los techos.

Cuando recuerde este desembarco lo asociaré insensiblemente a la llegada a Ciudadela (Ibiza) o al amanecer frente a las costas de Alejandría (Egipto), porque el ambiente caracterís-

mún: costa baja y llana. Son como telones silueteados que alguien hubiera recortado y puesto allí, y que nos miran de igual a igual, sin imponer y sin presunción.

Me he dado unos paseos por la blanca y alegre embarcación. En la primera cubierta, hay una serie de estantes con departamentos sin puertecilla, donde se deposita el equipaje. Arriba están el bar y el comedor con cristales biselados y dibujos alusivos al mar.

El barco va lleno de turistas porque es verano, pero en su mayoría son extranjeros y su

bios habitantes de los países del Norte. Hay grupos en el comedor que charlan animadamente, mientras toman café solo o con crema, que sirven en unas minúsculas jarritas.

He ido a cambiar mi dinero danés, experimentando la desagradable sorpresa de que me den menos dinero sueco del que yo entrego. Al menos así me lo parece a mí. La caja está en el puente, y al lado venden cigarrillos americanos más baratos que en tierra, pero cada pasajero sólo tiene derecho a dos paquetes, antes de entrar del billete. Alcu-

nos se dedican a recoger los de los viajeros que no fuman.

Hay animación y movimiento en el barco, y todo tiene un aire de día de fiesta, porque así lo es para los que están de vacaciones.

Pero ya llegamos y yo me ocupo de recuperar mis bultos. Coincido en los departamentos con un joven moreno, de pelo rizado y gruesas cejas, afettato y modestamente vestido, que es portador de una gran maleta atada con una cuerda. Sospecho intuitivamente que su destino es analogo al mio, pero no puedo decirle nada, porque ya se mezcla con la gente que se aglomera en las escalerillas para el descenso.

UN NUEVO ESCANDINAVO

La ciudad se llama Malmö, y es el puerto de entrada en el país por el Sur.

Descendemos sobre un muelle limpio y con empedrado de bordes irregulares. Enfrente está el bajo edificio acristalado de la Aduana. Sobre unos largos mostradores, unos empleados curiosos ligeramente los equipajes, y luego ponen con tiza blanca ese signo cabalístico y misterioso, que debe ser transmitido secretamente a todas las Aduanas del mundo, como contraseña internacional, cuyo oscuro significado alcanzo levemente a comprender que debe ser: "Sin contrabando".

Después viene la cola de revisión de pasaportes. Hay dos casetas con las indicaciones "Scandinavian" y "No Scandinavian"

Me creo lo suficientemente impuesto en Geografía para saber que voy a Escandinavia, por lo que sin titubeos y sin mirar a la otra caseta, mi sitio en la primera cola. Observo que las elevadas y rubias cabezas que la forman me miran con cierta curiosidad, pero me digo muy ufano que eso es lo que sucede cuando se llega a un país extranjero.

El policía de control lleva una gorra de amplio plato rígido y un uniforme oscuro. Toma mi pasaporte con una sonrisa irónica y me dice en inglés:

—Are you Scandinavian? (¿Es usted escandinavo?)

—I go to Scandinavia. (Yo voy a Escandinavia.) —respondo amoscado.

Rien los más próximos y él me señala con gesto aburrido la otra cola.

UN ESPAÑOL APROVECHADO

No muy lejos del muelle está la estación. Es un edificio alto, de portada imponente, como se debían construir antes todas las estaciones, para dar una idea de la importancia que tenían los ferrocarriles.

Busco la Consigna, que es el aliviadero del que viaja, y un vejete, con gafas y amplio blusón, se hace cargo de mis aparatos.

A continuación me entero del horario de trenes para Estocolmo, y como hasta las doce de la noche no hay nada que hacer, me interno por las calles de la ciudad.

Primero tengo que cruzar una avenida y luego entro en una

calle ancha y corta, que desemboca en seguida en una gran plaza circular. Entre unos jardines y rodeados por unas cuerdas hay un carro de combate con gran cañón amenazador y otros cañones más pequeños en torno, que tienen aspecto de anticarros o de antiaéreos. Un centinela, con el fusil colgado y amplio casco de acero de extraños recortes, hace guardia junto al armamento. Me detengo un instante y el centinela me mira con aire sospechoso, porque mi aspecto de extranjero sugiere la idea de espionaje para un soldado suspicaz.

En la plaza hay grandes almacenes y puestecillos ambulantes del salchichas y de patatas asadas, ante los cuales se agrupan varios jovencitos de cazadora de cuero y ademanes pelliculescos.

Hay una estatua de bronce a alguien, como en todas las plazas del mundo, con elevado pedestal.

En la acera opuesta, entro por una callecita comercial, y me dejo llevar por la procesión de paseantes.

De pronto, entre tantas personas rubias y albinas, descubro a un moreno con donjuanesco bibote partido y porte atildado. Me mira interrogante. No dudo ni un segundo.

—¿Español?

—Sí, y tú también, claro.

Emparejamos la vuelta hacia la plaza. Lleva varios años trabajando en una Compañía de Malmö y está contento.

—Esté es un gran país. Estocolmo te gustará mucho. Es mejor que esto.



A orillas del lago Mälär, contemplando uno de los estilizados puentes que unen las islas de la ciudad



Desde la torre de madera del Skansen se ofrece esta imagen plana y serena de Estocolmo. Es la zona de Strandaögen, residencial y de embajadas. Las torres de las iglesias y el puente urbano de Kungsgatan (ángulo izquierdo) son las únicas alteraciones verticales del paisaje

Nos detenemos en la plaza porque espera a un amigo suyo, francés.

Empieza a anochecer. Pasan algunas mujeres solas, sonrientes. El español las mira a todas con aire divertido.

Llega el francés. Usa gafas y habla atropelladamente. Mi compatriota se muestra generoso. Quiere que tomemos algo.

Por la callejilla de antes llegamos a unos jardines. Entramos en una especie de salón de té, con grandes puertas de cristal, cortinas flotantes y una pequeña orquesta de violines. Parece un sitio elegante.

Nos sentamos en una terraza, y yo tomo el excelente café que sirve en una pequeña cafetera metálica, con una cubida de dos a tres tazas, acompañado de la iliputiense jarrita de crema de leche.

En las mesas próximas, mujeres rubias, generosamente descoladas, hablan con sus gallardos acompañantes.

Al cabo de un rato volvemos a las calles y efectuamos un recorrido por diversos bares y restaurantes, donde sirven camareas de movimientos rápidos, resplandante traje de brillante seda negra y pequeño delantalito almidonado y transparente.

Mis amigos las conocen a todas y cambian breves palabras con ellas. Me imagino que buscan a alguien, y por su creciente nervosismo creo que no se trata de un guardia.

En la plaza de nuevo, nos ha-

llamos con un ruidoso grupo, y yo me entiendo con un austriaco que me da su dirección en un pueblecillo de la región vienense y su deseo de que pase unos días en su casa. Así es la juventud de hoy. Efusiva, cordial, despreñada y ansiosa de novedad y emociones. Novedad de tierras, y novedad de gentes.

Como se acerca la hora de la partida me despido de todos y regreso a la estación.

ASALTO A UN TREN

Allí está el joven del pelo rizado y el aire despistado. Otros, también morenos y animados, charlan nerviosamente con él. Son italianos. Hacemos rápida amistad, movidos por esa avidez con que los extranjeros se aferran a otros extranjeros cuando todos están en país extranjero. El hombre, que siempre busca algo propio en los demás, se siente con facilidad solidario de los que se encuentran en la misma situación que él, aunque sean extraños.

Van llegando jóvenes de otros países. También se agrupan los viajeros del tren nocturno a Estocolmo. Con mis nuevos compañeros curioso la cafetería de la estación, de severo estilo inglés, con oscuras y brillantes maderas; el quiosco de los periódicos, escritos en lengua poco conocida, llena de extrañas diéresis. Al fin llega el jefe de la expedición. Es un estudiante sueco muy rubio, afettato, de ademanes

precisos y autoritarios. Pasa lista. Yo no estoy. Ellos pusieron dos telegramas a España y no obtuvieron contestación. Inconcebible. ¿Qué hacer? Los italianos interceden por mí. Ya es tarde para volver atrás. De acuerdo. Admitido. Todos al tren. Y la alegre muchachada, cargada de mochilas, maletines y bolsas, se sube al tren más cercano. Todo está ocupado, y los viajeros nos miran entre sonrientes y asustados de la balumba que se les viene encima. Pero de repente, un grito: "¡Este tren no es! ¡Al de enfrente!" Y toda la riada, empujando, gritando y riendo, desfila por otro sorprendido vagón, cuyos ocupantes se apresuran a ponerse a salvo ellos mismos y a sus asientos.

EL DESCONTENTO

El expreso corre veloz por las llanuras suecas, y las conversaciones cesan pronto, sustituidas por respiraciones intermitentes, que a veces bordean el ronquido. Con las primeras imágenes del sueño veo una concreta que he vivido una hora antes.

Es todavía en Malmö y en las afueras de la estación. Paseo con mis amigos italianos. Se nos acerca un joven de andar oscilante, preguntándonos a voces nuestra nacionalidad. Uno de los italianos me dice:

—No le hagas caso; está borracho.

Pero el otro insiste dirigiéndose a mí, y yo le contesto:

Pero entonces el indígena, tomando nuestro paso, prosigue: —Italia, good (buena); Spain, good; Switzerland, good—no hay ningún suizo—; all (todo) is good—su voz se hace ronca—: Sweden (Suecia), no good.

Y como ha venido desapareciendo. En todos los países hay descontentos de lo propio y envidiosos de lo ajeno. Esta ha sido mi primera consecuencia de esta noche.

EL INVOLVIDABLE ESTOCOLMO

Cuando amanece estamos llegando a Estocolmo. Vemos canales, puentes, cursos de agua, pero sobre todo nos llama la atención una elevada torre con cúpula áurea que refleja los rayos del sol. "Es el Ayuntamiento", nos explican. Y la cúpula es de oro.

Descendemos en animado jolgorio y atravesamos los enmaderados pasos de entrevías para salir a una plaza donde corren los tranvías, largos y amarillos, y donde entre cordones hay unas pequeñas cola, con guardia, para tomar los taxis.

Caminamos en irregulares pelotones, llenos de bultos, por calles ascendentes, entre gentes madrugadoras, hasta alcanzar el hotel central de los estudiantes extranjeros en Drottninggatan, que es el nombre de la calle. Esto es sólo comedor, y en el primer piso nos espera un succulento desayuno por el sistema del autoservicio, consistente en una sopa espesa y blanquecina, de sabor dulzón, que parece arroz con leche y que es el tradicional "porridge" inglés, gachas de avena; mantequilla, mermelada, pan y café con leche. A la vez nos dan unos grandes impresos para rellenar, con prolijas minu-

ciosidades sobre nuestra vida, trabajos, aptitudes y estudios, en los que no es posible dejar nada fuera. Cuando hemos terminado nos distribuyen en grupos, de los que todos quieren formar parte para no separarse de los amigos y compatriotas, y más tarde vamos hasta unos grandes autobuses en los que depositamos nuestro equipaje.

Lindas estudiantes suecas han aparecido entre nosotros, y yo admiro la belleza de sus rostros y la armónica elegancia de sus líneas y movimientos. Todas hablan correctamente el inglés y éste ha de ser el idioma común en nuestras relaciones.

Las estudiantes se ofrecen a acompañarnos por la ciudad hasta la hora de partida y a los italianos, a mí y a un indochino, nos corresponde una estilizada y graciosa joven que viste una elegante blusa y pantalones negros, llamada Mona. Recorremos un jardín diestramente cuidado, donde señoras de edad, con íntimo indumento, se hallan tumbadas en la hierba leyendo al sol, con la misma indolencia y libertad que si estuvieran en un diván de sus habitaciones privadas. Cada uno pasa a su quehacer y nadie se asombra del naturalismo.

Descendemos por pulcras avenidas hasta las orillas de un río, que es cruzado por largo y moderno puente; pero no es tal río, sino simplemente el lago Mälär, porque Estocolmo es una ciudad formada por un conjunto de islas unidas por puentes, y a la que los franceses han llamado "La ciudad en las aguas".

INSTANTANEAS DE LA CIUDAD

Cuando escribo sobre un país me abstengo mucho de hacer

"observaciones objetivas", a menos que me sean solicitadas. Quien crea que con la lectura de estas impresiones va a lograr un conocimiento del lugar, se equivoca, porque lo único que aprehenderá es "mi conocimiento", que posiblemente diferirá del que él pudiese obtener si visitara ese país. O otro tanto hay que advertir respecto a la autenticidad de estas instantáneas. Ellas significan solamente "mi punto de vista"; pero habría que escuchar también lo que un sueco opinaba de mí y de los españoles en general. Y puedo asegurar que no siempre era favorable.

Con estas reservas hago todas las afirmaciones que siguen.

Estocolmo es eficiencia, organización, automatismo y frialdad.

Varios amigos suecos a los que he encomiado el orden y mesura que se observa en la ciudad, me han respondido con un gesto de fastidio: "Demasiada organización".

La gente trabaja con una tensa concentración que se manifiesta en una vivacidad en los gestos y en las actitudes, en una disposición de ánimo que no admite nada fuera del objeto del trabajo. Así obran también los budistas: "Cuando como, como; cuando ando, ando." Y nada más.

Cada dos horas hay un breve descanso para tomar una taza de café sin abandonar la oficina o lugar laboral, y después vuelta a la carga. Así se consiguen unos resultados eficientes y unos productos casi perfectos.

Hay una sistematización maquinista ostensible en muchas calles y plazas en forma de máquinas automáticas en las que mediante la introducción de algunas coronas (una corona sueca=ochocincuenta pesetas españolas), salen cigarrillos, panes asados, medias de nylon, pañuelos, servicio de limpiabotas, toallas y hasta papel higiénico.

Por cierto, que conocí a un español que por las noches se dedicaba a sacar el mayor partido posible de estos "robots" comerciales, mediante el empleo de artimañas fuera de programa. ¡Y ordinariamente le salían bien!

Este sistema comporta una sensible frialdad afectiva y espiritual. Todo está demasiado controlado, es estrictamente mecánico; todos van a lo suyo con el tiempo medido, y, en consecuencia, hay una individual tensión interna que se hace manifiesta exteriormente provocando una permanente y agresiva tensión externa colectiva.

Por este conjunto de circunstancias Suecia es llamada también "la pequeña América".

CASAS, PARQUES Y JARDINES SOBRE LAS CASAS

La capital tiene una población de novecientos mil habitantes y cien mil de ellos poseen automóvil.

Las siete de la mañana es la hora de más intenso tráfico. Casi todo el mundo comienza temprano su jornada de trabajo, y es poco después del amanecer cuando se oye un rumor sordo, prolongado, sin estridencias ni desacordes, interrumpido a pequeños intervalos por las señales



La serena belleza de los tipos nórdicos. Los estudiantes suecos celebran el Festival de la Primavera



Skansen es el nombre del gran parque de la ciudad. Allí hay un jardín zoológico repleto de osos, un Museo de la vivienda sueca, restaurantes, auditorium y muchas ardillas. Dos jóvenes suecas salen de la iglesia Seglora en el Museo del Skansen

luminosas. Una inmensa masa motorizada se detiene automáticamente ante cada semáforo, sin precipitaciones ni pases con la prohibición encendida; y también se ponen en marcha como movidos por un resorte cuando el paso se queda libre. Después de las primeras horas la ciudad se va sumiendo en un relativo silencio.

Para todo se hace cola, y nadie admite los apresuramientos, los empujones ni las avalanchas.

Para los ciudadanos de Estocolmo, la capital está bien con los habitantes que tiene, y nadie allenta el menor interés porque aumente su número. Aumentarían también las incomodidades.

Hay algunos lugares céntricos como Stureplan, en que el semáforo es accionado a voluntad por los peatones, aunque durante breves intervalos; y la circulación se detiene sin prisas ni mal-

diciones para que cruce a lo mejor un solo individuo.

La ciudad es muy bella, con largas avenidas bien trazadas, en las que armonizan y se mezclan las nuevas con las antiguas construcciones.

Hay grandes parques y numerosos jardines con armoniosas estatuas.

Las masas urbanas de la capital están unidas por numerosos puentes, dando la impresión de hallarse construidas sobre islas, como así es en realidad. Por sus plazas y avenidas entran canales y brazos de mar, en los que se halla perfectamente combinada la vegetación con las aguas. Por tal razón ha sido igualmente llamada "la Venecia del norte", aunque puedo afirmar que el único parecido que tienen es el del agua.

La calle principal es la gran arteria de Kungsgatan (me pare-

ce que significa "calle real"), que tiene la particularidad de un puente que une dos grandes edificios y sirve para cruzar la calle a los peatones.

Un español típico y en general cualquier latino, se siente rebelde ante tanta metódización y escrupulosidad que conllevan un tono despersonalizador y angustioso difícilmente soportable para los nacidos en la cuenca mediterránea. Quizá por esto y por mis especiales circunstancias personales, en este bello lugar habré de vivir durante varios meses momentos inolvidables, que me hacen recordar con una nostalgia no siempre positiva los días pasados en "La ciudad de las aguas".

Villar de VILLACIAN
(Especial para EL ESPAÑOL.)

EL OFICIO BIEN APRENDIDO

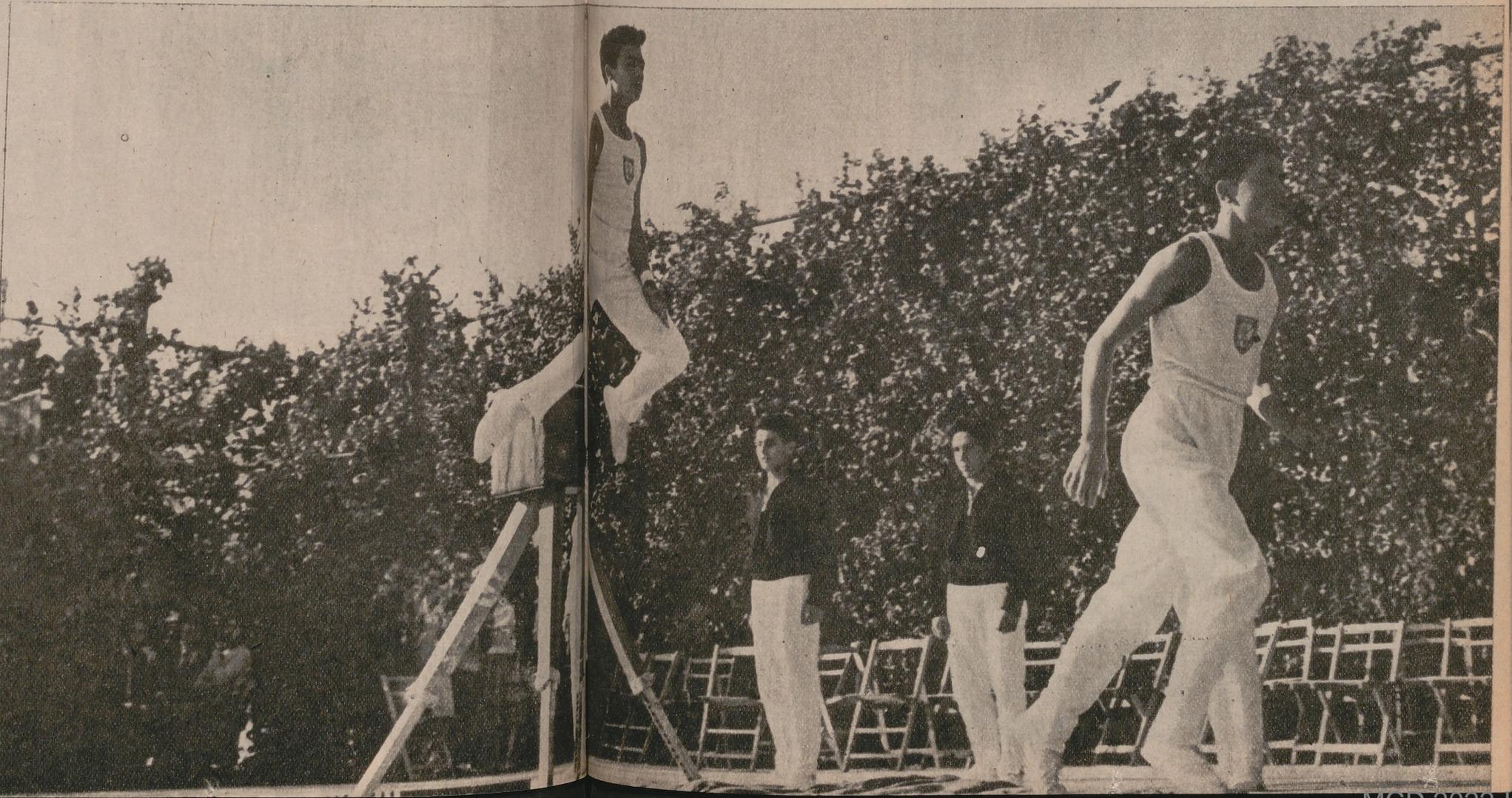
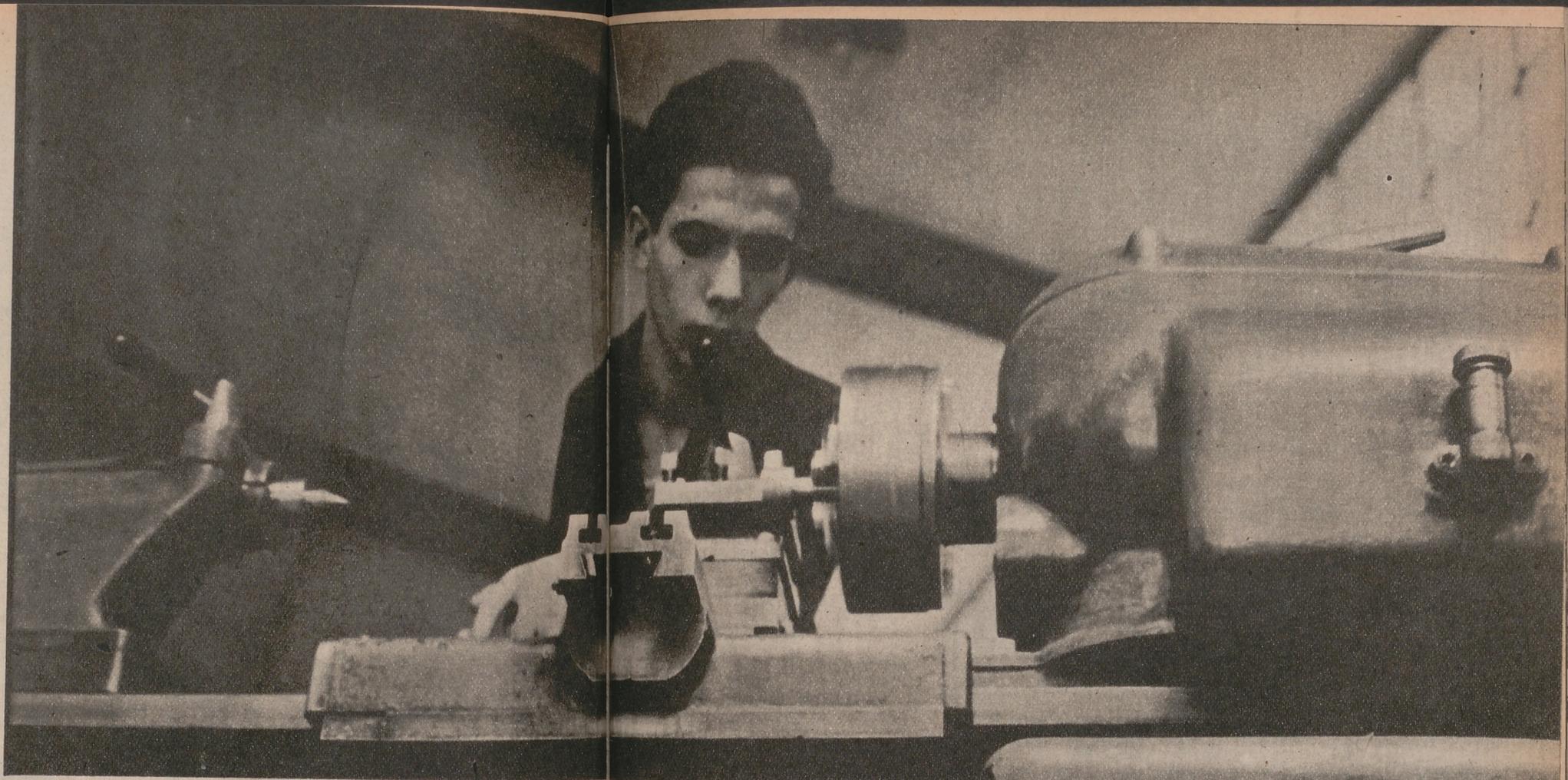
Cerca de cuarenta mil alumnos se matriculan cada año en los Centros de Formación Profesional

Cita de diez mil muchachos de toda España en la Feria del Campo

ERAN diez mil, diez mil voces entonando el himno de la Formación Profesional Sindical en el anfiteatro al aire libre de la gran pista de exhibiciones de la Feria del Campo. El programa decía que sólo cantarían la mitad, los cinco mil muchachos de las Escuelas Sindicales de Formación Profesional de Madrid, acompañados por la banda de música del Colegio de San Fernando. Pero, no. Cantaron todos. Los madrileños y los forasteros, los venidos de todas las Escuelas de Maestría de España. A todos se les pegaba la música briosa al oído y todos henchían valientes el pecho, tenores de ocasión, contentos, radiantes.

Había alegría; las caras de bigote bisoño espejaban al sol de la media tarde, sudorosas, rojas, vivas. Eran zagalones los más, otros casi erios, algunos con un pitillo en la mano, escondido, esperando que todo terminara para fumárselo por las avenidas de colorín de la Feria del Campo.

Y llegó la hora. Ya hacía lo suyo que la banda de Juventudes de Madrid abrió el festival del "Día de la Formación Profesional" con el tatechín de "Pepita Creus" y "El sitio de Zaragoza". Ya hacía rato que todo



la fácil alegría romántica de la rondalla de la Institución "Virgen de la Paloma"; que las zapatillas con cintas rojas de las chicas de la Escuela de Canto y Danza del Taller Sindical Femenino corrieron locas por el tablado, armando la marimorena con su repiqueteo al son de castañuelas. Los chavales de la "Virgen de la Paloma" estaban ya vestidos, con sus pantalones de deportes y sus camisetas, con el saco echado a la espalda. Todo terminó. Y se dio suelta.

—A las nueve, ya sabéis, en el autobús.

Los profesores daban instrucciones a cada grupo. La Feria, el inmenso andariuel de la Feria del Campo, era ya de ellos, de los cinco mil madrileños de las Escuelas Sindicales de la capital entrados en el recinto sin pagar el duro, y de los otros cinco mil venidos de todas las tierras de España, la mayoría en viaje de fin de curso. La Feria era de ellos.

No sé dónde fueron algunos,

no sé por cuáles avenidas de "stands" se metieron, se desperdigaron; no sé dónde los de la sombra de vello sobre el labio se escondieron para eschar humo con sus cigarrillos. Lo que sí vi fue que en el enorme "stand" de la Obra Sindical de Formación Profesional no cabía un alfiler de tanta muchachada. La Feria, con su torbellino de casetas, bares, quioscos, luces, colorines, caballos, palacios, plazas de pueblo, muestrarios inmensos, maquinarias agrícolas, tractores, y gente, mucha gente de un lado a otro, incansable siempre, estaba allí, con su llamada de altavoces, con su río alegre de sonidos y convite de sorpresas a cada esquina.

Pero ellos se quedaron allí, en el "stand" de la Obra Sindical de Formación Profesional, apretados, empujándose unos a otros, empujándose para ver. Eran los trabajos de sus compañeros, de sus amigos, de ellos mismos, los que se mostraban entre luces y flores. Eran sus ejercicios de

clase, de fin de curso; una mínima parte de las tareas de las setenta y una Escuelas de la Organización Sindical repartidas por España: una grúa de puerto en miniatura, una agavilladora, un torno de verdad, una monumental lámpara de hierro forjado, un doble y decorativo nudo de cinta de hierro del grueso del brazo de un hombre; una carrocería de "Vespa", un motor de automóvil desmontable pieza a pieza, la piel de un elefante curtida por los alumnos de la Escuela Superior de Tonería, un hermoso puente de hierro sobre un río, maquetas de maquinaria agrícola e industrial, etcétera, y, además, docenas, cientos de trabajos de taller, trabajos de clase, trabajos del día realizados por los muchachos con perfección y primor de verdaderos maestros: montajes eléctricos, diseños de piezas industriales, trabajos de lima, obras de torno y fresa, artesanía, bordados, modelos de tela, muñecos, maquetas otra vez, más montajes, más armarios de madera, más muebles de estilo, más piezas engranadas, brillantes todas, limpias, perfectas... En junto, más de un millar de muestras, la flor y nata de horas y horas apretando los codos estudiando, y después dale que dale a la lima, al destornillador, al formón y a la sierra. Como los buenos.

ENTUSIASMO JUVENIL EN EL OFICIO

Con la Feria del Campo todo tiene relación. España sigue siendo, con todos los inconvenientes y ventajas, un país agrícola por antonomasia; un país donde las nevas siderúrgicas tiñen de negro y fuego el cielo con sus altas chimeneas para producir más hierro y acero, que se transformarán en vertederas y arados, en tractores y camiones "todo terreno" capaces de trepar hasta los mismos bosques de pinos, hasta los altos lagos de los pantanos, reguladores de siembras y energía para la industria.

En el complejo económico de nuestra Patria todo está perfectamente engranado, sopesado, y el desequilibrio de una parte al instante repercute en la otra. Campo e industria forman un todo armónico en España, quizá como en ningún otro país pueda darse. Por eso en la Feria del Campo se ven al lado de las sacas rebosantes de rubio trigo castellano, de los "barcos" atestados de tomates y manzanas, de los anaques de los "stands" repletos de conservas vegetales, los rollos de chapa metálica necesarios para envasar esos productos, los abonos y productos de la química industrial que hacen posible esa riqueza, los arados y tractores cuyo origen primero está en las minas, en las siderúrgicas, en los planos de ingenieros diseñados a punta de tiralíneas por los técnicos.

Y por eso en la Feria del Campo están también los "stands" de los Centros Sindicales de Formación Profesional. En vano podrían ser concebidos los más audaces proyectos económicos,



Las últimas conquistas de la técnica son aplicadas en los cursos de Formación Profesional



En el gran teatro al aire libre de la Feria del Campo se dieron cita diez mil aprendices españoles

de producción agrícola; disponer, incluso, de las más grandes fuentes naturales de riqueza, que todo fallaría de no contarse con el factor hombre, pieza siempre clave de toda teoría económica.

La hora nueva de España exige hombres preparados, técnicos y especialistas, que lo mismo en los laboratorios que al pie de las maquinarias sepan actuar con precisión y eficacia, contribuyendo con su esfuerzo a la tarea gigante de la independencia y poderío económico de España. Y a nadie se oculta que nuestra Patria, por motivos harto conocidos que no vamos a desentrañar ahora, no estaba preparada para la hora industrial y de aprovechamiento integral de recursos que exigía no ya su puesto clave en Europa, sino el mero mantenimiento de sus más elementales necesidades. Consecuencias de este atraso fueron, en su más íntima raíz, los molinos y huelgas que caracterizan el período de la II República, así como la cifra angustiosa de obreros en paro forzoso.

Ante este panorama, el Fuero del Trabajo señaló en 1938 en uno de sus puntos la imperiosa necesidad de educar profesionalmente al trabajador, porque así lo exigía no sólo su propio bien, sino también el conjunto de la economía patria conforme a la evolución que en el campo de la técnica se registraba en el mundo. Sólo de esta manera era posible alcanzar las metas de industrialización, de las que tan falta se hallaba entonces nues-

ber descuidado la formación de sus hombres, en especial la masa ingente vinculada a las distintas esferas del mundo laboral.

APRENDIZ, OFICIAL Y MAESTRO

A finales de siglo ya funcionaban en España algunas Escuelas de Formación Profesional, dedicadas por entero a obreros, lo mismo que las llamadas Escuelas de Artes y Oficios. En el año 1911 aparecen las Escuelas de Aprendices y en 1924 se reorganiza la Enseñanza Técnica, para regularse más tarde, bajo el Gobierno del General Primo de Rivera. Surgieron entonces la mayoría de las Escuelas Profesionales de jesuitas, dominicos, escolapios, salesianos, hermanos de la Doctrina Cristiana, etc., que desarrollan una importante labor, aunque, desde luego, insuficiente para la gran masa de obreros españoles.

Ha sido después de la guerra de Liberación cuando se abordado plenamente el problema. Las Universidades Laborales, las Escuelas de Maestría y los Institutos Laborales comenzaban bien pronto su labor, reglamentados hoy por la Ley de julio de 1955, que coordina todas las enseñanzas de este tipo en nuestra Patria, a la par que organiza un vasto Plan, cuyos primeros frutos ya están madurando.

Siendo la Organización Sindical la ordenación más completa de la sociedad y economía española en su ámbito laboral, no po-

dría permanecer al margen del quizá más importante problema que tenía y aún tiene planteado nuestra Patria. En un interesante informe, Antonio Aparisi Mocholi, Jefe Nacional de la Obra Sindical "Formación Profesional", se deduce que del total de casi once millones y medio de españoles económicamente activos, nueve millones pertenecen al grupo de jornaleros, empleados y asalariados, es decir, que perciben una determinada remuneración periódica a cambio de su trabajo. Pues bien—dice Aparisi—; de estos nueve millones de jornaleros, el 71,96 por 100 (más de las dos terceras partes) son obreros "no cualificados", que careciendo de especialidad u oficio constituyen ese informe sector del peonaje. En su mayoría son braceros agrícolas, exceso de mano de obra campesina, que debe ser urgentemente absorbida por la industria.

En esta gran zona del mundo laboral español es donde la Formación Profesional recluta sus hombres, transformándolos en técnicos y especialistas que, a la par que elevan su nivel de vida con un trabajo mejor remunerado y estable, contribuyen en manera decisiva al progreso y consecución de metas de la economía española.

Tal como está establecida actualmente en España, la Formación Profesional consta de tres fases. La primera, denominada de preaprendizaje, la inician los

muchachos alrededor de los doce años, y consiste, a la vez que en un perfeccionamiento de la Enseñanza Primaria, en ejercicios prácticos y trabajos manuales correspondientes a distintos oficios, de manera que los expertos en psicotecnia determinan así, junto con completísimos y reveladores "tests", la vocación y aptitudes del futuro oficial o maestro.

A los catorce años, los alumnos comienzan el grado de aprendizaje de la oficialía. Durante el primer curso reciben la necesaria formación básica, a la vez que en nuevas pruebas psicotécnicas se define la concreta especialidad profesional del chico. Terminado el primer curso de oficialía, el alumno escoge la profesionalidad que considere más acorde con sus aptitudes, siempre asesorado por sus profesores y maestros, quienes determinan los cupos de alumnos de cada rama de estudios, en razón no sólo con las condiciones docentes del Centro, sino también a tenor de las necesidades laborales de la industria española.

Seguidamente, durante dos cursos, los alumnos reciben la preparación concreta de su especialidad. Lo mismo que en los anteriores, alternan las disciplinas teóricas y de formación del espíritu con las de carácter práctico, de acuerdo toda con un riguroso plan de estudios elaborado minuciosamente por el Ministerio de Educación Nacional. Finalizados estos tres años, el alumno obtiene el título de oficial en la rama de su especialidad, título que tendrá múltiples sitios donde hacerlo valer, ya que la pujante industria española actual está siempre en demanda de obreros expertos.

El verdadero y único problema que hoy tiene planteado la Formación Profesional de España es precisamente éste de la gran demanda de especialistas por parte de la industria. Muchos son los muchachos de nuestras Escuelas Profesionales que, sin terminar sus estudios, ceden a las tentaciones que les ofrecen fábricas y talleres industriales. La práctica se encarga siempre, naturalmente, de completar su formación.

No obstante, muchos son también los muchachos que, por su juventud o nuevas urgentes necesidades económicas, optan por seguir dos cursos más para la consecución del grado de maestros de la rama de su oficio, siempre que la capacidad intelectual se lo permita. Y no termina aquí la acción de los centros de Formación Profesional en España, pues bien recientemente ha sido abierto el camino para el bachillerato laboral, que puede a su vez transformarse en bachillerato "clásico" y viceversa, así como pasa a la enseñanza superior de las hoy facultades técnicas de Ingenieros y arquitectos.

EN DIEZ AÑOS UN CENTENAR DE INSTITUTOS LABORALES

La Organización Sindical dedica actualmente a la formación

Profesional una cifra superior a los doscientos cincuenta millones de pesetas anuales, lo que no es sino parte de la invertida en total, ya que en esta cifra no están incluidos los gastos de centros de Formación Profesional, dependientes directamente del Ministerio de Educación, ni los sostenidos por congregaciones religiosas, diputaciones, municipios y fundaciones privadas.

En la hora presente, el número de alumnos en centros de Formación Profesional dependientes de la C. N. S. es justamente 24.688, lo que quiere decir, como antes apuntábamos, que ahora se han dado cita en Madrid con motivo de la Feria del Campo, casi la mitad de todos ellos.

Por otra parte, los alumnos matriculados durante el presente curso 1958-59 en los Institutos Laborales dependientes del Ministerio de Educación, supera el número de trece mil, lo que pone bien a las claras el interés de las juventudes españolas por esta clase de enseñanzas que tanto representa en el presente e inmediato porvenir de nuestra Patria.

La diferencia principal que caracteriza al bachillerato laboral respecto al "clásico" es que, en tanto éste representa casi siempre un escalón para estudios superiores, el laboral, sin renunciar a esta condición, puede ser un fin en sí mismo. En este orden de comparaciones, ya diferencia con las Escuelas y Talleres de Maestría es que en tanto que en ellos se persigue una rápida preparación, técnica de los muchachos para facultarlos como oficiales o maestros, los Institutos Laborales dotan de una formación humanística, abriendo paso para la enseñanza Técnica Superior a la par que se especializan en una determinada rama de la industria. Su campo, es, por tanto, más amplio.

Los Institutos Laborales están repartidos por todas las tierras españolas, y en cada comarca adoptan la modalidad técnica más en consonancia con los recursos naturales. Actualmente existen en España siete Institutos Laborales de modalidad Agrícola-Ganadera, radicados en el valle del Guadalquivir, otros siete en la zona de Levante, seis en el valle del Ebro, un número igual en Galicia, seis también en la Andalucía Oriental, cinco en Cantabria, cinco en la zona del Duero, en la zona del río Llobregat tres, uno en la cuenca final del Tago, dos en Baleares y tres en Canarias.

De la modalidad Industrial y Minera funcionan ocho centros en Vasconia y alto valle del Ebro, siete en el del Guadalquivir, cinco en la zona de Levante, dos en Galicia, e igual número que en la cuenca del Llobregat, zona del Duero y Extremadura. Por último, en la tercera modalidad Marítimo-Pesquera en total funcionan en nuestro litoral ocho Institutos, emplazados concretamente en Ayamonte, Sanlúcar de Barrameda, y Marbella, en el Atlántico Sur y Mediterráneo, y Noya, Marín, Luanco, Santoña y Bermeo en el norte.

En total, noventa y dos Institutos Laborales, casi el nuevo

de modalidad Administrativa, como una población docente, como ya se ha indicado, de más de trece mil alumnos. Además, a esto hay que añadir ocho centros privados autorizados, unos de modalidad Agrícola-Ganadera y otros de la industrial que, dependientes de fundaciones benéficas, órdenes religiosas, diputaciones, etc., desarrollan una importante labor complementaria.

Todo en apenas diez años, pues la orden de creación de los Institutos Laborales fue dada en 1949, no empezando a funcionar los primeros hasta el curso 1950-1951.

HACIA LA DESAPARICIÓN DEL PEONAJE

Todo este importante balance de realidades en el campo de la formación profesional de nuestra Patria, logrado en sólo unos años de eficaz tarea de fundaciones pese a su gran volumen no es suficiente para suministrar la alta demanda de obreros especializados que hoy reclama nuestra industria. Y sobre todo, estos centros en activo, dedicados como es natural a la formación profesional de jóvenes, no redimen del grave problema del peonaje a que ya hacíamos referencia. Por ello la Organización Sindical pensó en organizar los llamados cursos de Formación Profesional Acelerada, dedicados por enteros a peones y obreros no cualificados, y de esos de labrarse un oficio.

En abril de 1956 dio comienzo el primer curso de F. P. A. de solo seis meses de duración y más de 200 alumnos, seleccionados entre varios millares de solicitudes. Cada alumno, en concepto de indemnización durante el tiempo de las enseñanzas, recibió cuarenta pesetas diarias los casados y treinta los solteros, facilitándoles además, gratuitamente, el almuerzo en el centro, igual que se sigue haciendo hoy.

Hasta la hora presente sólo funciona un centro de este tipo en nuestra Patria, precisamente dentro del recinto de la Feria del Campo de Madrid, donde ahora ha sido montado el gran "stand", exposición de trabajos efectuados por alumnos de escuelas y centros de la Organización Sindical.

Las especialidades que se enseñan en el centro de Formación Profesional Acelerada, de Madrid, comprende la rama de electricista, albañil, soldador, encuadrador, fontanero, carpintero-ebanista, calefactor, pintor-decorador, y algunas otras más. Los métodos de enseñanza son todos originísimos, eminentemente prácticos y tendentes exclusivamente a un aprovechamiento total del tiempo del curso.

Actualmente dos nuevos centros de F. P. A. están en construcción, uno en Barcelona y otro en Jaén, estando proyectado además, otro en La Coruña, orientado principalmente a la capacitación laboral de emigrantes. Estos centros no son otra cosa, sino los comienzos de una gran red de escuelas de F. P. A. que será implantada en nuestra Patria, precisamente en los principales lugares de migración y origen de



Alrededor del profesor, los aprendices escuchan una lección práctica

peonaje. Si nuestras juventudes huyen hoy del fantasma de la ausencia de oficio concreto, de ese dramático no contar con otra cosa sino con un par de brazos "para lo que sea", también tienen derecho a beneficiarse de las instituciones docentes de la Organización Sindical aquéllos a quienes las circunstancias no les permitieron labrarse un oficio especializado que les redimiera de su condición de peones.

En todo este vasto programa conjunto, de formación de obreros especializados en el que, como se ve, toma parte de una manera muy directa el Ministerio de Educación y la Organización Sindical, la mujer no ha sido olvidada. Aun teniéndose presente que la idea que preside en la política laboral del Régimen es redimir a la mujer de trabajos fuera de su hogar, en especiales circunstancias y en razón de su edad, la mujer puede representar y de hecho así lo representa, un contingente laboral de primer orden en determinadas especialidades de la industria. La Organización Sindical se ha ocupado en consecuencia también de la forma-

ción profesional femenina, creando una serie de Escuelas dedicadas todas a enseñanzas de oficios tradicionalmente considerados como femeninos. Así existen escuelas de bordados, de tejidos típicos, de muñequería, alfombras, arte del hogar, tejidos, modistería, peluquería, canto y danza, etc., y algunas otras actividades de tipo marcadamente industrial pero con especiales características que las hacen apta para la mujer, tal la zapatería, por ejemplo. Además, dependiente del Ministerio de Educación, en Madrid funciona un Instituto Laboral de modalidad administrativa, dedicado a enseñanzas profesionales de la mujer.

En este rápido balance de la formación profesional en nuestra Patria, como resumen baste saber que en total son 263 las Escuelas de Maestría y Aprendizaje Industrial que funcionan en nuestra Patria, de las que 96 son mantenidas directamente por el Ministerio de Educación, 43 por la Iglesia, 75 por la Organización Sindical. Incluidas las cuatro Universidades Laborales,

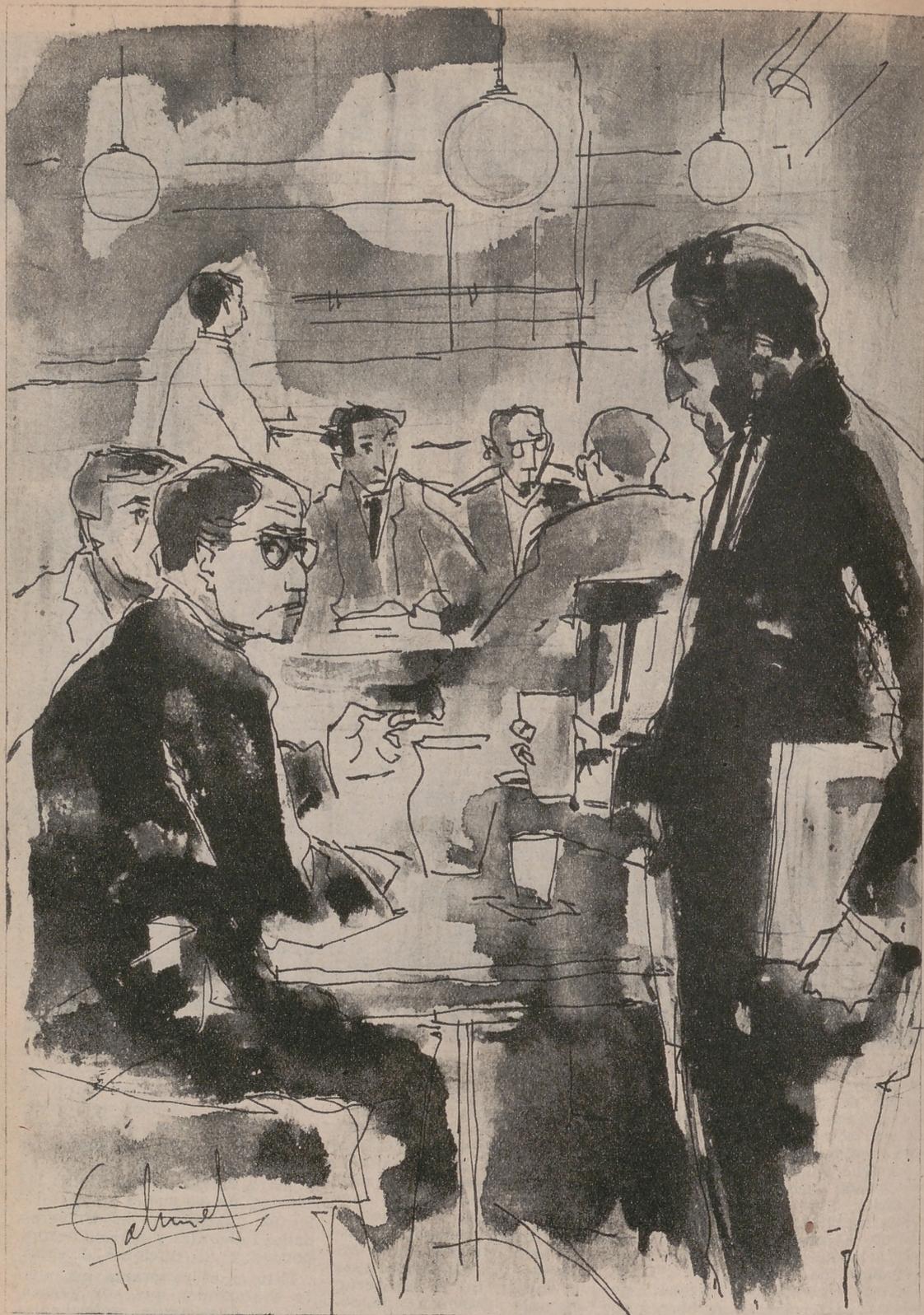
y las restantes por instituciones privadas diversas, entre las que abundan potentes empresas industriales, deseosas de formar sus propios operarios.

Las enseñanzas pertenecientes a Institutos Laborales se dan en nuestra Patria justamente en 118 centros, de los cuales son estatales 92, cuatro son las Universidades Laborales y el resto corresponden a instituciones diversas.

Este es el panorama realmente confortador que hoy presentan las enseñanzas profesionales en España. Unas realidades docentes logradas, la mayoría, en el curso de muy escasos años. Los beneficios ya los está disfrutando nuestra industria; nuestra industria y los miles y miles de españoles que hoy se honran ejerciendo un oficio honrado que les permite una seguridad y nivel de vida que en régimen de peonaje jamás se hubieran atrevido a soñar.

FEDERICO VILLAGRAN

(Fotografías Mamegan y Henecé)



LOS ALEGRES BEBEDORES DE AGUA

NOVELA, por Antonio María CAMPOY

Casi siempre, la realidad es más fantástica que la fantasía.

HACE ocho o diez años, poco más o menos, nos reuníamos un grupo de amigos en el antiguo café Lyon d'Or, al comienzo de la calle de Alcalá. Era una tertulia literaria, abigarrada, heterogénea, en la que lo mismo caían los tipos más extraños y oscuros que los escritores más conocidos de Madrid. No es cuestión ahora de citarlos a todos, pues eran muchos, y además en esta historia no cuentan, excepción hecha del doctor

Senda, que, en cierto modo, protagoniza mi verídico relato. El doctor Senda era de los primeros en llegar al café acompañado de su hija, que era muda y tenía siempre los ojos enrojecidos y desorbitados.

El doctor Senda era un señor de estatura regular, ancho de hombros, calvo, de ojos tan desorbitados como los de su hija, pero profundos, hipnotizadores. El doctor cenaba temprano y a eso de las diez ya estaba en el «Lyon d'Or». Siempre se sentaba en el rincón del fondo, a mano izquierda según se entra, que era donde yo le esperaba le-

vendo el periódico. Yo vivía entonces en una pensión de la calle de Hortaleza, y como cenaba temprano, a eso de las diez menos cuarto me iba al café para charlar un rato con el doctor Senda y con sus amigos mientras, a eso de las once, comenzaban a llegar los de la peña literaria. He dicho que me iba temprano al café para charlar con el doctor Senda y con sus amigos, y es a los amigos del doctor a los que voy a referirme concretamente.

Los amigos del doctor Senda eran muchos, pero de todos ellos sólo me importa recordar ahora a don Luis y a don Damián, a don José y a don Justo, y a don Alejo. Don Luis era coleccionista; don Damián, como veremos, se sacrificaba; don José había sido pintor en su juventud; don Justo era autor dramático, y don Alejo, compositor. Ninguno de ellos tenía contacto con la peña literaria, aunque los contertulios sí que los conocían de vista. ¿Los recordarán todavía? Tampoco vi nunca juntos a los amigos del doctor, y hasta creo que no se conocían entre ellos. Llegaban uno a uno, la noche que llegaban, y no se sentaban jamás. Entraban en el café, sorteaba cada cual a su manera el laberinto de columnas, se dirigían al rincón donde estaba el doctor, saludaban muy atentamente y se bebían el vaso de agua fresca que en todo tiempo, y como en un rito, les ofrecía el médico. Y precisamente porque todos se bebían el vaso de agua tan alegremente como nunca vi, es por lo que llamé a los amigos del doctor Senda «los alegres bebedores de agua». Al principio de conocerlos no pude hablar con ellos; me saludaban cortésmente, pero no me hacían caso. Luego, conforme pasaron los meses y los años, fueron hablándome, y hasta me contaron las cosas que ahora quiero relatar.

El primero que se franqueó conmigo fue don Luis, el coleccionista, que era un hombrecito enteco, siempre con la barba de dos o tres días y una pipa viejísima en la boca, con la boina calada hasta las cejas y una gotita transparente pendiéndole de la nariz. Cuando don Luis me dijo que era coleccionista, el doctor Senda añadió que era un coleccionista admirable, algo así como el coleccionista sin igual. Yo creí entonces que podría coleccionar libros raros, sellos de correos, sortijas de habanos, pipas o bastones, pero me equivoqué totalmente.

—Este señor, ahí donde usted le ve—me dijo el doctor Senda—, se dedica a coleccionar risas, gestos sociales, como diría Bergson.

Al oír aquello me quedé desconcertado, pero don Luis me desconcertó más al asegurarme que lo mismo se podría haber dedicado a coleccionar llantos, pero que no lo hizo porque el llanto era un testimonio pobre comparado al de la risa. Yo, aunque no me atreví a decirlo en voz alta, pensé que hasta me podría explicar que un señor coleccionara tortillas de patatas, pero, ¿risas? ¿Y cómo se coleccionarían las risas?

—Antes las coleccionaba en discos de ebonita, pero ahora lo hago en cintas magnetofónicas. Tengo un magnetófono «Listener» capaz de captar y de reproducir fielmente los sonidos más imperceptibles, incluso el ruidito de las antenas vibrátiles de la mariposa del centeno. El magnetófono pesa ochocientos gramos y puedo llevarlo en el bolsillo de la chaqueta, ¿ve?, enganchando el pequeño micrófono en la solapa. Así no se me escapa ni una sola risa. Si viene mañana a mi casa, podrá oír mi colección.

Al día siguiente, en efecto, fui a casa de don Luis, que vivía en la calle del León, cerca del Ateneo. En un gabinetito interior tenía archivada su sorprendente colección. Sin decirme nada, pero siempre mascando su pipa, don Luis preparó los aparatos, montó una cinta... y una escalofriante carcajada saltó del altavoz a la habitación, una carcajada larga, trepidante, que al rodar tropezaba con los muebles.

—Es la risa epiléptica, señor. Escuche ahora la carcajada inicial del esquizofrénico... Y oiga esta otra, que es la gran risotada demencial. Me costó mucho conseguirla, muchos años de acecho por los manicomios...

Por la habitación rodaba una larga, jadeante, fuerte, inverosímil risotada que me heló la sangre; una risotada que parecía venir de los húmedos y desiertos sótanos de la locura. ¡Extraordinario! Hubo unos instantes de silencio, y de pronto, por sorpresa, me golpeó los oídos una risa



cruel, endemoniada, una risa que me puso los pelos de punta y que era idéntica al rechinar del filo de una navaja en una piedra.

—Ahí tiene la risa sardónica, la carcajada de los tetánicos y de los hidrófobos; puede usted oír cómo ríen los que mueren rabiando... Y ahora voy a ofrecerle una combinación especial, ¿oye? Es la risa histórica, y esta otra es la espasmódica, y aquí viene, por fin, el auténtico gelasma, la risa congelada de los locos suicidas y de los paranoicos criminales, ¿la oye bien?

Aquellas risas se me metían en el tuétano. Era como si el cerebro me lo rasparan como se raspa un hueso. La habitación era como el interior de una campana cuyo badajo meneara el ángel de la locura.

—Escuche ahora la risa estereotipada del oligofrénico, ¿eh? Por esta risa vacía podrá usted asomarse al fondo de la imbecilidad. Pero oiga otras risas inmotivadas: unas son producto de los nervios rotos, y otras están provocadas por contraste. Y oiga usted de una vez para siempre la risa de los sicópatas... Pero ya, está bien de esta clase de risas. Ahora, para descansar, reproduciré la risa emotiva de las novias, ¿qué tal?

Don Luis iba y venía por su museo como una especie de divinidad por su paraíso. Alcanzaba cajas, extraía de ellas rollos de cinta, leía sus etiquetas y los montaba en el magnetófono, y por el altavoz llegaban, amplificadas, docenas de risas clasificadas por causas: risitas astutas, risas mefistofélicas, carcajadas tenorioscas y fanfarronas, risas sin expresión y risas serviles, risas avarientas, cobardes, desafiadoras y las trémulas risas del miedo...

—Así ríe el hombre. Acaba usted de asomarse al pozo humano y de oír en su fondo el eco del alma, el más claro que podemos percibir: la risa. Por último, escuche una de las grabaciones que más me costó conseguir, ¿oye? Es la risa voluptuosa de mi mujer, y por conseguirla arrojé la separación, porque ella no quería colaborar, ¿oye? ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Salí del gabinete sin que don Luis lo notara. El genial coleccionista había abierto al máximo el amplificador y la casa se llenó de horribles carcajadas, de risas insensatas y tremendas, y el bidón vacío de las carcajadas parecía rodar escaleras abajo del infierno, y como contrapunto, al estridor de una carcajada que yo no pude identificar, se oía la débil risilla de don Luis. Salí desconcertado de aquella casa. Luego, por la noche, hablé de mi audición con el doctor Senda, y él se limitó a decirme que don Luis estaba realizando una experiencia muy interesante. A partir de entonces, siempre que veía a don Luis me lo imaginaba rodeado de carcajadas por todas partes.

Pero la historia de don Damián es muy distinta. Don Damián era un hombre alto, casi grueso, de cara apoplética y pelos encrespados, con una gran sortija en el dedo anular de la mano izquierda. En cuanto se bebía alegremente su vaso de agua, y como respondiendo a una pregunta que jamás le hacía el doctor Camino, don Damián contestaba que él, como siempre, se sacrificaba, y al decir esto se daba invariablemente unas carifosas palmaditas en el vientre. Una noche, por fin, don Damián me explicó en qué consistía su sacrificio, advirtiéndome antes de entrar en materia que él no se consideraba un apóstol ni muchísimo menos, pues todo apostolado, según me dijo poniéndome una mano sobre el hombro, lleva implícito un sacrificio dinámico, y su sacrificio, por el contrario, era estático, pasivo, estrictamente potencial. Yo me atreví a preguntarle si teníamos antecedentes de su estilo sacrificial, y don Damián me aseguró que en absoluto.

—Y ésa es otra de mis satisfacciones, ¿comprende? En síntesis, le diré que yo también siento la tentación del sacrificio, exactamente igual que la sienten los más sacrificados por voluntad, pero me agunto. Y en eso consiste mi sacrificio: en aguantarme las ganas de sacrificarme que me vienen. Venciendo el vértigo del sacrificio resulto un sacrificado, ¿no comprende? A cada instante siento la necesidad de sacrificarme: la siento ante una mesa bien provista, ante la barra de un bar, ante la cama que invita a la pereza... Todos los días siento posarse en mi alma la alondra tentadora del sacrificio, pero, no hago caso a ese pájaro, ¿comprende? En mí, oculta como el alga en

el fondo del mar, está la flor del sacrificio, la flor de las renunciaciones, y su polen me fecunda el espíritu a cada instante. Soy un sacrificado en potencia, y cada vez que arrojó lejos de mí al gran deseo lo siento cumplirse en mi imaginación como si verdaderamente se realizase, ¿entiende? Sacrificio la necesidad de sacrificarme que siento, y este sacrificio mío es mil veces más duro que el sacrificio ordinario. Frecuentemente, cuando voy por la calle, siento piedad y deseos de entregar mi cartera al primer mendigo que me encuentro, pero soy capaz de dominarme. Y siempre que leo en los periódicos la noticia de un gran sacrificio, en mi pecho arden vehementes ansias de imitación, y al sueño de esas imposibles prácticas me entrego con la inocencia del niño que sueña con los Reyes Magos, ¡pero me sacrifico!

Tampoco don Damián era manco, aunque comprendí que su especialidad era más corriente que la de don Luis el coleccionista. Pero don José, el tercero de mis bebedores de agua, tenía una especialidad más corriente aún. Al fin y al cabo era un pintor que había creado un «ismo» más, aunque su «ismo» no lo habían clasificado aún los críticos de arte. ¿Quién oyó hablar del «correlacionismo»? Don José era alto, huesoso, con una barbita canosa y puntiaguda y cuatro dedos nada más en cada mano. Treinta años atrás, según me contó, don José decidió quitarse dos de sus diez dedos para que sus medios expresivos fuesen todavía más originales. Cosas de su prehistoria ingenua y limitada, según dijo, cuando el mismo Picasso le parecía un fenómeno. Después, no sé si mucho antes de conocerle yo, ni Picasso, malagueño, ni Miguel Angel, toscano, le llamaban ya la atención. Toda la historia de la pintura se le antojaba una paparruchada y decía que el juego del color, desde Altamira a Dalí, no había sido más que un tanteo inferior y deleznable. La pintura que nosotros conocemos era una broma para don José.

Pero él también había sido un pintor académico, y hasta fue abstracto, que venía a ser lo mismo, y así, dando vueltas en todas las norias del arte, don José había malgastado el mejor tiempo de su vida. Don José juraba que la morfología de la plástica tradicional era un residuo salvaje, como el apéndice ileocecal o los dedos de los pies; y que toda ella junta era el arte por él creado lo que el tañido del cuerno y el grito del energúmeno eran a la música sinfónica y a la romanza del tenor.

—Mi pintura, en fin, es la última aportación del hombre superior a la cultura, y en esta línea soy algo parecido a Einstein en la línea de la física actual, o más aún, pues mi ruptura con la tradición es más impresionante que la suya con la ciencia fósil. He prescindido de la línea, del color y del tema. En mis cuadros no hay nada de eso, pero tienen, en cambio, alas para que vuele el espíritu.

El doctor Senda, que había visto los cuadros de don José, me dijo que consistían en una serie de marcos hechos con huesos y con piedras, con maderas rugosas y con cabellos amasados con ceniza, entrecruzados de filamentos metálicos y vegetales, de los que podía colgar un dedo de niño, una muela, una espiga, el pico de un pájaro, un pétalo, una gota de lluvia perfectamente lograda... Algo extraordinario. Yo no hice comentarios y esperé a que don José, una noche de aquellas, llevara al café algunos de sus cuadros. Una noche los llevó, en efecto, y eran exactamente como me los había descrito el doctor Camino.

—¿Qué le parece? ¿Ve esta muela? Pues ahí acaba su visión elemental, porque su espíritu no se proyecta suficientemente para representarse, instantánea a la visión de la muela, la boca, la cabeza y el torso de la propietaria de este hueso molar; y partiendo de este trozo de mármol no puede tampoco admirar el templo que corre; ni el bosque rumoroso que personifica este fragmento de raíz; ni puede admirar esta composición maravillosa, una de mis obras más logradas: en este grano de arena, en esta partícula de nácar y en esta pestaña trigueña está mi cuadro titulado «Mujer frente al mar». Y este pedacito de cartilago de murciélago que ve pegado a esta piedra rubia, otra de mis obras mejores, componen el cuadro que título «Vampiros sobre Pisas». Como ve, aplico la divina ley de la correlación ¿estamos?



Si, estábamos desconcertados, mejor dicho, yo únicamente estaba sin saber qué decir, pues el doctor Senda no dio señales de extrañeza oyendo las teorías pictóricas y viendo los cuadros de don José. Me dijo el doctor que a los que habíamos visto cierta pintura y escultura modernas no tenía por qué asombrarnos el correlacionismo de don José, y que lo único que podíamos hacer era comprar o no comprar tales obras de arte.

Debo reconocer que cuanto había visto y oído a don Luis, a don Damián y a don José era demasiado fuerte para no sentirme inquieto, pero aun me estaban reservadas nuevas sorpresas entre los alegres bebedores de agua. Don Justo, por ejemplo, el autor dramático, había de sorprenderme tanto o más que sus otros cofrades. Don Justo era un señor bajito y regordete, con unas manecitas cortas y sucias que llamaban mucho la atención. Don Justo se presentó una noche con varios originales en el bolsillo dispuesto a leérnoslos, mejor dicho, dispuesto a hacérnoslos sentir, pues sus dramas no podían ser leídos. Se trataba de unos dramas sin precedentes, de un género teatral inimaginable. Según nos dijo, el teatro, desde Grecia hasta Eugenio O'Neill, había venido siendo un intento desgraciado, y ni en los trágicos antiguos, ni en Shakespeare, ni en Calderón, y de ellos para abajo menos aún, podíamos decir que existiera una auténtica forma internacional de expresión, un lenguaje para todos los ánimos y para todos los cerebros.

—Sin embargo—dijo—, justo es reconocer que el teatro tradicional tiene ciertos elementos aprovechables, tales como los personajes, el decorado y la mimica, la mimica sobre todo; lo demás, lo que ustedes más estiman, el diálogo y la acción que vivifica, es una majadería. Hasta mí, el drama estuvo atado al diálogo y el espectador era un obligado a tragarse y a imaginarse vivir tales y cuales personajes encarnados en el diálogo, o a comprenderlos no más. Hasta mí, el espectador careció de libertad. ¿Que el autor servía tal trama? Pues el espectador tenía que aguantar la trama, le fuera o no a su estado temperamental o a su deformación ideológica... Pero ya he acabado con esas monstruosidades: yo ofrezco al espectador amplio campo para experimentar las sensaciones que más le cuadren. ¿Cómo? Precondiciendo del que diálogo y exaltando la mimica he llegado a construir el teatro perfecto. En «La lapona pérfida», una de mis últimas obras, todavía sin estrenar, al levantarse el telón se encuentra el espectador con la noche: un horizonte de estrellas y el canto

mo. La noche y la serenidad de la noche que yo elijo están en el escenario. Luego aparecen, por el fúco izquierda, hasta ochenta y siete personajes corales, y por el foro derecha entran los protagonistas y los antagonistas del drama, y al cabo de unos instantes de ambientación todos comienzan a gesticular sus motivos, y el espectador, iniciado en creador desde su asiento, va infundiéndose sobre los personajes aquel argumento que le circula por las ideas o vive en su corazón. Y siguiendo la acción silenciosa del drama, el espectador goza o sufre con los motivos que va fingiendo sobre la mimica de los personajes, y tanto como los actores, el espectador se cansa y jadea, ríe y llora, se extenua... Al final de la obra cada espectador ha visto representado su propio drama... Claro que un teatro de esta naturaleza exige en el autor síntesis universales de la mimica que están más allá del vulgar lenguaje sordomudesco y de la porcelana merengue del «ballet». Antes de mí, el autor teatral había de estudiar caracteres y hasta estudiarse a sí mismo, si es que se suponía merecedor de tal pena. De ahí que sus producciones fuesen tan personales. El antiguo autor también tenía que escribir sus obras. Yo, no. Sentado en cualquier café, en un banco público, me dedico a observar de lejos el nudo mimico de dos o más personajes, y a medida que van dando expresión a sus ideas y sentimientos, yo dialogo sobre la grafía de sus gestos y de sus actitudes mi íntima trama, y es raro el día que no hago treinta o cuarenta obras teatrales, a pesar de ser mi procedimiento más difícil que el de la pluma y las cuartillas, pues en éste todo lo va poniendo uno a su acomodo, mientras que en mi técnica uno ha de improvisarse a cada paso, uno ha de renovarse totalmente, ya que la mimica, alma universal, jamás repite un matiz en sus formas expresivas... Claro que usted puede pensar que soy un plagio del cine mudo, pero se equivocará. El cine mudo, con ser como es superior al sonoro, y al teatro que ustedes hacen, estaba encerrado en una mimica y en una acción paralelas, rigidamente ambientadas y con escasas posibilidades de fuga a la abstracción. Mi teatro, en cambio, deja en libertad al espectador para inventar su drama íntimo. Creo que he acabado con el teatro rutinario, y aunque algunos puedan pensar que por no seguir dando vueltas a la noria de lo que inventaron los clásicos he ido a parar a la edad de piedra, de ahora en adelante nadie escribirá obras de teatro ordinarias sin saber que perpetra un pecado de lesa arqueología.

Don Justo siguió diciendo que esperaba de un

día a otro que lo llamaran para concertar el estreno de su «Obsesión», un drama de un solo personaje y de una sencillez maravillosa: al levantarse el telón aparecía el obseso sentado en un sillón, junto a la ventana, y las dos horas de la representación transcurrirían así, con el obseso pasándose las manos nerviosamente por sus cabellos entrecanos, y cada uno de los espectadores tendría ocasión de desdoblarse en el protagonista y vivir con la mayor intensidad su propia obsesión.

Pero vamos, antes de que se me olvide, a ver quién era el compositor don Alejo, el Quinto de los alegres bebedores de agua, visitante diario del doctor Senda, y según decía éste, antiguo pianista de un famoso café cantante madrileño. Don Alejo se había dejado crecer la poca melena que podía, y una vez que sabíamos que había sido pianista nos explicábamos que sus dedos fuesen tan largos y tan ágiles. Como don Justo, el autor dramático, y como don José, el pintor, don Alejo también era un renovador de su arte. Cuando yo lo traté no admiraba otra música que la suya, aunque tenía cierta condescendencia al juzgar el canto gregoriano y la debla. La otra música, de Orfeo a Arthur Copland, como decía él, nunca le había interesado lo más mínimo, y creyó siempre que no servía para ningún espíritu cultivado. Pero para no ser tajante, reconocía que algunos momentos de Mozart y algunos martinets gitanos podían pasar. Decía que el resto de la música tradicional sólo era bueno para almas de caverna...

—Es triste, señores, pero cierto: la historia de la música, oída y enjuiciada por un renovador de mi clase, es inexpressiva, nada dice al alma, está fingida sobre elementos grandilocuentes y se apoya en aritméticas menores. La música, como ustedes la entienden, es un huero artificio, y si hubiésemos de quemar tal arqueología únicamente salvaríamos los milagros del canto llano y del canto grande. Para mí, el canto de difuntos y el repertorio de don Antonio Chacón son los únicos paraísos de la música antigua. Las formas musicales básicas que conocemos no sirven ya. Se hace urgente la renovación absoluta de la vieja ortodoxia musical. Yo, como renovador, prescindí de la técnica aprendida. La orquesta moderna (uno de los mejores logros de la inteligencia, comparable al de la rueda) tampoco me sirve. La pianola sí, porque la pianola es el instrumento más lleno de posibilidades que existe. Y ya que hablo de la pianola le diré que el que yo viva todavía en Madrid es por lo siguiente: porque estoy buscando la pianola que utilizó el maestro Raso de Sol, el primer compositor del tiempo nuevo, el único que existió antes de mí. Don Macario Raso de Sol, teósofo y ateneísta, fue el creador de la música cósmica, aunque debo declarar que yo he arcaizado sus principios. Don Macario fue quien pautó por primera vez, sobre un rollo Victoria de 88 notas, varios planisferios, pudiendo intuir la sinfonía de las estrellas. En su rollo Best oyó la música de los astros, la auténtica música pitagórica. Y yo, siguiendo sus pasos luminosos, me inicié en la música cósmica pautando en seis rollos Best la cartografía de Toscanelli, y en audición privada ofrecí a unos cuantos elegidos, el doctor Senda entre ellos, la «Marcha del mundo». Más tarde compuse la «Sinfonía del Cometa Halley», obra que logré pautando sobre dos rollos de pianola los cálculos del astrónomo real y parte de la famosa tapicería de Bayeux, de tan buenos augurios para Guillermo de Normandía, que en paz descansa. «El Movimiento de los Planetas», sinfonía pautada sobre viejos epiciclos, la ofrecí hace diez años a mis amigos. «Sonata Principia», sobre motivos de Newton, y «Memorias Siderales», seis fugas basadas en los diarios astronómicos de Adams, Leverrier, Challis y Galle, son dos obras mías de fines de 1935. Después, ya en pleno dominio de mi arte, y con motivo del cumpleaños del mayor de mis hijos, pauté el diagrama de la segunda ley de Kepler referente al movimiento de un planeta sobre su órbita y demás. Pero llegó un día en que me encontré sin instrumento apropiado: las antiguas pianolas no me servían. Y fabricué la «Mar», única en su género, y luego la «Boatswain», nombre que recuerda el del perro que tenía lord Byron, sin duda, la mejor pianola que he inventado, y gracias a la cual pude estrenar la «Romanza de los números mixtos», pautada sobre diagramas de las leyes de Grytmann y de Bode. Ahora estoy en plena composición de la «Marcha de las Madres», poema biológico que na-

rra en punteados de 175 notas la aventura fecunda más allá de las trompas de Fa'opio, y cuando acabe con esta obra atacaré el «Concierto de la Tierra», que comencé hace seis años, pautado sobre el gigantesco mapamundi de Greiskail... Así es como yo compongo la música asombrosa del cosmos. Ahora estoy pensando en rendir el tributo que se merece Raso de Sol, pionero de la música pitagórica. Tal vez pauté la sinfonía del «Explorador» y los «Cuentos de Canterbury», poema festivo pautado sobre planos del camino recorrido por Geoffrey Chaucer. Además, y si sigo en forma, pienso componer la «Sinfonía de la piel de toro», epopeya bárbara que pautaré sobre los planos del catastra rústico español...

Don Alejo quiso convencerme para que asistiera a la audición de una de sus últimas composiciones, pero yo no me sentí con fuerzas para tanto. El doctor Senda me animó también, diciéndome que los ruidos que salían de la pianola de don Alejo no eran peores que los producidos por cierta música sincopada, pero yo me resistí. Don Luis, con su colección de risas; don Damián, con sus sacrificios; las pinturas de don José, con los dramas de don Justo y a las sinfonías de don Alejo, ya me bastaban. ¿De qué mundo habían salido todos aquellos señores, tan normales en apariencia y tan geniales íntimamente? Yo los evoco ahora con melancolía, no por ellos, claro está, sino por el tiempo que me recuerdan. Especialmente, porque van asociados a mi buen amigo el doctor Senda, ya muerto. También creo que desapareció la pena literaria que se reunía en el rincón del «Lyon d'Or», y muchos de sus componentes, como el doctor, han muerto también. ¿Qué habrá sido de los amigos del médico, de aquellos misteriosos señores que entraban en el café a saludar al viejo doctor y a beberse con tanta alegría su vaso de agua? He visto a algunos de ellos por la calle, pero no quise nunca darme a conocer. Una tarde vi a don Alejo en la plaza de Tirso de Molina, y a don Fernando Minguez, el de la teoría freudiana de las inspiraciones macho y hembra, lo he visto algunas veces en el Ateneo y en el café Zahara; también me encontré alguna vez con don Torcuato, y con otro personaje llamado don Andrés, el ex hombre. ¿Qué tipos!

Lo que sí intenté fue hacerme con el libro de la tertulia que llevaba el doctor Senda, en el que cada noche iba sentando las partidas de aquella especie de contabilidad siquiátrica en la que todos nosotros aparecíamos fichados. Pero tal libro, según me dijo el pintor Paco Orense, sobrino del doctor, no se ha encontrado entre sus papeles, y ha sido una verdadera lástima, pues con tal documento habríamos podido reconstruir muchas vidas y muchísimas teorías de personajes como los que he intentado evocar. El doctor Senda, como ya habrá comprendido el lector, era un profesor de siquiátrica y medicina legal. Había sido jefe de clínicas de dementes y de manicomios, y pertenecía a una Academia. Pero entre los títulos que más le gustaba ostentar era el de miembro titular de la «Société de Psychologie d'Hypnologie et de Psychotherapie de Paris». Yo guardo un libro suyo titulado «Delirios y delirantes», ilustrado por el propio doctor, en cuya portada hay tres tipos horripilantes. El doctor Senda escribió otros libros que fueron muy famosos en su tiempo: «Cómo se hipnotiza», «El problema de los manicomios», «Los obsesionados y su tratamiento psicoterápico», «La mentalidad de los sujetos histéricos», y otros muchos que no recuerdo ahora. Era un tipo magnífico el doctor, y algunos contentulios del «Lyon d'Or» recordarán todavía las sesiones de hipnotismo que nos daba, bien en el saloncito del «Lyon d'Or», bien en «La India», una pastelería de la calle de la Montera.

Según me informaron después, aquellos señores que visitaban al doctor Senda en el café eran antiguos pacientes suyos, muchos de los cuales se recluían periódicamente, y a los que el doctor soltaba de cuando en cuando con arreglo a un plan curativo que ensayaba por entonces. El doctor Senda vivía en un caserón de la calle de la Magdalena, un piso fantástico. Tenía las paredes llenas de cuadros pintados por dementes, y en su clínica tenía un fichero con más de diecisiete mil fichas de enfermos mentales tratados por él. ¿Qué habrá sido de todos aquellos papeles, cuadros y extrañísimos objetos?

Hace poco, en la parada del tranvía 45, en Cibeles, me encontré cuando menos lo esperaba con

otro de los alegres bebedores de agua, con don Andrés, el ex hombre. Yo lo había visto muchas veces en el «Lyon d'Or», pero nunca le oí decir nada de particular; se limitaba a decir que hacía muchos años que no existía. «Es un ex hombre», me decía el doctor cuando se acercaba don Andrés. Pero hace poco, cosa de un mes, me lo encontré en la parada del tranvía 45 y me reconoció como «aquel joven amigo de don Julio», y no pude evitar que don Andrés me acompañara andando, pues renuncié al tranvía, por todo el paseo de la Castellana, hasta mi lugar de trabajo, y por el camino, estimulado por el recuerdo del doctor que yo le había refrescado, me fue contando su historia, una historia no menos curiosa que la de sus otros cofrades, los alegres bebedores de agua, historias que no he alterado lo más mínimo.

—Cuando cumplí los veinticinco años fué diciéndome don Andrés, yo no había disfrutado aún de ninguna de esas cosas que la gente llama amables, aunque debo decirle que yo nunca había deseado esas cosas. Y no crea por eso que he sido un filósofo. Los filósofos son la gente que más desea, y desde Diógenes, buscador de un hombre fantástico, hasta Sartre, resucitador de la antigua manía del equilibrio entre el pensamiento y la acción, es el caso que todos los filósofos vinieron siendo unos deseadores desmesurados. Algo de esto les pasó siempre también a los místicos, cosa que yo tampoco he sido. Buda, por ejemplo, ambicionando el aniquilamiento de cuanto palpita de cara a este mundo, me pareció siempre un tipo algo así como absolutamente estrafalario.

»Por todo esto, por la relatividad de las consagraciones (el pensador puede desdeñar al buzo y el bombero se puede carcajear del poeta), por lo estúpido que es pretender nada menos que el establecimiento de una escala de valores, fuese lo que fuese, yo jamás hice caso de lo que me recomendaron como valioso, aunque es verdad que jamás me preocupé de qué cosa pudiera ser el valor. En todo caso alguna vez estuve a punto de creer que eso del valor podría ser un símbolo o una figura onírica y que con la misma justicia podría hablarse del valor de tal valiente que del valor de tal cobarde, de la valiosa teoría de patatas, un metafísico que de la valiosa tortilla de patatas. ¿Qué es eso de la escala de valores? ¡Oh, las escalas de valores! ¿A quién se le ocurriría pensar que lo que separa al chiste del silogismo pueda ser un abismo? Yo creí siempre que hay muchos mundos y que ni el mundo de los filósofos tiene que ver con el mundo de los castradores de cerdos, ni el mundo de los fabricantes de paraguas tiene que ver con el mundo de los profesores de retórica, y es el caso que todos ellos, si quieren hacerlo algún día para salvarse podrían reunirse alrededor de una mesa bien servida. ¿No cree usted?

»Ahora bien, eso de la superioridad de la metafísica o de la proporción áurea sobre la mantecilla bien batida o del beso sobre el tren regimental es una tontería en la que siempre me pareció ver un aspecto más de los muchos que tiene la lucha por la vida. Yo siempre procuré estar al margen de esa lucha. Tampoco supe nunca qué cosa fuera una pasión, ni siquiera una de esas pasiones que convierten al hombre en amante o en entomólogo, en poeta o en político. Yo, y ahora es ya de que se diga, fui siempre un hombre gris y contradictorio, o sea, un transeunte sin brújula. Ni me emocionó jamás el andante de una sinfonía, ni me afectó una declaración de guerra (aunque estos días, si yo viviera,

me habría alegrado del triunfo de Fidel Castro), ni nunca me puse a considerar qué canción sería más pura, si la delruiseiro o la del sapo. Nunca tuve afectos. No me compliqué la vida prohibiendo criaturitas sonrosadas, buscando novias o coleccionando sellos. Llegar a lo más alto o caer en lo más bajo fueron posibilidades que siempre se me antojaron equívocas, y nunca admití que la estrella pudiera estar más alta que el charco en que se mulla algunas noches. Ambos creerán estar más altos, ¿no cree usted? Yo no intenté jamás enjuiciar la posición de la una respecto al otro. Y como mis días eran siempre iguales y ni un instante de ellos me traía nada nuevo (¿por qué me emperraría yo con la idea del cambio?), me puse a sospechar si mi peripecia por la tierra tendría sentido. Yo la encontraba muy aburrida. Y como una tarde pensé que nada tenía que hacer en una sociedad cuyos motivos y móviles me parecían disparatados, sin despedirme de nadie ni seúnte sin brújula. Ni me emocionó jamás el ande nada, ni siquiera del doctor Senda, al que, por otra parte, todavía no conocía, decidí quitarme la vida. Por cierto que también creía que la muerte no podía tener categorías, y como lo mismo me daba morir de una manera altisonante y teatral que de una manera humilde y absurda, opté por proporcionarme la muerte golpeándome el cráneo contra la mesa de un mal zapatero remendón vecino mío, y así lo hice... Desde entonces sobrevivo, soy, como decía nuestro amigo el doctor, un ex hombre, pero ni siquiera en esto me distingo de los demás. ¿Quién de todos estos tipos que vemos por la calle, usted incluido, no encontró su mesa de zapatero remendón para golpearse contra ella la vida? Yo soy un sobreviviente, y ésta que ahora arrastro es mi otra vida. ¿Me comprende?»

Mi encuentro con este personaje me devolvió entrañablemente la imagen del doctor, miembro de la Société de Psychologia, Hypnologie et Psychotherapie de Paris, y fue este encuentro precisamente el que me sugirió la idea de publicar los encuentros anteriores. En mi cuaderno de notas tengo recogidas muchas semblanzas espirituales como éstas que aquí doy, pero sería interminable el relato de ellas. Creo que basta con la presentación de don Luis, don Damién, don José, don Justo, don Alejo y don Andrés, el coleccionista, el sacrificado, el pintor, el drainaturogo, el compositor, el ex hombre... Podría completar estas notas con la semblanza del doctor Senda, héroe celeste de todos aquellos visitantes del «Lyon d'Or», alegres bebedores de agua. Pero he pensado que entre los contortulios del doctor habrá quien sepa hacerlo mucho mejor y con más elementos de juicio, pues le conocieron muchos más años que yo. Ellos podrían ofrecernos la semblanza del doctor Senda para evitar que su figura se pierda entre las sombras. Y el pintor Facó Orense, si encontrara el libro de notas de su tío, nos prestaría un servicio excepcional. Yo me he limitado a traer, más o menos por los pelos, a unos cuantos personajes de su corte fantástica y si el lector encuentra incongruente el título de mi relato con su contenido le explicaré que lo he titulado así porque el doctor Senda se complacía extraordinariamente cuando me oía aludir a sus pacientes de esta manera: «¿Qué hay de los alegres bebedores de agua, doctor?», solía yo preguntarle de vez en vez, cuando los alegres bebedores llevaban algunos días sin aparecer, y el doctor se echaba a reír y repetía: «¡Los alegres bebedores de agua, qué ocurrencia!»



EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

ANTE LA ILUSION Y LA ANGUSTIA

Por Marc ORAISON



LA psicología moderna y la fe cristiana tras un primer choque originado principalmente por circunstancias extrínsecas han revisado sus posiciones para marchar, si no por el mismo camino, por lo menos por una vía de colaboración y ayuda, manteniéndose siempre en sus planos propios y distintos. Algunas de estas concordancias entre las premisas del cristianismo y ciertos aspectos fundamentales de la psicología humana que el freudismo ha realizado particularmente en nuestros días, son estudiadas por Marc Oraison en el libro «Devant l'illusion et l'angoisse», que presentamos hoy a nuestros lectores. El autor, doctor en Medicina y Teología, se extiende en una serie de consideraciones sobre todos estos temas, reflexionando tras una consideración teórica sobre lo que con frase de Hesnard llama la «enfermedad de la coexistencia», algunos aspectos concretos, como son la sexualidad y el infantilismo y la religión.

ORAISON (Marc): «Devant l'illusion et l'angoisse». Librairie Arthème Fayard. París, 1958. 188 págs. 500 fr.

UNA curiosa novela de Vercors, «Les animaux Denaturés», tiene como tema el descubrimiento por unos paleontólogos ingleses de una raza viva intermedia entre los primates conocidos y el hombre-ficción tan inverosímil como original y fecunda para la reflexión... Después de diversas circunstancias se constituye un tribunal para tomar una decisión sobre si se puede incluir a estos seres dentro de la comunidad humana o si, por el contrario, hay que considerarlos como bestias. Entonces se dan cuenta que no se dispone de ninguna definición legal de la persona humana, laguna increíble, pero que no se había pensado nunca colmar.

LA PERSONA HUMANA

Se lleva entonces la cuestión al Parlamento y éste designa una comisión encargada de elaborar la definición necesaria. Las más diversas filosofías se enfrentan en busca de «alguna cosa particular del hombre». Finalmente se descubre su situación trascendente, capaz de interrogarse, incluso ansiosamente, y esto se define como el «espíritu religioso». Luego se promulga una ley:

Art. 1.º El hombre se distingue del animal por su espíritu religioso.

Art. 2.º Los principales signos del espíritu religioso son, en orden decreciente, la fe en Dios, la Ciencia, el Arte y todas sus manifestaciones...

Hay en esta historia una cautivante formulación de lo que es específico de la naturaleza humana y que es tan difícil de expresar en otros términos que los de la definición metafísica clásica.

sica. El animal está incluido en los ritmos de la propia naturaleza, se puede casi decir que es uno de esos ritmos y nada más. El hombre, por el contrario, está extrañamente desdoblado: constituyendo parte de estos ritmos, pues lleva consigo materia inerte, vida vegetativa y vida sensible, se distingue al mismo tiempo por ese margen de interminación que corresponde al fallo del instinto, a la facultad de interrogarse y de captar las relaciones, lo que comúnmente se llama conciencia.

Ahora bien, la constitución del diálogo no se produce en él de una vez en el plano de esta conciencia. El paso a la manifestación específicamente humana plenamente desarrollada es progresivo y relativamente lento, pues exige algunos años. Mientras llega este momento, el pequeño hombre no se reconoce, en cierto modo, más que por su debilidad. Está en una cámara oscura, donde nadie le guía. Se mueve por la necesidad de vivir, pero el instinto no le lleva a hacer exactamente lo que es necesario para estar. Es preciso que realice una larga y difícil prospección que le permita situarse, reconocerse y entrar en relación y en conciencia.

La psicología clínica moderna muestra toda la importancia del hecho de esta evolución dinámica. Muestra sobre todo la intensidad y las repercusiones profundas de las primeras etapas del diálogo humano con el mundo. Y esto lleva a reflexiones capaces de conmover la confortable y cándida seguridad del racionalista que pretende comprender y regularlo todo.

Para un psicólogo moderno se puede decir en cierto sentido que el hombre perfecta y definitivamente normal no existe. Hay en todo ser humano, por normal que sea, zonas oscuras y primitivas de la vida de relación, que representan considerablemente los comienzos históricos de la personalidad o si quiere mejor, que proceden de ella.

LA BUSQUEDA DE LA COEXISTENCIA

El hombre lleva en su corazón los gérmenes virtuales de una enfermedad de la coexistencia, algo que está cargado de significación y rico de perspectivas para la reflexión. Esta calificación aclara singularmente el misterio de la condición humana, sin que por ello lo explique la psicología clínica que se limita a considerar esta enfermedad como pura psicopatía.

Según la óptica de estos psicólogos, la humanidad se podría comparar—alegoría muy imperfecta—a una orquesta que no llega a ponerse de acuerdo. La mayor parte de los músicos quieren coexistir en el tono y en el ritmo, pero algo inexplicables les impide conseguirlo completamente. Ahora bien, ¿de dónde viene esta imposibilidad de conseguir una coexistencia perfecta y clara y esta virtualidad presente en el corazón del hombre de perturbaciones ligeras o graves enfermedades de coexistencia? Si la psicología moderna puede desentrañar de qué se trata esto, si nos ayuda a comprender mejor los procesos que allí se dan...

rollan, no puede, sin embargo, el explicarnos el porqué. Por el contrario, nos plantea brutalmente la cuestión fundamental del misterio humano, alumbrando algunas veces, de forma intolerable, la realidad de una disociación que no explica.

Creo, desde luego, que semejante concepción de la psicología y de la psicopatología puede contribuir a disipar ciertos equívocos. Es frecuente todavía oír decir que la psicología de inspiración freudiana suprime la noción de libertad y que a los ojos de un psicoanalista no hay ya «pecado». Esto es comprender muy mal tanto a la psicología moderna como a la noción del pecado.

Si el psicópata toxicómano, por ejemplo, no puede impedirse de buscar refugio con su tóxico en un mundo egocéntrico del que se le escapa la coexistencia, esto no quiere decir que el hombre «normal corriente» se vea igualmente arrastrado.

Si se cojen estos dos «registros» de la vida racional y la frase de Hesnard, se puede decir que la psicopatía es una enfermedad de la coexistencia y el pecado una negación a esta misma coexistencia. Pero en este plano, la psicología clínica permanece muda. Se puede hacer la psicología racional del pecado, como lo hizo Santo Tomás, pero no la descripción clínica de un proceso psíquico, pues todo esto se sitúa precisamente por encima de este mismo proceso. Desde un punto de vista descriptivo, el «pecado» es un misterio inexplicable y gratuito. Se comprende muy bien, en teoría y en abstracción, que el pecado personal es una ección, una preferencia del mal, pero no se puede saber ni comprender por qué determinismos singulares un hombre concreto y determinado ha llegado a esto, aunque sí se puede muy bien analizar los procesos afectivos y reacciones que hacen a un toxicómano que no pueda el evitar beber. Se trata de dos comportamientos diferentes; el fallo de la relación no se sitúa, en el origen, en el mismo nivel de la personalidad. En este desdoblamiento encontramos la clásica distinción tomista entre los actos del hombre y los «actos humanos», propiamente dichos.

Ciertamente, la psicología moderna intenta aclarar la complejidad del alma humana. A esta luz, parece que es necesario invertir hasta cierto punto la manera de ver del racionalismo cartesiano que ha estirado y deformado algunas veces las intuiciones teológicas tradicionales y al mismo tiempo comprobar que el campo de los «actos del hombre» (en relación con las pequeñas psicopatologías corrientes) es quizá mucho más vasto de lo que se creía *a priori*, aunque los actos humanos propiamente dichos son quizá mucho más restringido en la práctica concreta...

Lejos de negar esta libertad en el umbral de la cual cesa su investigación, la psicología clínica moderna, de inspiración freudiana, por el contrario, singular relieve. El propio fin del psicoanálisis es de desembarazarle de las cadenas subyacentes que la entorpecen y la inmovilizan en la «enfermedad de la coexistencia».

Desde el ángulo de la reflexión metafísica y religiosa la inmensa aportación de la psicología moderna consiste en ponernos frente al real dramático y concreto. Lo que hace la personalidad, es el nivel de desarrollo de la vida racional, o utilizando nuevamente la expresión de Hesnard, la posibilidad de coexistencia con el mundo humano y, a través de él, con el mundo extrahumano. No hay nada fuera de esta relación y el universo entero no es más que un sistema de relaciones, indefinidamente complejas y solidarias. Sería muy útil comparar con más frecuencia al mundo con un concierto sinfónico, pero en el que no se olvide que se producen muchas notas falsas. La psicología clínica revela al hombre como incapaz de alcanzar la perfección de su desarrollo racional y cómo en la búsqueda siempre de una «coexistencia», la cual se le escapa y le hace difícil e incómoda la coexistencia consigo mismo... ¿Sería paradójico el decir que la psicología moderna llega a describir la condición humana como un drama de amor que no alcanza su fin?

VISION CRISTIANA DE LA COEXISTENCIA

Frente a todo esto, la visión cristiana del mundo y de su destino muestra también, según una perspectiva de un orden muy distinto y trascendente, la condición humana como un drama de la coexistencia, como un fracaso y una restaura-

ción del diálogo de amor con Dios. La aproximación de estas dos perspectivas, tan radicalmente diferentes, es verdaderamente conmovedora.

Los hombres están constituidos desde siempre en la coexistencia, en el sentido más completo, «en, con y para el Cristo», como lo dice la liturgia. Y ésta es una coexistencia que sitúa más allá de la muerte y de la vida temporal. No es el tiempo quien la ha restaurado, es la Vida total. El Reino no es de este mundo, en el que no se puede tender a la coexistencia sin llegar jamás a la total plenitud. La Humanidad, en tanto que comunidad de personas y por ello de plenitud de relaciones, está inmersa en la perfección de la Coexistencia divina; es el mundo de la Resurrección, el Cuerpo Místico, el Reino de los Cielos. La muerte remata lo transitorio y el comienzo de lo consumado. Y en esta realidad de consumación está enraizada en el tiempo la Iglesia visible. En la vida temporal se hace literal y realmente el aprendizaje de la coexistencia perfecta y el despojamiento de lo que no es, en la unión con el Cristo por la fe y los sacramentos. Así, pues, no se trata de vagos y primitivos ritos mágicos, de reflejos psicológicos en defensa de angustias oscuras y seculares; no se trata ya de puras descripciones legalistas, que no son en suma si no un grado más elaborado de estos ritos mágicos... Se trata de traducir, en un comportamiento diario, la respuesta personal que se da al que nos ama, de vivir todos los días las exigencias de esta respuesta y de este amor. Es por lo que el Cristo nos ha dicho que el amor de Dios y el amor del prójimo no son más que uno y que esto domina todo.

Si la psicología moderna muestra al hombre como un insatisfecho o un enfermo de la coexistencia, la Revelación cristiana, que alumbrada con una luz muy distinta esta confirmación concreta, es esencialmente el restablecimiento trascendente, por el amor infinito de algo que es la misma *Coexistencia*, del diálogo y de la relación interrumpida. Coexistente en la vida misma de Dios... tal aparece nuestro destino a esta luz. Y he aquí que para coronar en cierto modo las confidencias sobre el mismo su propio Misterio, Dios se revela como tres en uno. Y ahí está precisamente la clave de la Revelación. Es trinidad de personas en unidad de naturaleza. Tres que son tres y uno que es uno. Ante tal intensidad absoluta de coexistencia, el lenguaje humano se trabuca y vacila.

LA «IMAGEN PATERNAL» Y EL SENTIMIENTO RELIGIOSO

Desde el punto de vista de la importancia de la «imagen paternal» en la elaboración del sentimiento religioso, es interesante enfrentar la concepción freudiana de la civilización y las premisas de la revelación cristiana.

A grandes rasgos, para Freud, la civilización tuvo sus orígenes en las relaciones que pusieron frente a frente al «Padre de la Horda» primitiva y a sus hijos. La revuelta de los hijos contra la autoridad todopoderosa y tiránica del Padre, despertada en ellos la angustia de la muerte. La angustia de la muerte—o del «castigo mágico»—paraliza su necesidad de vivir. De esta tensión fundamental y dialéctica entre la «expansión vital» y la angustia de la muerte, nacieron la idea de la Ley y el sentimiento de culpabilidad.

Los fundamentos históricos y psicológicos sobre los que se estableció esta hipótesis, son lo suficientemente sólidos como para que no pueda identificarse a una pura divagación poética...

Ahora bien, si esto se ve a la luz de las premisas de la Revelación cristiana, todo adquiere otra dimensión. El «Génesis» nos enseña que la angustia, el sentimiento de culpabilidad, el sentimiento vertiginoso de una espantosa fragilidad («se dieron cuenta que estaban desnudos») ha nacido de la caída, es decir, de una ruptura del diálogo con Jehová (del cual sabemos, consecuentemente, que es «Amor Trinitario Transcendente y no una proyección inconsciente de tipo mitológico»). La Humanidad estaba sumida en la noche de su angustia y por su propia falta y pierde su «Referencia suprema». Tardará milenios en salir difícilmente de esta noche de angustia, tras un trabajo paciente e infinitamente progresivo del propio Dios. Entre el principio inexplorable y la partida definitiva de Abraham, ¿qué ha ocurrido?... De todo ello no sa-

bemos apenas, y nuestro conocimiento se reduce a hechos muy recientes, según parece. Y todos estos indicios aparecen confusos en los viejos mitos.

Ahora bien, precisamente este «Padre de la Horda» freudiano, ¿no era, en definitiva, más que una degradación en el pensamiento humano primitivo, de este Dios Todopoderoso perdido, y del cual se conserva una profunda y ciega nostalgia? Si la Humanidad, en su historia psicológica, trata obstinadamente de resolver su neurosis en la proyección de un «Dios Padre» en la imagen del Jefe de la Horda. ¿Por qué este movimiento apasionado de vacilaciones no correspondería a un movimiento inverso inaugural, en el que ella habría perdido el contacto efecto, con el auténtico mundo divino?

Hasta el momento en el que el verdadero Padre que está en los cielos—y no en las imágenes torpes de un «inconsciente nostálgico»—se pone a hablar. ¿Qué tiene de sorprendente que los hombres le hayan caricaturizado dolorosamente en este «Padre de la Horda», del cual tenían ellos una imprescindible necesidad? Pero aquí, una vez más la psicología calla: la cuestión no es de su competencia.

Lo que caracteriza precisamente la Revelación cristiana es que desde el día que el verdadero Dios, el Dios viviente, se puso a hablar, El va a enseñar poco a poco a su pueblo, después a la Humanidad completa, a distinguirle de las groseras caricaturas que la angustia ancestral del «Padre de la Horda» ha hecho nacer en el curso de los siglos. Tomando como punto de inserción los esbozos pre-religiosos que la Humanidad balbucea según sus propias experiencias (relación hijo-Padre), el espíritu las remata y las lleva a un grado de significación trascendente, totalmente claras y desprende el conocimiento de Dios de todo relativismo y de toda regresión psíquica arcaica. Para reconocerse «hijo de Dios», según la verdad cristiana, para tratar de esta relación con El, es necesario desembarazarse continuamente de todo infantilismo.

FREUD Y SU AMBIENTE

En las condiciones efectivas y concretas en las que Freud comenzó sus trabajos, era inevitable que se produjese un choque violento entre él y el mundo tradicional burgués del fin de siglo último, encerrado, con la mejor fe en una red racionalista que se creía cristiana. Las rigideces y los desbordamientos de expresión no podían por menos que producirse, y así ocurrió.

La historia del Cristianismo ha comenzado en cierta manera con Abraham, si se cree a San Pablo. Es decir, ha sido entonces cuando se ha establecido un diálogo entre Dios y la Humanidad, presentado por los profetas bajo la alegoría del amor conyugal, diálogo dramático y victorioso que lleva a la Cruz y a Pentecostés. Sobre la riqueza inexpressable de este acontecimiento vivido, los termitas de la inteligencia tenían mucho que pensar... ¡Y no han dejado de hacerlo!

Mientras que la Iglesia buscaba del mejor modo al expresar la enormidad de este misterio, los «intelectuales» no han cesado de intentar desentrañar las abstracciones, omitiendo el volver a verlas constantemente a la luz de la «Santa Palabra» o de captar el carácter esencialmente relativo. Los unos han esbozado la idea del «Dios en sí», desde luego inatacable en cuanto a la «doctrina», pero sin el menor interés vital. Después, cuando el juego ha perdido su atractivo por su misma esterilidad, han venido otros que han elaborado el conocimiento racional del «Hombre en sí». A pesar de las fórmulas vacías de su significación plena, se ha llegado lentamente a olvidar que la religión no era la contemplación intelectual de abstracciones bien construidas sino un diálogo dramático entre personas vivientes.

Se ha venido en cierto modo a utilizar la idea abstracta de Dios, disfrazada bajo un vocabulario aparentemente cristiano al servicio de la idea del hombre abstractamente perfecto. Se ha llegado a hablar de «debilidad», de «salvación», de «misterio», pero en el fondo se trataba de un orgulloso edificio, el de este racionalismo, que ha cesado rápidamente de interesar a los buscadores de la verdad, sobre todo después de que las multitudes han sido aplastadas por las desgracias de los tiempos o por las injusticias de una civilización inhumana. Toda una literatura consagrada da fe de esta coagulación idealista.

Hubo un tiempo no muy distante, en el que por nada del mundo se habría osado decir determina-

das cosas, que eran necesario no ver o callarse cuidadosamente para no correr el peligro de mancharse o de poner en duda esta satisfactoria abstracción del hombre cristiano en sí, más barnizada de moralismo que iluminada por la fe. Un tiempo en el que el impúdico psicopatológico, brutal en Sartre, elegante y sin consistencia en Françoise Sagan, no habría podido aparecer, ni aun en los editores más anticonformistas o en los más anticlericales.

Es en este clima, que a grandes rasgos caracteriza el final del siglo pasado, es en el que Freud comienza sus reflexiones y sus trabajos.

Muchas son las ilusiones que se han derrumbado durante las dos guerras. Los cristianos han tenido que despojar a su fe de lo que deformaba sus perspectivas. La Iglesia ha tenido que guiar y alumbrar esta renovación, no sin dificultades, algunas veces costándole precios dolorosísimos. En este derrumbamiento de trozos enteros de un mundo artificial, la Psicología moderna, fundada sobre los descubrimientos de Freud, aparecía, finalmente, como uno de los elementos de verdad más eficaces, aunque quizá como el más cruel. Despojada a su vez de lo que no es más que extrapolación filosófica o imaginativa, obliga a ver el hombre tal y como es, en su incompletez, en su contradicción interna de grandeza y de miseria, le obliga al examen correspondiente. Todo lo que los exclaustrados racionalistas desde los siglos paganos o ingeniosos han acumulado sobre la tradición viva se hace intolerable. El freudismo acusa las caricaturas fraudulentas que el espíritu del mal, en medio mismo de los cristianos, trata de hacer pasar por la Iglesia de Cristo y su pensamiento.

Los conflictos comienzan a apaciguarse. De una parte y de otra tratan de comprenderse. Teólogos y psicólogos hacen dialogar a sus discípulos. Y no deja de sosprender el comprobar que en sus coloquios, los psicólogos freudianos, los teólogos tomistas y los filósofos existencialistas del estilo de Gabriel Marcel no encuentran ninguna dificultad en descubrir un lenguaje común y perspectivas convergentes.

Existe ciertamente el anuncio de un gran trabajo, de una renovación profunda, de una gran esperanza. Quizá vivamos una época muy parecida a la fermentación de investigaciones y reflexiones que en la Edad Media preparó el momento milagroso del siglo XIII en el que Santo Tomás de Aquino iluminó el pensamiento humano y religioso con un poder de síntesis y de vida desgraciadamente tan breve como su existencia histórica.

Bajo la influencia, sin duda, de las reverberaciones de la filosofía pagana, la mentalidad cristiana general se contaminó indiscutiblemente de un eudemonismo racional que introdujo una ilusión grave. Implícitamente, y por una parte, en la expresión misma de la enseñanza moral, se diría que se mezcla a esta idea: el esfuerzo moral es capaz de asegurarnos la perfección. Idea que está directamente en oposición con toda la argumentación religiosa de San Pablo en sus «Epístolas a los Gálatas» y sobre todo en lo que dice en los capítulos VII y VIII de la «Epístola a los Romanos».

El choque brutal de la psicología freudiana no puede ayudar a disipar esta ilusión y volvernos a hacer tomar conciencia de que la moral cristiana es una moral de drama. Drama de caída y de rescate. Y lo que constituye el drama precisamente es que vemos muy bien que las exigencias morales son posibles, que deseamos y lleguemos realmente, como dice San Pablo, a realizarlas, es decir a cumplirlas plenamente.

Lo que muchos parecen olvidar y lo que el freudismo nos permite ver consecuentemente, es el volver a aclarar, lo que en perspectiva cristiana es la mística (referencia existencial a un misterio), que arrastra a la moral y no que la moral se erija en mística.

Frente a las afirmaciones de la psicología moderna, de la angustia, que se revela en el corazón del hombre, de un amor que no encuentra compensación, los cristianos no pueden traicionar a El que ellos pretenden reconocer. No pueden olvidar que son los testigos de Alguien que es la coexistencia real y la reconciliación todo poderosa del Amor. De Alguien que ha dicho: «No he venido a juzgar al mundo, sino a salvarlo.» El es el único que da la respuesta viviente a la insoluble inquietud humana. Y sería una espantosa traición renovada si se olvidase la fulgurante afirmación de San Pablo: «La letra, mata; el Espíritu, vivifica.»

"U.S.A., EL PARAISO DEL PROLETARIADO"

AMERICA Y LOS AMERICANOS, VISTOS POR RODRIGO ROYO

EL TELEFONO Y LA SECRETARIA, DOS ARMAS PARA EL EXITO

A través de la puerta de cristales esmerilados se filtra el tecleo de varias máquinas de escribir, que se mezcla al rumor confuso que llega desde la calle, cinco pisos más abajo, hasta las ventanas abiertas.

De espaldas a una de ellas tiene su mesa Rodrigo Royo. Mientras habla por teléfono se puede intentar, sin éxito, contar todas las antenas de televisión que se divisan plantadas en los tejados próximos. El ruido de dentro y de fuera, las antenas y los muebles funcionales de esta habitación podrían hacer creer que se está en Nueva York, pero basta el cielo de Argüelles para convencernos de que no es verdad.

Sobre la mesa está un ejemplar de "U. S. A. El Paraíso del Proletariado". Sus cubiertas verdes son una reproducción a gran tamaño de un billete de dólar. En "U. S. A. El Paraíso del Proletariado" el dólar es uno de los personajes más importantes.

Desde este despacho, pequeño y alegre, sin nada que le falte o que le sobre, Rodrigo Royo dirige la revista "S. P.". Desde aquí regaña o felicita, examina algunas pruebas de imprenta o varias fotografías, escoge un dibujo o corrige un original cuidadosamente, pero con prisas. Cuando Rodrigo Royo se sienta ante la máquina, pulsa primero un botón de su mesa. Afuera, en la puerta del despacho, se enciende una luz roja que detiene a todos. La habitación queda aislada de los visitantes y de las llamadas telefónicas, porque el director necesita unas horas o unos minutos para escribir.

A Rodrigo Royo le falta el tiempo. Lo administra con inteligencia, pero nunca hay bastantes horas al día para este hombre inquieto. En su jornada no existen pausas inútiles. En el despacho, cuando sale a la calle para hacer una visita o cuando toma una copa en la barra de un bar de Argüelles, está siempre trabajando, madurando una nueva idea o intentando poner en práctica otra ya madurada.

Y, a pesar de esas prisas, ahí está sobre su mesa su último libro, más de trescientas cincuenta páginas, que han sido escritas con mucha calma y meditación aún con mayor cuidado.

—Cuando abandoné los Estados Unidos, en abril de 1956, el libro estaba prácticamente terminado y listo para la linotipia.



Rodrigo Royo, en el corazón de Nueva York

Pero una vez en España, y poco después en París, adonde había sido trasladado, me asaltó la duda de que la falta de perspectiva, lo mismo en el tiempo que en el espacio, pudiese representar un vicio o deformación de mis puntos de vista.

VIVIR Y PENSAR

Si fuera posible, que no lo es, deslindar las dos actividades, cabría decir que la primera parte de "U. S. A. El Paraíso del Proletariado" está escrito por Rodrigo Royo periodista, y la segunda, por Rodrigo Royo, escritor.

La primera parte de su libro la ha dedicado al "American way of living", y la segunda, al "American way of thinking". Rodrigo Royo explica cómo viven y cómo piensan los americanos.

—Los Estados Unidos—dice—no son lo que la gente cree. En España como en otros países de Europa se han creado falsas imágenes sobre la realidad de Norteamérica.

—¿Cómo nació "U. S. A. El Paraíso del Proletariado"?

—En el otoño de 1955 publiqué en el diario "Arriba", de Madrid, una serie de cuarenta reportajes ilustrados bajo el título de "El imperio del dólar", en los que, por primera vez desde 1946, en que llegué a los Estados Unidos, me atreví a meterme con el tema de la vida y el carácter del hombre norteamericano. Conforme avanzaba en el desarrollo de los reportajes me iba dando cuenta de que allí tenía materia para un libro importante. La idea se me confirmó más y más al notar, por un lado, el interés que despertaban los reportajes en los lectores del periódico y, por otra parte, la ignorancia o confusión que existía en España respecto a la verdadera realidad de los Estados Unidos, cosas éstas que se me hacían cada día más evidentes a través de mis permanentes conversaciones con políticos, intelectuales y hombres de negocios españoles que visitaban Norteamérica y de mis viajes relativamente frecuentes a España, donde podía contrastar una experiencia mía de muchos años con las ideas, generalmente erróneas, tanto del hombre de la calle como de las personalidades de todo género.

Y así nació "U. S. A. Paraíso del Proletariado", en cuya primera parte Rodrigo Royo se convierte en el más eficaz cicerone; "Se puede entrar en Nueva York por los cuatro puntos cardinales. Si llega usted en avión, entrará por el Este, porque los dos principales aeródromos, La Guardia e Idlewild, quedan a ese lado de la ciudad; si viene en barco, atracará por el Oeste, en cualquiera de los muelles del costado occidental de Manhattan, que se alinean en la ribera oriental del brazo derecho del Hudson, el cual separa a la gran urbe de la costa verde y acantilada de Nueva Jersey, y si utiliza el automóvil, puede penetrar en el corazón de Nueva York, que es el barrio isleño de Manhattan, por cualquiera de sus dieciocho puentes o de sus cuatro túneles que atraviesan el río por encima o por debajo del agua, sólo para co-

ches. Los trenes y los "Metros" entran también en Manhattan por túneles subacuáticos, y son tantos que no me he preocupado de investigar su número exacto.

Toda la primera parte del libro, "American way of living", gira en torno de Nueva York. Aunque el autor abandone la ciudad para referirse a otros lugares, siempre vuelve a ella para tomarla como eje central de su libro. El mismo Rodrigo Royo se encarga de explicar por qué.

—Cuando uno llega a Nueva York, lo primero que le dice la gente es que "esto no es Estados Unidos". "Nueva York es una cosa—dice—y los Estados Unidos otra muy distinta." Cierto. Al principio uno no sabe lo que son los Estados Unidos y puede dejarse guiar de la gente y convenir en que no están allí o aferrarse a la idea de que Nueva York es la quintaesencia o el arquetipo de Estados Unidos y que los ha descubierto al primer golpe de vista. Al cabo de los años se llega quizá a la conclusión de que ninguna de las dos tesis es valedera. Nueva York es en muchos aspectos lo contrario de Norteamérica y es al mismo tiempo desde otros ángulos la síntesis y glorificación de lo norteamericano.

—¿Qué es entonces realmente Nueva York?

—Yo creo que es, en cierto modo como la caricatura de Estados Unidos, un dibujo en el cual los rasgos más acusados del original, lo mismo los defectos que las virtudes, están exagerados.

DOS ARMAS SECRETAS

Página a página de "U. S. A. Paraíso del Proletariado" van apareciendo distintos aspectos de la ciudad: el Nueva York de día, con su tráfico obsesionante, con los "commuters", las gentes que viven fuera de la ciudad y trabajan en ella con la agitación inverosímil de sus calles y los mil ruidos del trabajo y el Nueva York de noche repleto de luces y de programas para todos los gustos y para todos los bolsillos. Se puede escoger el plan más barato, cena en una cafetería o en un bar automático y sesión de una película en un "drive-in", el cine para coches, pero también hay programas caros que tras la asistencia a un teatro de Broadway concluyen con una cena en la parrilla del Plaza, en el café del hotel Pierre, en el "Empire Room" del hotel Waldorf o en "Versailles".

En cualquiera de esos ambientes están las gentes de Nueva York hombres y mujeres a los que el autor dedica dos capítulos de su obra.

En "U. S. A. El Paraíso del Proletariado" hay un entusiasta elogio de las dos grandes armas secretas de los Estados Unidos: el teléfono y la secretaría. No existe el sistema de antesalas que se practica en tantos países europeos, nadie necesita esperar a que nadie le reciba. Es admitido o se le rechaza, pero si se le ha citado a una hora será recibido con toda puntualidad a esa hora. La precisión y también la esclavitud del teléfono son admirados por Rodrigo Royo. Desde cualquier lugar de Estados Uni-

dos se puede hablar con la persona que se desee; aunque no esté en su casa, la telefonista le buscará incansablemente y al fin acabará por encontrarle.

DIEZ AÑOS EN NORTE AMERICA

En las primeras páginas de su "U. S. A. El Paraíso del Proletariado", Rodrigo Royo, a modo de certificación de la experiencia necesaria, hace un breve resumen de su vida en Norteamérica.

"Yo había vivido — dice — en Estados Unidos diez años justos, desde 1946 a 1956, exceptuando los pequeños intervalos de mis viajes, siempre breves, a España, América del Sur o el Oriente Medio. Residí largamente en Washington, Nueva York y Nueva Inglaterra (Connecticut y Massachusetts); recorri varias veces el país en redondo y también de Este a Oeste y de Norte a Sur; fui alumno en Columbia University, profesor en Taconic School, ascensorista en la International House de Nueva York, profesor de Literatura española en Skidmore College (Saratoga Spring, N. Y.), camarero, empleado, vendedor de la "Enciclopedia Collier's", agricultor, novelista ("The Sund and the Snow", editada por Henry Regnery, de Chicago). Fui repartidor de la guía telefónica de Nueva York y actor "maldito" en el doblaje de películas; hice traducciones muy diversas y monté un negocio propio de fabricación de toallas para automóviles. Durante los últimos cinco años de mi estancia en Estados Unidos actué de una manera regular como corresponsal de Prensa, un año en Washington y los otros cuatro en Nueva York y la O. N. U. No siendo un gran devorador de literatura, calculo que he leído en esa década alrededor de un libro a la semana, o sea, un total de unos 500 libros sobre los Estados Unidos durante los diez años."

"U. S. A. El Paraíso del Proletariado" es el tercer libro de Rodrigo Royo, que cuenta, además, en su haber miles de crónicas, reportajes y entrevistas. Antes que el actual y que "El Sol y la Nieve" apareció en 1944 "Guerra", una novela escrita cuando Rodrigo Royo tenía solamente veintidós años.

Dos años antes, Rodrigo Royo que acaba de llegar de Rusia, donde ha luchado en las filas de la División Azul, ingresa en la Escuela Oficial de Periodismo.

Si en un mapamundi se señalaran todos los sitios por donde Rodrigo Royo ha pasado como periodista, soldado, o simple viajero, serían muy pocas las grandes ciudades o los lugares interesantes que quedarán sin marcar. Además de su larga estancia en los Estados Unidos, Rodrigo Royo ha ejercido la corresponsalía de Prensa en Bogotá, París, La Habana, Roma, El Cairo, Beirut, Damasco, Amman; desde cada una de esas ciudades ha realizado otros viajes y giras.

EN LAS NACIONES UNIDAS

—¿Cuál fue el periodo más agradable durante su estancia en los Estados Unidos?

—El tiempo que ejercí la corresponsalia en las Naciones Unidas.

Rodrigo Royo habla con cierta nostalgia de esa época.

—Para un periodista era sencillamente maravilloso. Por la mañana me dedicaba en mi oficina a la lectura de los periódicos más importantes de todo el mundo que me llegaban con puntualidad. Después recorría los pasillos y las salas del gran edificio, haciendo entrevistas, recogiendo rumores y, por fin, a última hora, enviaba mi crónica diaria a Madrid. Las primeras horas de la tarde me refugiaba en la gran biblioteca de las Naciones Unidas. Todo lo que me interesaba sobre Política, Sociología, Historia o Economía está allí. Aquella biblioteca constituye el mejor arsenal informativo. El resto de la tarde lo empleaba en la vida social y diplomática, muy intensa en los medios de la O. N. U.

Rodrigo Royo tiene ante sí unas fotografías en las que aparece junto a Molotov cuando el dirigente soviético desempeñaba el cargo de ministro de Asuntos Exteriores de la U. R. S. S.

—La entrevista con Molotov me fue facilitada por el jefe de la Agencia Tass en las Naciones Unidas, Tchernichovsky, que actuó de intérprete. Molotov domina el inglés a la perfección. Yo le he visto escuchar muchos discursos sin ponerse los auriculares de traducción simultánea. Sin embargo, prefería valerse siempre de un intérprete quizá para no tener que utilizar el inglés o quizá para disponer de más tiempo para las respuestas.

El autor de "U. S. A., El Paraíso del Proletariado", ha entrevistado a miles de personajes militares, políticos, economistas, hombres de ciencia. Gente que hoy todavía están en candelería y hombres que han desaparecido a veces violentamente de la escena mundial.

—¿Cuál ha sido el hombre de Estado que le ha parecido más interesante a través del diálogo de una entrevista?

—Franco. Rodrigo Royo ha respondido con rapidez, completamente seguro de la respuesta.

"EL SOL Y LA NIEVE"

En 1956, Rodrigo Royo incluye en Nueva York su segunda novela. Quizá por vez primera en la historia de la literatura castellana, la obra aparece primero en su traducción inglesa. Los últimos capítulos son entregados al traductor apenas concluidos, porque el editor, Henry Regnery, tiene prisa en que se publique.

Y, por fin, un buen día de 1956, "The Sun and the Snow" ("El sol y la nieve") está en las librerías. Hay expectación. "The Sun and the Snow" es la primera novela que se publica en los Estados Unidos sobre la gesta de los divisionarios españoles en Rusia.

En el libro de Rodrigo Royo hay una autenticidad que es impresionante, se dijo entonces en la sección literaria del "The New York Times". Aquellas líneas es-



Rodrigo Royo, estudiante en Nueva York

que no se ha distinguido precisamente por su simpatía por España, el famoso Herbert Matthews. "Es una novela excelente", dirán otros; "Las descripciones tienen la fuerza de Goya". Y así en una cadena ininterrumpida periódicos de Colorado Springs, el "Christian Century", el "Brooklyn Tablet", y tantas otras publicaciones comentarán la novela. No faltará incluso quien llevado de su entusiasmo por la novela, lamente que haya sido mal traducida.

—Eso no era cierto—dice Rodrigo Royo—. Conocía mucho al traductor y sé que era un hombre que hacía muy bien su tarea.

LA CONCENTRACION DEL PODER

La primera parte de su libro es como un gigantesco prólogo de la segunda, el "American way of thinking". El lector sabe ya cómo se vive en Estados Unidos. Ha examinado los aspectos favorables y los desfavorables de ese género de vida y ahora Rodrigo Royo le explica por qué es así.

"American way of thinking". La segunda parte del libro es un completo estudio de las grandes instituciones políticas norteamericanas. Los diversos poderes, las enmiendas a la Constitución y las diversas fases del Estado americano desde su estado de aristocracia al democrático actual, pasando por el largo período de capitalismo liberal, son analizados cuidadosamente.

—Cuando yo llegué a los Estados Unidos—dice Rodrigo Royo—juzgaba que tras todo el aparato democrático de sus instituciones estaba la realidad de una minoría auténticamente di-

cerme de que la representación de la gran masa absolutamente homogeneizada por esas instituciones era absolutamente eficaz. No existían tales minorías que han ido desapareciendo paulatinamente.

—Los Estados Unidos son uno de los países donde ya se ha consumado el proceso fatal de la rebelión de las masas, fenómeno que implica la concentración o llámesele si se quiere dispersión—de todo el poder político en manos de esas masas y la transformación del capital como propiedad privada en patrimonio público. En el resto del mundo el proceso está en pleno desarrollo, encontrándose en estado más o menos avanzado en unos países que en otros. En Alemania y Francia, por ejemplo, está alcanzando sus últimas etapas; en Inglaterra no llega aún a tanto; en España e Italia todavía se encuentra en sus comienzos. Por eso, el estudio del fenómeno en un cuerpo que ha soportado ya el ciclo completo puede resultar jugosamente provechoso y adiccionario para aquellos que se saben fatalmente sentenciados a pasar por el mismo trance. Los daños y perjuicios—así como los beneficios y ventajas—que le ha acarreado a Estados Unidos la conclusión del proceso de la rebelión de las masas pueden ser estudiados por los países que aún están a tiempo, con el fin de evitar si es posible, algunos de sus inconvenientes. En este sentido, Norteamérica ha sido como el conejo de Indias de Occidente.

UNA GUERRA SIN FRENTES

Informe oficial soviético sobre las «RESERVAS POTENCIALES» revolucionarias LA ESTRATEGIA GLOBAL DE LA PROPAGANDA COMUNISTA

ES posible que el hombre de buena fe no entienda lo que pasa. No comprenda cuanto ocurre en Ginebra. Ni descifre el enigma de la política soviética. Y sin embargo la cuestión no necesita de una exégesis complicada. Basta sencillamente con haber leído lo que piensan los dirigentes del comunismo mundial; los «dirigentes políticos», bien entendido, y los «militares». ¡Que ambos discurren exactamente de la misma manera en la U. R. S. S.!

Empecemos por hacer una breve interpretación de lo que en Rusia se entiende por dirección militar o política militar—aceptemos el nombre solamente de momento—para interpretar recatamente las cosas. El comunismo coincide con Heráclito en que «la guerra es la raíz del Universo». El «odio», la negación del amor a los demás; es la base de su acción, según proclaman sin recato sus apóstoles. Niega a Dios, que es a la vez unión y paz para la especie humana. Y desencadena, como norma de acción para su batalla, la «lucha de clases». ¡La guerra siempre! «Guerra caliente» o «guerra fría». Al distinguirse reduce a la postre «todo». Engels lo apuntó ya: «La emancipación del proletariado se reflejará en los métodos militares del futuro». ¡La guerra es la «idea fija» del marxismo! Otro paso aún. Para Lenin «la guerra es el centro mismo de la política». ¿Quién habla de paz? ¡Para el marxismo la guerra, al revés, debe ser constante, activa siempre. Y he aquí lo que de esta filosofía belicosa en extremo, sangrienta siempre, concluyen los militares. «La política es la continuación de la guerra por distintos medios.» Exactamente la conclusión inversa de la conocida frase que sintetiza la doctrina clásica de Clausewitz. ¡Guerra, pues, sin cesar! ¡Guerra siempre!

Tal es el norte, la «idea fuerza» de la actividad política del comunismo. Observemos que en el comunismo sus dirigentes, tanto Lenin como Stalin luego y ahora Krustchev, como Mao Tse Tung mismo, son «civiles militarizados». Gentes profanas que se han especializado en temas militares. ¡Que han leído y aun acotado a Clausewitz! Sacado conclusiones y modernizado a su manera sus doctrinas! Y, en fin, «paisanos que se han convertido en mariscales», y no sólo de nombre, sino de acción. Hombres tan militarizados que el chino antes citado, por ejemplo, pide antes que nada, para sus seguidores que se impregnen de sabia castrense. ¡¡Que estudien táctica, historia de las guerras y aprendan estrategia!!...

Pero, se objetará: la verdad es que, aunque Rusia amenaza, lo cierto es que no parece decidida a provocar una guerra. Que aunque grita y vocifera, cuando ve resistencia transige y cede al fin. Y que los técnicos militares más acreditados afirman a una, sin dudar, que Moscú no desencadenará ahora una guerra, porque teme, y no sin razón, la represalia atómica. El Kremlin, contra lo que se cree, no gusta, en efecto, de aventuras. Y mucho menos siente inclinaciones al suicidio. ¿Entonces...?

LA GUERRA LO ES «TODO»

Ninguna contradicción hay entre esta verdad y nuestras afirmaciones, exactamente ciertas del mismo modo. Lo que pasa es que es menester explicarnos algo más. Lo que rogamos al lector amable acepte. Los comunistas tienen una nueva concepción de la guerra. Por así decirlo, la «guerra la extienden por todo». No es sólo para ellos unamera cuestión de generales y de divisiones, de frentes y de batallas.

¡Ni hablar! La «guerra» para el comunismo «es todo». ¡Todo absolutamente! No ya entienden la guerra dentro del marco «total», que inicia España en los días gloriosos de la Independencia contra Napoleón. ¡No! Su visión es más amplia, mucho más amplia. No es ya que combatan to-



En las reuniones internacionales de estudiantes e intelectuales es frecuente la infiltración de las consignas comunistas

te, la «estrategia militar»; pero también la «estrategia propagandística», la «estrategia de la agitación», la «estrategia social», la «estrategia política», la «estrategia económica»...

Según esto, hay varios frentes de ataque. Y sencillamente Rusia elige unos u otros, según le conviene. Por ejemplo, puede decir que en «estrategia militar» opta por la «defensiva», y en cambio desencadenar la «ofensiva» más violenta en la «estrategia de la agitación», de la propaganda, social, económica, etc. Justamente, lector, ¡aclaramos! lo que está haciendo. No se olvide que para el comunismo es un arma estratégica lo mismo el Ejército rojo que la agitación, la propaganda, el deporte, las reuniones de juveniles, los congresos culturales, las asambleas económicas, las exposiciones artísticas, la poesía o la novela, etc. Todo integra en una forma u otra; en más o en menos la «estrategia global».

AGRESIONES DE LA PROPAGANDA Y LA AGITACION

De momento, pues, Rusia, por las razones apuntadas—¡y vaya usted a saber si por alguna otra más desconocida!—no parece propicia a declarar la guerra o, por mejor decir, a agredir con las armas militares al mundo libre. Teme la réplica. Se sabe vulnerable en extremo. He aquí por lo que mientras sus divisiones velan las armas, en las inmediaciones del «telón de acero», en una «defensiva expectante militar», ha dado la «orden de atacar» a las otras estrategias: la «estrategia de la agitación», la «estrategia de la propaganda»...

No hace sino unos días que, en Londres, se reunía cierta asamblea de los países de la O. T. A. N. Se trataba de fijar un programa que desarrollara en los próximos veinte años de vigencia del Pacto Atlántico. Alguien ha hecho una observación aguda. La previsión de asegurarse contra estas agresiones; la de la propaganda y la de la agitación. ¡Previsión muy lógica! Pero Grullo no tiene, desgraciadamente, puesto en los distintos escalones y Estados Mayores de la O. T. A. N. Y debería, sin duda, tenerle y preferente. Si lo tuviera, en abundamiento de la tesis de aquel congresista londinense, Pero Grullo diría: «Partimos de una afirmación concreta, que aceptan con unanimidad sorprendente todos los técnicos militares y políticos del mundo; la que niega, en el futuro, la existencia de frentes.» La guerra de mañana no tendrá frentes, se dice, y es verdad. Nada significan ya los frentes, en el concepto tradicional, de trincheras ni líneas «Maginot». Esto no significa nada ya para la aviación; para los cohetes, para los «satélites» siderales armados

dos, hombres, mujeres y niños. No es ya que todos sean soldados. No es sólo que se batan militares y paisanos, formando cuerpos regulares y cuerpos francos, ¡guerrillas! La «visión» de la guerra comunista es mucho más dilatada. ¡Es «glo-

actuar, en PAZ y en GUERRA, ellos, los comunistas, hablan siempre de la «estrategia global». «Estrategia global» quiere decir, más que estrategia extensa, que lo es, sobre todo, «estrategia intensa». En la «estrategia global» caben todas las fórmulas

ra las armas atómicas. Para la acción de las «quintas-columnas». Para la actividad propagandística. Para el espionaje enemigo, etcétera. ¿Está claro? Así, en efecto, es. No habrá frentes en la guerra futura, porque para ninguno de los beligerantes será un problema en modo alguno ir-resoluble lanzar, con aviones, a 5.000 u 8.000 kilómetros, por ejemplo, de sus bases propias una bomba atómica en el interior del país enemigo. Ni menos lanzar un «misil» a esa o superior distancia desde cualquier rampa más o menos improvisada. O desde el fondo del mar, desde el interior de un sumergible. Lo importante en la guerra de mañana, pues, no será el frente, inexistente, por otra parte; desde luego, incapaz de contener y de asegurar la tranquilidad en el interior del país. ¡Justamente al contrario lo que poco más o menos ha venido sucediendo hasta la fecha, con excepciones notables de la última gran guerra!

Lo importante, en fin, en la guerra de mañana no será, pues, tanto el frente ¡como «la retaguardia»! He aquí el punto clave de la defensa. El «quid» de la cuestión. Naturalmente, la «estrategia global» comunista lo ha señalado así. En lo que en sus teorías del arte de la guerra llama Stalin «factores de la eficacia permanente», la retaguardia juega de modo capital. Todo en la guerra, según Stalin, se reduce en principio a eso; «asegurar la estabilidad de la retaguardia». Y Mao Tse Tung, su gran discípulo, comenta: «nada cabe intentar hacer, si no estamos previamente seguros de la estabilidad de nuestra propia retaguardia».

¡Del enemigo el consejo! He aquí por lo que el asambleísta de Londres tiene razón sobrada para objetar el grave yerro occidental. Todo el esfuerzo de la O. T. A. N. se traduce en fortalecer al frente—cierto que convendría que las actuales veinte Divisiones se convirtieran, tras del Elba, en treinta—, pero esto, aun siendo importante, es un detalle en la cuestión. Salvo allí, en el frente, salvo en lo que se refiere a la «estrategia militar», ¿que hace la O. T. A. N.? ¿Cómo asegura la «estabilidad de su propia retaguardia»? ¿Cómo garantiza que esta estabilidad puede proporcionar mañana «libertad de movimiento»? He aquí la cuestión en toda su magna trascendencia.

Hay, ciertamente, infinidad de actividades de las que ocuparse en el interior de los países, ante el concepto de la «estrategia global», para repeler, no sólo en el campo militar, la agresividad, la ofensiva constante del comunismo. Principalmente vamos a referirnos aquí a la urgente necesidad de fortalecer esta retaguardia contra la actividad dirigida por Rusia contra lo que los comunistas llaman «reservas potenciales revolucionarias».

OPERACION SOBRE LA RETAGUARDIA

Desde hace bastante tiempo, el Estado Mayor soviético, viene

dando una importancia capital a esta cuestión. A las llamadas «reservas potenciales revolucionarias». Sencillamente, tratan con ello de «volar», así como suena, la retaguardia enemiga. De provocar una explosión en medio de la plaza, sin tomarla. Nada menos que todo esto.

El Estado Mayor soviético viene publicando, desde hace tiempo, una serie de precisos trabajos sobre los diversos países europeos, los vecinos, principalmente. Estos trabajos ven la luz en la revista oficial «Voeny Vestnik» que analiza, al detalle, las «reservas potenciales revolucionarias» de cada país, naturalmente los satélites en primer término. ¿Pero qué son tales reservas, preguntará el lector? Pues vamos a explicarlo sencillamente. Los técnicos rusos de la guerra, los de la «estrategia global», saben que en cada país existen una serie, por así decirlo, de «problemas interiores». En efecto, ¿qué país no los tiene? Unos tienen, pero. Otros falta de mano de obra. Unos «déficit» en su producción. Otros exceso. La gama de los problemas es tan grande como son las cuestiones planteadas en el mundo. Anotemos algunas, que constituyen exactamente, las llamadas «reservas revolucionarias potenciales», las posibilidades de acción comunista, frente a la propaganda, la agitación, la «ofensiva de la estrategia política, social» o lo que sea. El comunismo actúa sencillamente como uno de esos microbios que atacan en el organismo humano el punto débil; el bazo, el riñón, el hígado, el estómago... La tesis es exactamente microbiana. Pero sus ataques, sobre fulminantes, son graves. He aquí, por ejemplo, los ámbitos en los que actúan los comunistas, al dictado de Moscú, para provocar conflictos y poner en juego todas esas «reservas potenciales revolucionarias» en el país elegido como blanco. Son materias propicias, por ejemplo, para explotar en beneficio del comunismo, y por tanto, objetivos predilectos de la «estrategia propagandística» y de la «estrategia de agitación», las crisis económicas, las cuestiones laborales, los separatismos, los nacionalismos—sobre todo esto en los países de ultramar—, el racismo, donde haya posibilidad; las diferencias políticas interiores, los problemas del agro, las disputas dinásticas, las pugnas locales, hasta las personales entre autoridades relevantes, los minúsculos problemas, incluso municipales, si se prestan a ello, etc., etc. Todo cuanto divida, todo cuanto reste unidad, es bueno para aprovecharse en la agitación y en la propaganda, y, por tanto, entra de lleno en el capítulo de las llamadas «reservas potenciales revolucionarias». Sólo al comunismo le compete elegirlos y hacerlas pasar de su estado de «potencialidad» a otro de «actividad disgregadora». Se trata de convertir en bombas explosivas todos los asuntos interiores, aunque sean mínimos; desde la diferencia de precios de céntimos de un artículo en el mercado o

de un billete de transporte urbano a una cuestión importante que afecte a la organización política o al desenvolvimiento económico nacional. Lo que le importa al comunismo, para agitar y desencadenar la propaganda «pro domo sua», no es el tema, sino las pasiones que éste mueva; su repercusión. He aquí lo capital. He aquí todo el valor inmenso de hacer explotar estas «reservas potenciales revolucionarias» en el mundo; en donde sea. El método más práctico para vulnerar la tranquilidad y la seguridad de la retaguardia. Para ganar la batalla sin riesgo y ni siquiera en última instancia, con sangre propia. La sangre la pondrán los demás. He aquí pasado de la paz a la guerra, en beneficio de Rusia, sin esfuerzo manifiesto de ésta, sin más—eso sí—que agitar y hacer propaganda. Es como decía Stalin... «la guerra de Corea, la de Indochina, la de Filipinas... la que puede surgir mañana en cualquier ciudad o calle americana o europea, y aún —termina—me preguntan ¡idiotas! si habrá guerra».

ATAQUE EN TODOS LOS PUNTOS

¿Está claro? Suponemos que sí. He aquí lo que es, a la postre, la «estrategia global»: lo que permite aparente paz militar, pero guerra a la postre al mismo tiempo. En lo que consiste la explotación por parte del comunismo internacional de las llamadas «reservas potenciales revolucionarias». Objetivos no faltan. Gentes dispuestas a dejarse engañar hay infinitas. Los comunistas se disponen bien para engañarlas como cualquier ratero, con «timos patentados» desde tiempo, pueda hacerlo. ¡El hombre es el único ser de la Creación—se ha dicho alguna vez— capaz de tropezar dos veces en el mismo obstáculo! He aquí por lo que la técnica de la propaganda y de la agitación comunista logra sus éxitos. No importa el medio. Ingenuos e incautos los hay en todos sitios. Ni siquiera la cultura asegura contra la impunidad de estos engaños. De aquí que las actividades comunistas del lado de acá del «telón de acero» apunte muy principalmente a los intelectuales. «No hay revolución sin el apoyo de la inteligencia», decía Lenin y repiten a una todos los marxistas del mundo. Para la explotación de las «reservas potenciales revolucionarias» sin duda, los intelectuales, en casos, son buen medio de cultivo. Siempre hay algún sector propicio. Pero con ellos importa a la revolución asegurarse la impunidad en la acción. Lenin, el apóstol del comunismo, afirmaba que era inútil lanzarse a la revolución sin una voluntad plena de audacia y sin el apoyo o, al menos, sin la garantía plena de la neutralidad de los órganos de la represión; el Ejército en primer término, pero también muy especialmente la Policía militarizada y gubernativa. He aquí otro de los sectores a los que la propaganda y la actividad agitadora y proselitista se dirige con preferencia.



Dos formas de la propaganda comunista: A la izquierda, manifestación belicosa contra el «imperialismo capitalista»; a la derecha, globos que exaltan tiernamente la «paz» son lanzados en un desfile del 1.º de mayo en Pekín

Ofreciendo lo que sea, sin reparar en la oferta. Y, eso sí, formulando en reserva que se procure atraer a los militares, «pero no se les dé a conocer los propósitos futuros con respecto a ellos». La fórmula de la revolución es siempre idéntica: «Disolver el Ejército y armar al pueblo.» Los militares profesionales tienen, desde este punto de vista, según el plan revolucionario marxista, dos destinos: primero, conseguir su colaboración, su actuación, al menos su neutralidad; segundo, fusilarlos sin más, logrado el éxito. La historia de las revoluciones está llena de ejemplos de este proceder invencible. Con los intelectuales, con los militares, caben, desde luego —¿y cómo no?—, los «políticos sin partido», los ambiciosos, los «snobs», los tarados, los «listos». Para todos hay un puesto de momento. Y es a ellos, por lo tanto, hacia donde se dirigen las actividades. Son también «reservas potenciales revolucionarias». Ni siquiera los creyentes, los cristianos—con o sin adjetivos— se escapan de semejante atención por parte de los dirigentes de esta estrategia de la propaganda y de la agitación. Todo se reduce a mentirles. Si es posible contar con alguno mañana, ello sería estupendo porque quitaría, en apariencia, a la «estrategia propagandística» y de la «agitación» su carácter oculto. Pasado mañana... ¡el «terror», «el sin Dios», el paredón...! Que «el traidor no es menester...»

En la relación de estudios sobre las «reservas potenciales revolucionarias» de «Voienny Vestnik» se señalan, por ejemplo, los puntos débiles internos del régimen finlandés—las «reservas potenciales revolucionarias» de Finlandia—y los de Yugoslavia

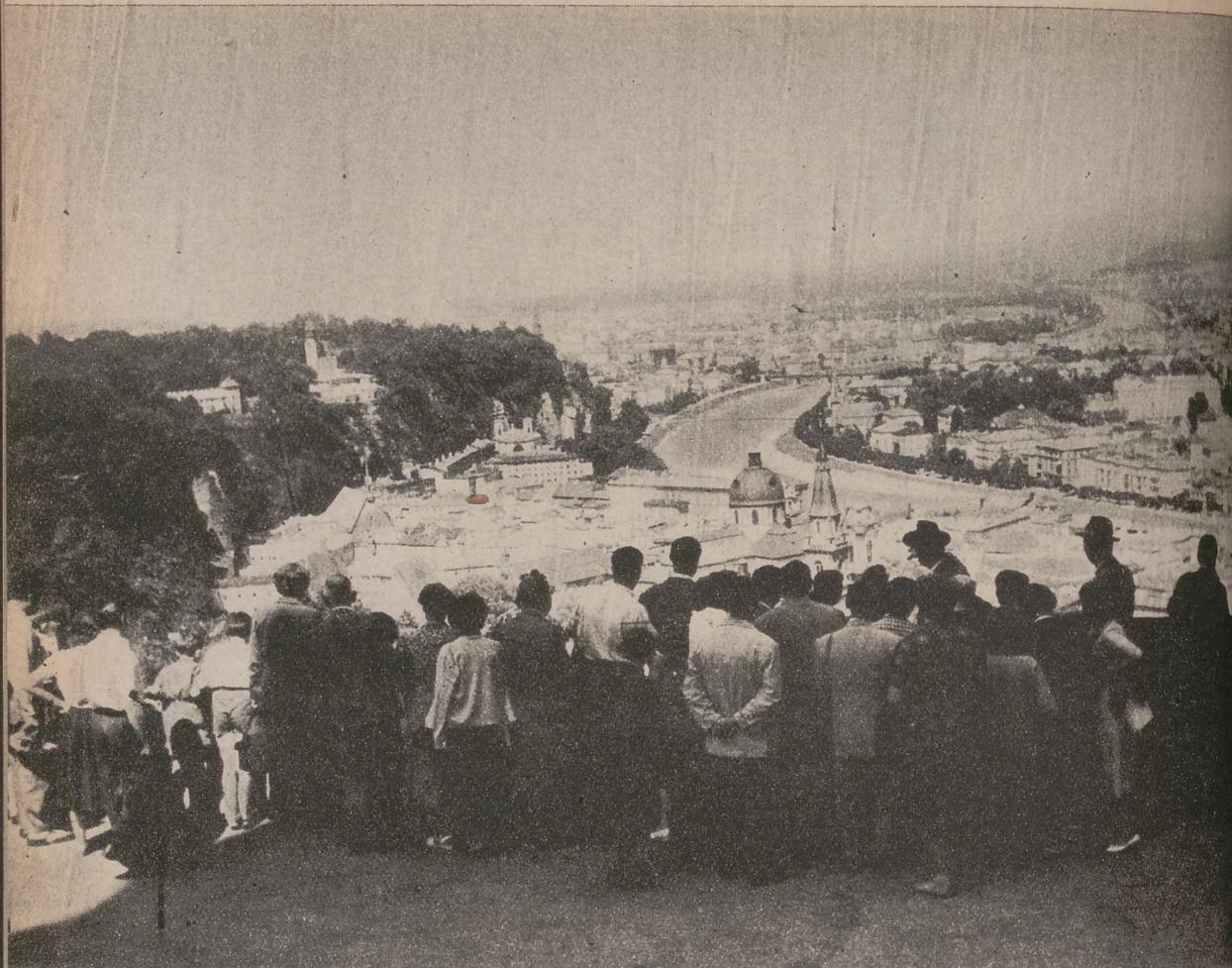
magiar—, de Checoslovaquia—separatismos alemán, eslovaco, carpato-ruso y magiar—, de Polonia—separatismo de los bielorrusos, cuestión religiosa, problemas sociales y laborales; irredentismo de Vilna, Galitzia oriental, etc.—, de Francia—no se olvida la cuestión alsaciana, marxismo interior—, de Italia—el Tirol, masas comunistas, régimen político...—. ¡Ningún detalle se olvida! ¡Ningún país se ignora! Europa es un objetivo fundamental en esta actividad de la «estrategia global soviética». Pero Asia, y aún más, incluso Africa, no se omiten, ni mucho menos. He aquí un dato que corrobora esta preferencia: el Gabinete Económico de la Academia de Ciencias de la U. R. S. S., nada menos, ha recibido el encargo, hace ya algún tiempo, de investigar todos los problemas de tipo económico, manifiestos u ocultos, que latan en el Próximo Oriente y en los países africanos, libres o no, y que sirvan de este modo para descubrir en ellas ¡nuevas «reservas potenciales revolucionarias»! ¡Se trata de no dejar en paz al mundo! De mantener viva y activa siempre la guerra. La guerra de la «estrategia global»: la de las ideas, la de la agitación, la de los conflictos internos de todo orden, las pugnas nacionales, las religiosas, lo que sea; en fin... ¡que la guerra no cese jamás! He aquí lo importante. Porque la política rusa es eso, como antes la definiéramos por boca de uno de sus técnicos más capaces: «la continuación de la guerra por otros medios».

LA TAREA DE LOS «ACTIVISTAS»

¡Elementos de que se vale pa-

miles de «activistas». De millones y millones de miembros del partido comunista, que es internacional y depende de Moscú. De decenas de millones de irresponsables, insensatos o sencillamente estúpidos. Y, desde luego, de la propaganda. «Cien mil millones de pesetas para perturbar la paz del mundo sin necesidad de declarar la guerra. ¡Cien mil millones de pesetas para hacer la «guerra fría»! Entre ellos, 500 millones de pesetas para propaganda en el «Extremo Occidente» del Viejo Mundo, en los países del Estrecho de Gibraltar, la Península Ibérica y Marruecos. Una propaganda sin descanso, que redobla las horas de la emisión, que multiplica los «tracs», que edita Prensa y libros subversivos. Que se infiltra allí por donde puede, por donde encuentra materiales más blandos o más afines. Una propaganda, en fin, diabólica. Pío XI, en su encíclica «Divino Redemptoris», la definía exactamente así: «La difusión tan rápida de las ideas comunistas se explica sencillamente por una propaganda diabólica, como el mundo quizá no ha visto nunca; propaganda dirigida por un centro único y que se adapta muy hábilmente a las características de cada pueblo; propaganda que dispone de grandes medios financieros, de organizaciones gigantescas de fuerzas numerosas y bien disciplinadas...»

Tal es la realidad. Y, en consecuencia, la mecha, el detonador que pretende que hagan explosión a una las «reservas potenciales revolucionarias» del mundo libre.



El turismo se ha hecho social en nuestros días. A la izquierda, un grupo de compatriotas en Viena, gracias a una excursión organizada por Educación y Descanso. A la derecha, una familia española asciende por la pasarela de un barco en el muelle bilbaíno, rumbo a países del norte de Europa

VACACIONES SIN FRONTERAS

Se ha celebrado en Viena el II Congreso Internacional de Turismo Social

El ejemplo español de las ciudades residenciales y los viajes y excursiones para productores

EN estos momentos en que se abren las compuertas de la más grande avalancha turística sobre nuestro país; ahora que ya tenemos aquí la línea más avanzada de visitantes extranjeros, que han querido ser los primeros en la playa, está en su punto un reportaje sobre el turismo social, que es el más multitudinario.

Pronto se llenarán los trenes de frontera y los del interior con la avalancha humana ávida de sol. Los lugares reservados al "camping" serán cubiertos de lonas blancas y amarillentas, que podrán verse también en los recordos de las montañas, junto al agua gélida del salmón y de la trucha.

Y volverá a repetirse la predisposición por determinadas porciones de litoral y la gran preferencia por las islas adyacentes: los vertederos turísticos

RENTABILIDAD DEL SOL

En tres horas de vuelo se puede saltar en avión de las brumas escandinavas a la alegría malagueña de la Costa del Sol. Ahora una mecanógrafa sueca puede pasar en el clima cálido del Mediterráneo el fin de semana y volverse a la fría humedad con la piel tónica y pigmentada por el sol.

Nuestra rentabilidad solar es algo que cada día va a más, ya que los pueblos de sangre fría eligen para sus vacaciones como compensación países soleados.

LA POESIA DEL NUMERO

La exportación invisible es directamente proporcional al número de visitantes extranjeros que cada nación tenga o sea, que está más en relación con el número de personas que con las po-

que tenga cada individualidad. De ahí la importancia que tiene el turismo social como fuente de riqueza y hasta como poesía del número.

Ahora el mundo del turismo ha tenido su Congreso de Viena, pero no aquel célebre de la Santa Alianza, sino el II Congreso Internacional de Turismo Social, que acaba de celebrarse en la capital austriaca.

El primero de estos Congresos se celebró en Berna, en 1956, pero no tuvo tantas delegaciones como ha habido en éste de Viena, que ha reunido a representantes de veintidós países, europeos en su mayoría.

Estaba por estudiar, en conjunto, el gran fenómeno que el turismo de masas representa en Europa. Desde hace unos años las vacaciones laborales se emplean para un cambio de aires

de turismo económico, motorizado y campamental muchas veces.

NECESIDAD DE SALIR FUERA

En un principio los grandes hoteles se consideran muy por encima de esos posibles clientes, pero la idea de la rentabilidad que tiene este turismo que pudiéramos llamar de tercera ha hecho acomodar hoteles, moteles y residencias amuebladas, mientras que algún establecimiento hotelero habilitó un anejo para un turismo social cuyos beneficios no pueden despreciarse.

El que los trabajadores pasen sus vacaciones fuera de su lugar de residencia habitual es una necesidad tan grande como el que no empleen sus días de descanso para realizar trabajos suplementarios y "chapuzas" en los que gasten unas energías que debían ser acumuladas durante la vacación. Un cambio de ambiente asegura el descanso completo, tal como exige la lealtad hacia la empresa en que presta sus servicios el trabajador y la legislación laboral en que se fundamentan las vacaciones pagadas.

CAMBIO DE ALTITUD Y LATITUD

También los trabajadores tienen derecho a conocer otras tierras y otros hombres distintos a aquellos con los que conviven diariamente en el trabajo;

El Museo de Historia del Arte en la capital austriaca, donde se ha celebrado el II Congreso Internacional de

jo; derecho a intercambiar ideas variando de altitud y de latitud, así como de aumentar su cultura con los viajes, que sirven también para satisfacer la curiosidad.

El turismo social es, antes que nada, un turismo económico y no un turismo de segundo plano, como muchos piensan. Y al paso que vamos el turismo de masas va a ocupar pronto el plano principal en el complejo mundo de las residencias y los viajes.

—Antes el turismo era un lujo para privilegiados; ahora no. En los periodos de vacaciones se ponen en movimiento grandes contingentes de trabajadores.

Don Juan Boberg Poch ha sido representante español en el II Congreso Internacional de Turismo Social como colaborador técnico de la Obra "Educación y Descanso". Es un hom-

bre joven con un cierto aspecto germano, como una confirmación del hecho de que lleva las dos sangres, la alemana y la española.

—¿Existen algunos organismos internacionales de turismo social?

—Aunque se está comenzando a organizar ese turismo, en el plano internacional existen ya algunos organismos. Por ejemplo, los ferroviarios, tienen una organización turística muy bien montada en la F. I. A. T. C., que por cierto ha celebrado en Atenas un Congreso al mismo tiempo que se celebraba nuestra reunión de Viena: tra reunión de Viena.

El presidente de la F. I. A. T. C. para España es José María Gutiérrez del Castillo, jefe de la Obra Sindical "Educación y Descanso", y el secretario para España es Alfonso López Marco, que es jefe del Depar-





Vista parcial de la Ciudad Residencial de Educación y Descanso en Tarragona, realización de la Organización Sindical española

tamento de viajes y excursiones de "Educación y Descanso"

LAS SIETE PONENCIAS

—Nuestro país, ¿puede considerarse avanzado en materia de turismo social?

—Sí; tanto por el tiempo de las vacaciones pagadas como por los medios que se ponen a disposición del trabajador. Por ejemplo, en Austria algunos sectores laborales tienen sólo siete días de vacación.

—Ya se sabe que en todo Congreso hay una vertiente de trabajo y otra de diversión. ¿Ha sido muy dura la primera?

—Ha habido siete ponencias y un montón de comunicaciones. Las ponencias son las siguientes: Primera: Turismo social y tiempo libre. Segunda: Nuevas orientaciones en la regulación del tiempo libre. Tercera: El problema de los gastos o inversiones en el turismo social. Cuarta: El turismo social objeto de la política nacional

e internacional de comunicaciones. Quinta: Problemas actuales de publicidad en el turismo social. Sexta: Nuevos objetivos de las organizaciones de viajes en el turismo social, y Séptima: La colaboración internacional en el turismo social.

—¿Y en la parte de diversión?

—Ha habido una larga excursión turística por los más bellos lugares de Austria; un banquete ofrecido por el alcalde de Viena en el restaurante Kahlenberg, con toda la ciudad a los pies; conciertos y recepciones. El capítulo de la música ha sido muy importante, puesto que va en el acto inaugural del Congreso actuó el quinteto de Viena con una selección de obras de Mozart.

No podía ser de otra manera, puesto que la eterna Viena es musical y acogedora. Siempre elegante y como con ritmo de vals. Sobrada de palacios, quiso que la reunión de turismo social se celebrase en uno de

los más importantes, el Hofburg, que es, entre otras cosas, la Biblioteca Nacional de Austria.

El Ministerio austriaco de Electricidad y Tráfico ha patrocinado el Congreso y la sesión inaugural fue abierta por el ministro de aquel Departamento.

Actualmente funcionan cuarenta y cinco Residencias de Educación y Descanso, dos Ciudades Residenciales, la de Tarragona y la de Perlorá (Oviedo), y otra que se construye en Marbella (Málaga).

En la más pequeña de las Residencias caben 35 personas, y en la mayor, 2.250.

Las Ciudades Residenciales tienen una cabida de 2.500 personas.

Referente a viajes al extranjero, salen cada año, en grupos organizados por Educación y Descanso, unos 1.800 productores.

En lo que va de año, 110 trabajadores españoles han salido para Portugal; 250, a Lourdes; 110, a Suiza y Austria, y 100, a Italia. Están previstos otros viajes.

Suscribase a EL ESPAÑOL

Tres meses	33 ptas.
Seis meses	75 »
Un año	150 »

Administración: PINAR, 5 MADRID

EN REGIMEN DE INTERCAMBIO

—La mayoría de las proposiciones elevadas al Congreso se encuentran plenamente satisfechas en España, especialmente a través de Educación y Descanso, que con sus residencias

turismo social dentro de nuestro país. El Departamento de Viajes y Excursiones se encarga de organizar también salidas de los productores españoles al extranjero.

En régimen de intercambio vienen a nuestro país ferroviarios alemanes, franceses y suecos, así como trabajadores portugueses de todos los oficios.

Las magníficas instalaciones portuguesas de la Costa de Caparica son habitadas también por trabajadores españoles gracias al acuerdo con nuestras esidencias de Educación y Desano.

Ya hemos dicho que el mayor número de trabajadores extranjeros que en régimen de intercambio visitan nuestro país son ferroviarios, pero la contrapartida española se hace al extranjero con trabajadores de cualquier actividad.

UN PAIS SIN VALLAS

Es como un volcarse fuera de las fronteras en busca de nuevos paisajes, del choque con otras costumbres y con una distinta mentalidad.

Las excursiones al extranjero de nuestro turismo social y los trabajadores que salen por nuestras fronteras desmienten la idea de que nuestro país sea como una especie de huerto cerrado e impenetrable. Pero además, están los grandes contingentes de turismo social extranjero que visitan nuestro país en los periodos de vacaciones pagadas para que el pretendido huerto haya quedado casi sin vallas.

Es la misma vida moderna que exige el turismo social, el ciudadano que lleva una vida cada vez más agitada y mecánica, el obrero que está sometido a un ritmo de producción intenso y en cadena, así como tantos otros hombres sometidos a la trepidación de una vida agitada, sienten la necesidad del aire libre en la montaña o el mar en una vida un poco salvaje y casi con una vuelta al estado de naturaleza.

POLITICA DE TRANSPORTES

Por otro lado, las generaciones que suben acostumbradas a los campamentos, colonias y campos de trabajo para estudiantes han sido habituadas a las vacaciones al aire libre y no aceptarán más, una vez llegadas a la edad adulta de ser privados de golpe de las verdaderas vacaciones.

Pero el turismo multitudinario exige toda una política de transportes, ya que el turista social es, por esencia, un viajero en grupo.

Uno de los factores que determinan la tendencia que tienen los grandes transportes a concentrarse más intensamente en los meses de verano es precisamente el del turismo social. Una concentración del tráfico que exige poner en movimiento un número de unidades de



Los obreros españoles y sus familiares, gracias a los acuerdos del Congreso de Viena, disfrutarán de viajes al extranjero en mayor medida que en la actualidad

transporte que quizá queden sobrantes en los meses de turismo bajo.

Como la avalancha del turismo social está rigurosamente organizada y canalizada, incluso por causas naturales de tiempo de vacación, la economía ferroviaria y su capacidad de transporte tiene mucha importancia para ese tipo de turismo de grandes masas. Y, naturalmente, el precio es decisivo para el au-

mento o disminución del turismo más numérico.

Concretamente si nuestro país ha sido desde hace años escogido como meta principal del turismo social europeo, la razón determinante de este hecho es de carácter económico.

LA INFANTERIA DEL TURISMO

También el turismo popular



El régimen de reciprocidad facilita el turismo social. En la fotografía, obreros franceses en el Albergue español de Navacerrada



Trabajadores españoles regresan de un viaje de intercambio a Inglaterra, gracias a la Obra Sindical de Educación y Descanso

tiene exigencias, por lo que es preciso dar a la masa de trabajadores que se quiera interesar en el turismo la más alta calidad posible de servicios teniendo en cuenta no obstante las condiciones elementales de rentabilidad y las posibilidades de gasto de los interesados.

Tampoco pueden descuidarse las campañas de publicidad en el exterior, con incentivos especiales para la mentalidad de cada país, o sea, con mucha técnica de la psicología de las masas a las que se quiere atraer.

Si en toda publicidad es necesaria la psicología, con mayor motivo en el caso del turismo de masas entre las que a veces será preciso propagar primero la idea de las vacaciones fuera de casa.

Estos son los ecos principales que nos llegan de ese Congreso de Viena que parece haberse celebrado muy a la medida de España.

Todo lo que se ha dicho en Viena lo sabíamos ya, al menos en su lado de experiencia práctica que ha sido confirmada por

la abstracción comparativa entre los varios países.

Y en el momento en que se abren las compuertas para la ola grande, un saludo al turismo numérico, multitudinario y social. A los cien mil hijos de San Luis multiplicados; a las alianzas europeas concertadas quizá en esa ciudad musical e imperecedera en el tiempo que es Viena la imperial, y un saludo al paso de la infantería del turismo.

F. COSTA TORRO



Horas de descanso al aire libre para el trabajador y su familia, fuera de sus residencias habituales

VENCEDORES DEL RIO



Las mejores cañas en el IV Campeonato Nacional de Pesca Fluvial

Más de cien mil licencias para esta temporada

MINUTOS antes de las nueve de la mañana, los radioteléfonos instalados a lo largo de los 37 kilómetros del río Tormes, en los cuales se espaciaban 124 pescadores de toda España, comenzaban a comunicar con la central instalada en el Campamento.

—Jesús Rodríguez, de Madrid, está preparado.

—Bien, corto.

—Unos segundos después otra llamada.

—Santiago Martín, de Avila, a punto.

—Bien, corto.

Ya quedaban sólo dos pescadores.



El día de la clausura se entregaron los premios a los vencedores. Arriba, uno de los participantes atento a levantar la pieza capturada

—Moisés Muñoz, de Cuenca, listo

—Bien, corto.

—Juan López, de La Coruña, ha terminado.

—Bien corto.

La central daba las últimas instrucciones. Desde los altavoces del Campamento saltaban al aire las voces anunciadoras de los tres últimos minutos que se consumían los radioteléfonos, oían también las señales de los segundos que faltaban para las nueve en punto de la mañana.

—Treinta, quince, diez, cinco, dos.

LA SEÑAL DE COMENZAR

Y en ese momento varios cohetes se disparaban desde la plaza principal del Campamento, a los que seguían, como en un eco sincronizado y matemático, otros que cortaban el aire a lo largo de los 37 kilómetros que ocupaban los trabajadores de la Obra Sindical Educación y Descanso, participantes en el Campeonato Nacional de Pesca. Casi a la vez con esta señal ruidosa de poder lanzar el anzuelo al agua se podía oír un silbido repetido a lo largo del Tormes, el silbido de los sedas que contaban el aire y fustigaban las

aguas limpiísimas del río en busca de la trucha. Arriba, pegado al claro cielo de Castilla, un sol generoso atrevido y osado en su color y en su calor, fiel durante los tres días—once, doce y trece—que duró el Campeonato, asomándose siempre al río para abrillantarle para gozarse con las piezas cobradas. Y abrazándolo a todo, los trazos de Gredos, el Circo, los montes por donde la capra hispánica salta y pone ágiles escorzos para una pintura en movimiento sobre el lienzo del quebrado horizonte.

Una de tantas muestras de cómo la Obra Sindical Educación y Descanso ha sabido poner al alcance del trabajador español cosas que antes eran, si no terreno vedado, sí por lo menos dificultoso para él y por una larga teoría de pequeños motivos a veces imperceptibles le dignifica poniéndolo a la misma altura y metiéndolo en los mismos caminos que pueda andar cualquier persona de la profesión o categoría social que sea. Puede ser este Campeonato Nacional de Pesca. Cada año cita dos veces a los trabajadores españoles, siempre en lugares diferentes, para la captura con caña de los salmónidos y los ciprínidos. Un Campeonato para cada especie piscícola. Esta vez se han reunido en el Puente del Duque, a dos kilómetros de Hoyos del Espino, en la provincia de Avila, y a nueve del Parador de Gredos casi junto a la carretera que va hacia la «Plataforma».

EL PRIMER CAMPAMENTO EN UN CAMPEONATO

En este lugar, junto a un río truchero por excelencia como es el Tormes, que, además de ser cauce para un agua tan clara como los ojos de una muchacha buena, es mano que sabe llevar miles y miles de truchas de carne finísima, se instaló el Campamento. Una innovación de cuyos resultados los primeros en quedar ampliamente satisfechos han sido los propios participantes en el Campeonato, a pesar de que había hombres que llevaban muchos, muchos años sabiendo lo que es la paciente y emocionada espera en las márgenes de los ríos. ¡Quién sabe cuántos! Alguno ha-

bía que ya tenía sobre sus espaldas más de sesenta años de vida.

En Campeonatos anteriores, los concursantes se hospedaban en hoteles o residencias cercanas al lugar de la competición. Pero ello suponía una serie de trastornos y dificultades para una auténtica marcha del certamen. El tener que llevarlos desde el sitio de residencia al lugar de competición hacía que se perdiese tiempo y que, además, y quizá esto es lo más importante, no estuviesen tan metidos en el ambiente como ahora lo han estado. El olor tibio a río, el aspirar el aire tamizado por los árboles que ponen arabescos de sombras sobre las aguas, por las crestas cercanas de Gredos, metía en el interior de cada uno un frescor de sangre rejuvenecida, pasión por la faena, un clima que empujaba a no cesar aunque a uno le faltasen las fuerzas.

El Campamento, aprovechando algunas instalaciones del que allí tiene el FF. de JJ. de Avila, era un triángulo cuyos lados lo ocupaban las 106 tiendas, cada una de las cuales estaba habitada por dos pescadores. Una tienda de campaña que satisfacía el descanso de la dura jornada diaria, cuando se llegaba rendido después de haber pasado desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche pendiente de la más leve sensación de que algo tirara del sedal con una fuerza recia. Las camas de metal, con sábanas, las sillas, la mesa, la luz eléctrica, las perchas, la estera de madera, que hacía a la vez de alfombra, eran mano buena que doblegaba al cuerpo para que no se acordase de las cañas hasta que a las once de la mañana los altavoces llenasen de pasodobles españoles, de canciones que hoy están prendidas en los labios de todos la ancha plenitud del pequeño valle. Era un despertar alegre para todos una invitación a la faena que ponía optimismo en el ánimo de cada cual.

Allí mismo, además de toda la serie de servicios—botiquín, letrinas, cocinas, almacén etc.—había un bar donde se podía comprar de todo. Lo mismo una botella de vino más para la comida que se hacía junto al río, que tabaco para ablandar los nervios o distraer las horas de espera. Y también

aparejos de pesca. Todos los días pasaban algunos concursantes por el bar, antes de montar en los autocares que les iría dejando en su tramo respectivo, para comiarse una cucharilla o una mosca, un trozo de sedal o cualquier otro aparejo para las doce horas que había que pasar junto al río.

La cosa empezó así. En la mañana del once, cuando la luz tiene aún esa claridad que se palpa, recién lavada por la noche, el padre capellán del Campamento, reverendo don Evaristo Martín Nieto, profesor de Sagrada Escritura en el Colegio Mayor Teológico Hispanoamericano de Madrid y en el Seminario Conciliar de Avila, ofició una misa, que terminó con la bendición de las cañas de los 124 pescadores, representantes de 31 provincias españolas. A continuación se izaron las banderas en el mástil de 25 metros que ocupaba el centro de la plaza del Campamento y el Delegado Provincial de Sindicatos de Avila pronunció unas palabras, dando la bienvenida en nombre de las jerarquías sindicales nacionales a los hombres del trabajo que se habían dado cita para competir en uno de los deportes que arrastran a una gran masa de aficionados en España, total que ya pasan de las cien mil las licencias expedidas hasta este momento.

Y a continuación, a cada uno de los concursantes se les entregó la bolsa de comida—abultados bocadillos, fruta, botella de vino—. Los autocares ya rurruneaban sordamente esperando que fuesen ocupados para lanzarse carretera adelante e ir dejando a los pescadores en los sitios que les hubiese tocado en sorteo.

SORTEO DE LOS CONCURSANTES

Cada mañana se realizaba el sorteo de los tramos del lugar del Campeonato. En una cesta, unas papeletas con los nombres de las provincias respectivas, y en otra, unas bolas, cada una de las cuales tenía dos números. Se atendía con un silencio, roto por los cuchicheos de los comentarios cada vez que salía la asignación por provincia.

—Madrid, tramos veintiuno y veintitrés.

—Asturias, tramos uno y tres.

—León, tramos siete y nueve.

Hasta que quedaban los 124 puestos sorteados. De este modo los concursantes de una misma provincia nunca podían estar juntos, ya que como estaban colocados alternos, en medio de cada pareja de pescadores de una misma provincia tenía que ir necesariamente otro de cualquiera de las 31 provincias que se presentaron. Además, por cada pescador que empuñaba la caña había otro de otra provincia que hacía de control, y cada cinco controles un jurado que media las piezas cobradas y en caso de tener menos de 19 centímetros devolverla al río, según el reglamento de pesca de España y acercarse a cualquiera de los nueve radiotelefonos distribuidos a lo largo de los kilómetros del río, uno por cada seis pescadores y comunicarlo con el nombre del pescador y su dorsal a la central para facilitar las operaciones de control del Campamento. De esta forma quedaba al



Los pescadores salen del campamento hacia el río Tormes

margen cualquier posible especulación o fraude que se intentase hacer en el concurso, cosa que de por sí evitan todos los pescadores a una, llevados por ese noble espíritu de leal competencia de las gentes del trabajo.

Tanto en esto como en todos los servicios de teléfonos instalados en los distintos servicios del Campamento, la luminotecnia, el Ejército colaboró eficazmente, dando más brillantez y apurando hasta el ápice el éxito del Campeonato.

PARA CADA PESCADOR, 350 METROS

Ocupado el puesto—cada pescador tenía un tramo de 350 metros—había que aprovechar las horas mañaneras. Es al comienzo del día y cuando las sombras empiezan a caer, el momento preciso para poder ir llenado la «chistera» que colgaba a la espalda de los pescadores.

El terreno del Campeonato era bastante abrupto. Las márgenes del Tormes se alzaban y bajaban a veces en pequeñas escarpaduras, en montantes sobre el terreno que impedían la visión panorámica de una larga teoría de hombres con mono azul, el dorsal con el nombre de la provincia a la espalda, el gorro de paja y las altas botas de goma. Y el sonido siseante del sedal al ser lanzado al agua y el zumbido del carrete que enrollaba el hilo. Una vez y otra, cientos de veces hasta que se notaba el tirón de la pieza que había mordido el anzuelo engañada por la mosca artificial o la cucharilla.

LÁ SABIDURIA DE PESCAR

El pescar a caña no es el mero sumergir el anzuelo en el agua y esperar a que la pieza lo muerda. Ni tampoco los buenos aparejos y la caña último modelo. Todo esto ayuda, y por cierto que la gran mayoría de los que se presentaron al Campeonato, sobre todo los de regiones donde la pesca abunda, trajeron a Hoyos del Espino un material formidable. Carretes que de puro buenos se iban los ojos tras ellos, cañas de metal o bambú refundido. Pero hay algo más, una técnica que se aprende a base de muchas horas de estudio pasadas junto al río, de leer en el agua, en el aire, en el clima, en las horas propicias del día para aprender esas lecciones que no tienen otro maestro que uno mismo. En la captura de la trucha intervienen muchos factores que hay que llevar, más que bien aprendidos perfectamente experimentados.

Desde que el concursante llegaba al lugar que le había correspondido, de un golpe intuía las posibilidades de poder engañar a la futura pieza que le daría la alegría secretísima de su captura y los puntos que se iban sumando en el baremo de las clasificaciones. A veces se pasaba la mañana entera, el día casi entero enrollando cientos y miles de veces el sedal en el carrete. Comiendo en silencio, sobre la hierba de las márgenes, los fiambres, la tortilla, los filetes que llenaban la bolsa de la comida, un poco apurado al ver la «chistera» vacía, al palpar la malla con la que acercarse agua adentro hasta la trucha, pero que aún no había sentido la caricia



OBRA
SINDICAL
EDUCACION
Y DE SCANSO

Cartel anunciador de la gran competición de pescadores celebrada en la pasada semana

del agua y los coletazos de la pieza.

Otras veces había que devolverlas al agua, al no alcanzar los 19 centímetros de la tablilla que cada jurado llevaba.

Y junto a todo esto, esa larga y madura sabiduría del pescador que adivina la mosca que apetece la trucha en ese preciso momento. Más de una vez se les veía a algunos de los pescadores dando manotazos al aire. Eran las moscas que revoloteaban por allí y que constituían plato regalado para el salmónido que esperaba entre las aguas. Moscas verdes, pardas, amarillas, que la mano grande y noble de los trabajadores atrapaban al vuelo. Se les veía abriendo cuidadosamente el puño. Se guardaban con esmero hasta que llegase la hora de pincharlas en el anzuelo.

Esta oculta sabiduría le decía al pescador que detrás de la piedra estaba la trucha, en un continuo otear a lo que venía a ambos lados de la corriente. Haciendo una especie de abrazo alrededor de la piedra es como había que lanzar el sedal para que el anzuelo llegase hasta el mismo labio para que mordiese el engaño con o golosina esperada. También

apunta al pescador el momento justo en que la trucha está en la sombra, si nada en unas aguas que no tienen más de un palmo o alcanzan más altura. Todo esto lo sabían los que se presentaron, unos mejor y otros peor. Unos con la experiencia de la larga vida de apasionados por este deporte, practicándolo en regiones donde abunda la pesca y otros teniendo que satisfacer su afición en otra provincia cercana donde los ríos están repletos de pesca. Todos para participar en el Campeonato Nacional habían tenido que sufrir el examen del concurso en su provincia, de donde salieron los cuatro mejores que la representaron en esta cita nacional.

Y así una hora y otra, una mañana y una tarde, los tres días que duró el concurso y en el cual se proclamaron los campeones nacionales de pesca de la Obra Sindical Educación y Descanso, hombres todos que mediaban por los treinta a cuarenta años, de la más varias profesiones, de todos los sectores del trabajo, de la España toda.

DOCE HORAS JUNTO AL RIO

Desde las siete a las nueve de la tarde las comunicaciones de los

INCENTIVO PARA LA INVESTIGACION PETROLIFERA

APENAS es necesario resaltar la enorme importancia que, dentro de nuestra actual problemática económica, tiene la cuestión del petróleo. Apenas es necesario, porque hasta las personas más ajenas a estos asuntos saben que gran parte del agobio que padece nuestra balanza de pagos proviene fundamentalmente de la necesidad de importar todo el petróleo que se consume en el país. Absolutamente todo.

Es importantísimo subrayar el proceso de importación de petróleo que ha seguido nuestro país en los últimos tiempos. Con unas pocas cifras basta para advertir su ritmo fuertemente progresivo. En 1955, para no referirnos a fechas más alejadas, se importaron para nuestras dos refinерías nacionales 3.415.000 toneladas métricas de petróleo bruto; en 1956 ya fueron 3.752.000; en 1957 se produjo un importantísimo incremento, pues fueron 5.671.545; en 1958 llegaron a 5.887.730. Para comprender debidamente este verdadero fenómeno del incremento del consumo de carburantes en España durante los últimos tiempos, fenómeno que es un alto exponente del gran desarrollo económico que se ha alcanzado en nuestro país en ese mismo periodo podemos recordar simplemente que en 1941 consumíamos unos 15,5 millones de litros de petróleo al año, y en 1956 fueron 221 millones. Es decir, en los quince años siguientes el consumo anual de petróleo en 1941 se multiplicó también por quince. Sólo el consumo de petróleo en labores agrícolas durante 1956 fué más de tres veces mayor que el consumo total del país en 1941. Sobre el incremento del tipo gasolina-auto no hace falta ninguna referencia. Es algo que está a la vista de todos, algo que no precisa aclaración.

Antes nos hemos referido

al agobio que padece nuestra balanza de pagos como consecuencia de esa insoslayable y progresiva necesidad de importar el petróleo que nos es preciso. Para tener una idea, aunque sea aproximada, de lo que supone desde un punto de vista financiero este capítulo de nuestro comercio exterior basta tener en cuenta primero que el petróleo representa la partida más importante, con una gran diferencia, de nuestras importaciones, y segundo, que en el periodo enero-octubre de 1956 las importaciones de productos petrolíferos costaron al país 80 millones de dólares, y en el mismo periodo de 1957 casi llegó a 150 millones de dólares. En realidad un porcentaje excesivamente elevado de nuestras disponibilidades de divisas ha de invertirse en la compra de petróleo. Esto supone una carga bastante pesada, repetimos, para la balanza de pagos y limita naturalmente nuestra capacidad de adquisición de bienes capital, necesarios para el desarrollo económico.

De ahí que las exploraciones petrolíferas, con vistas a encontrar «oro negro» en nuestro país, hayan suscitado en estos últimos años tantas esperanzas. En realidad hasta hace pocos años esas exploraciones fueron aisladas y se llevaban a cabo con una manifiesta limitación de recursos tanto económicos como técnicos. En el último quinquenio esa situación desapareció casi totalmente. Las exploraciones petrolíferas, facilitadas y ayudadas por el nuevo Estado, alcanzaron una manifiesta regularidad y una indiscutible asimilación de la técnica moderna. Pero sucede que su ritmo, de unos 5.000 ó 6.000 metros anuales, era muy bajo, tenida en cuenta la necesidad de averiguar con la mayor urgencia posible la posible existencia de

hidrocarburos en nuestro país. Para corregir de una manera radical ese retraso se promulgó a finales de año la Ley de Hidrocarburos, una Ley de la que se ha dicho que abre una nueva época en la legislación minera española. Con ella la situación anterior desapareció esencialmente. Teniendo en cuenta la gran necesidad de capitales y de utillaje necesarios para estas prospecciones a una escala como la deseada, admite la aportación del capital extranjero, sin limitación alguna. Aprovecha la experiencia y la organización técnica de otros países. Hace desaparecer el derecho de prioridad para las concesiones, que tanto perjudicaba el índice de investigaciones. Fija los plazos de dichas concesiones y adopta otras muchas medidas enfocadas a fomentar la prospección de petróleo en España. «La gran importancia económica y estratégica del petróleo, se decía en el preámbulo de dicha Ley, cuyo valor como manantial de energía se acrecienta de continuo y cuyas aplicaciones como materia primera de la gran industria química son cada día más numerosas y trascendentes, justifican ciertamente los esfuerzos y sacrificios que se realizan para disponer de una producción nacional de hidrocarburos, para aliviar nuestra balanza de pagos de la pesada carga que representa su importación y nos permita hacer frente a la demanda de esos productos que aumenta a un ritmo acelerado.»

El hecho de que en la semana última haya sido aprobado y promulgado el reglamento para la aplicación inmediata de esta Ley hemos de saludarlo como una gran noticia que puede alcanzar en la historia económica de nuestro país una significación trascendente.

radioteléfonos con la central aumentaban. Parece que las truchas se juntasen en las «tablas» del río, de tramos cortos de corriente tranquila, con alguno que otro donde las torrenteras ponían un contrapunto a la placidez de las aguas, a contarse vete a saber qué secretos.

Era el momento en que la «chistera» se iba llenando. Hasta que las nueve de la tarde se acercaban y volvían a sucederse unas operaciones similares a las de la mañana. La central anunciaba a los radioteléfonos los minutos que faltaban para que el primer cohete rompiera su estampido en el aire, al cual sucedían otros varios más que hiciesen saber hasta el más apartado pescador que la hora de enrollar todo el sedal y descompo-

ner la caña había llegado. Y también para que las montañas devolviesen el eco del estampido. Se adivinaba un pequeño nerviosismo en más de uno que tenía la suerte entre las manos. Pero el reglamento era así y nadie se quejaba por cumplirlo a rajatabla.

La vuelta en el autobús ofrecía un ambiente alegre en unos, recatado en otros. Se sacaban de la cesta las piezas cobradas, que se mostraban sin orgullo, pero con ufania. Hasta llegar de nuevo al Campamento.

CUATRO PUNTUACIONES EN EL CAMPEONATO

Cada pescador presentaba las truchas en racimos al Jurado, que se posesionaba de ellas para medir las, pesarlas y de ahí sacar la puntuación. Dos noches enteras sin dormir se pasaron los miem-

bros que lo componían en esta «área» lenta, en dar un punto a cada pescador por cada pieza cobrada. Esta era la primera puntuación. A ésta se añadía la del peso total. Se dividían los gramos por cien y según el resultado se concedían los puntos. Otra puntuación igual tenía la trucha de mayor peso, y por último, la absoluta que era la suma de puntos de las tres anteriores. La llegada de la mañana traía la primera obligación: formaba un pequeño corrillo alrededor del tablón anunciador, en el que los pescadores podían ver la puntuación conseguida.

Los seis primeros triunfos por equipos se los llevaron los de León, Avila, Lugo, Cuenca, Navarra y Logroño.

La comida fuerte en el Campamento era la cena, que se hacía por la noche en las tiendas de «Consejo». Casi 100 hombres p-



Vista panorámica del campamento donde estuvieron concentrados los participantes

dían sentarse bajo sus lonas, ante las mesas de madera, con unos manteles limpios y una comida servida por las 13 mujeres que se ocupaban de todos los servicios del Campamento, desde hacer las camas, pasando por cuidar del recinto hasta cocinar las truchas cogidas cada día. Un día fueron las que presentaron Joaquín González, de Madrid; Filomeno Valoria, de Lugo, e Isidoro Rubio de Toledo, que quedaron campeones por ejemplar de mayor peso. Otro día las de Bernardo Alonso, de León, que se llevó el trofeo de mayor número de piezas, o las que capturó Manuel Gómez, también de León, para quien fue el premio de peso total.

Entre aquel aire fresco de la noche, que invitaba a abrigarse, a extender más de dos y tres mantas a la hora de dormir, pues las temperatura se plantaba en los tres o cuatro grados a pesar de los 24 a 26 que se disfrutaban durante el día, las truchas tenían un sabor de frescura, de bien cocinadas, que es necesario participar en un Concurso para saber lo que es eso. Porque también ayudaba a apreciarlo el ambiente de camaradería que se disfrutaba, la música que lanzaban los altavoces, hasta las noticias de radio Avila o de alguna emisora de Madrid con las que se conectaba para enterarse de las cosas que ocurrían por el mundo.

LEÓN, CAMPEON DEL CONCURSO

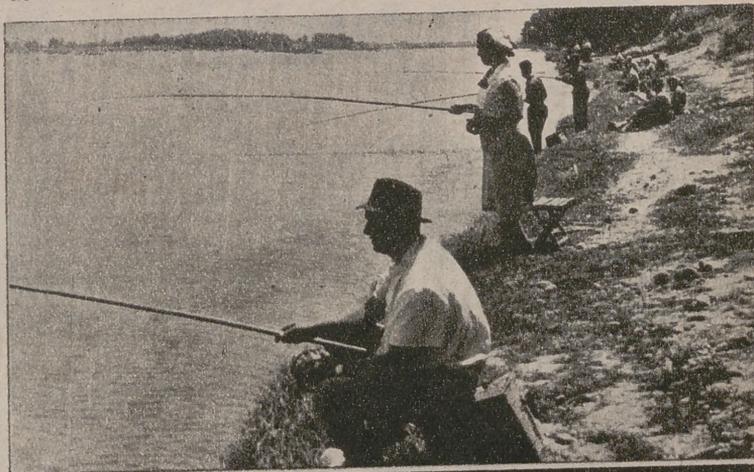
El domingo se clausuró el Campamento y se dio por terminado el Campeonato. De nuevo la misa oficiada por el capellán, quien pro-

nunció una plática donde habló de cosas bellas, porque de otra cosa no se podía hablar. Y también de temas profundos. El Jefe Nacional de la Obra Sindical Educación y Descanso, José María Gutiérrez del Castillo; el Secretario General, Federico Olivencia Amor; el Jefe del Departamento de Educación Física y Deportes, Manuel Martínez; el Alcalde de Avila, y el Secretario General de la Delegación Provincial de Sindicatos entregaron los premios a Manuel Gómez, de León, Bernardo Alonso, de León, Santiago Martín, de Avila, para quienes fueron las copas del Gobernador Civil, Presidente de la Diputación y Alcalde de Avila. Y a una larga lista de concursantes, que seguían a los

anteriores en la clasificación individual, unos magníficos carretes de pesca. Los resultados del concurso estaban a la vista de todos. En ningún concurso anterior se habían capturado tanta cantidad de piezas. El Tormes las ofrecía a manos llenas.

Pero a pesar de todo esto había algo más, era el espíritu de afán, de competencia, de ser los primeros, de superarse. La trucha, el pez, el agua, la paciente espera en las márgenes de los ríos, las montañas de Gredos que lo abrazaban todo, pueden ser caminos para que el hombre se pueda ir descubriendo a sí mismo cada día.

Pedro PASCUAL



En España existen actualmente más de cien mil licencias de pesca, algunas a favor de mujeres

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

VENCEDORES DEL RIO

Las mejores cañas en el IV Campeonato Nacional de Pesca Fluvial

